

OLGA  
SALAR

*Un beso  
arriesgado*





OLGA  
SALAR

*Un beso  
arriesgado*



Editado por HARLEQUIN  
IBÉRICA, S.A.

Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2015 Olga Salar

© 2015 Harlequin Ibérica, una  
división de HarperCollins Ibérica,  
S.A.

Un beso arriesgado, n.º 73 - mayo  
2015

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos

o situaciones son pura  
coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo  
Harlequin son marcas registradas  
propiedad de Harlequin Enterprises  
Limited.

® y ™ son marcas registradas por  
Harlequin Enterprises Limited y sus  
filiales, utilizadas con licencia. Las  
marcas que lleven ® están  
registradas en la Oficina Española  
de Patentes y Marcas y en otros  
países.

Imagen de cubierta utilizada con  
permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-687-5521-2

Conversión ebook: MT Color &  
Diseño, S.L.



# Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*Kilómetro Cero,  
comienzo de los días que han  
de venir,  
la lluvia que se derrama por  
ti.*

ISMAEL SERRANO

*A las personas que son tan  
parte de mí como estas letras.*

# Prólogo

*Mi objetivo eres tú.  
No temas nada, nena.  
Prometo hacerte gozar.  
Tus sueños se harán realidad  
y, esta noche en tu cama sabrás lo  
que es amar.*

EFRÉN VENTURA  
(CIRCUNSTANCIAS  
ATENUANTES), *Cazador de*

Trabajar en un periódico se suponía que era una experiencia interesante, cargada de desafíos y de momentos de tensión, de noticias que cubrir y ruedas de prensa a las que asistir. Momentos históricos en los que participar y escándalos que destapar. No obstante, trabajar de becaria limitaba esos momentos a la mínima expresión. Tanto que los convertía en inexistentes.

Las tareas que le asignaban a Verónica Campos, en el periódico en el que realizaba sus prácticas,

eran mortalmente aburridas: contestar al teléfono, ayudar a los redactores con las correcciones y, de vez en cuando, Luis, el director del periódico, le concedía algún artículo para que se sintiera parte de la plantilla. Una entrevista con un escritor novato o una nota sobre algún tema local.

Sin embargo, y a pesar de los momentos de tedio, ella estaba encantada con trabajar allí. Había aprendido más esos meses en la redacción que en los últimos cinco años en la universidad. Puede que no tanto en términos técnicos: aún no sabía cómo redactar un buen

texto, cómo citar correctamente. No obstante, sí que había asimilado cuáles eran las mejores preguntas para romper el hielo en una entrevista, cómo determinar si una fuente era de fiar o no... Pequeños detalles que marcaban la diferencia en un momento dado.

Desde el momento en que llegó, toda nervios e inseguridades, los compañeros la habían acogido con amabilidad. Incluso había llegado a trabar amistad con varios de ellos.

Pese a todo, si tenía que ser sincera consigo misma, la mejor parte del día era cuando el novio de Elba llamaba por teléfono para



hablar con su chica. Era entonces cuando Verónica le encontraba utilidad a hacerse cargo de las llamadas que llegaban a la redacción, porque se encargaba de filtrarlas, y eso le permitía hablar unos minutos con él.

Sus primeras interacciones habían sido muy formales, a pesar de ser la que tomaba las notas de sus mensajes para Elba y de que algunos eran realmente curiosos. Se limitaban a los saludos de rigor seguidos de los mensajes, estrambóticos y originales. En una ocasión le había hecho escribir un fragmento de una canción de

Alejandro Sanz que la había hecho suspirar durante días. Ni siquiera lo había visto en persona y Verónica ya sabía que quería tener una pareja como él: atenta, romántica y con una voz que la hiciera estremecer.

Después de asumir que era el hombre perfecto, se había dado de bruces con él en las escaleras del periódico y había descubierto que, además, era muy atractivo, detalle que terminó desencadenando que se sintiera culpable por pensar en él de un modo tan personal. De hecho ni siquiera se lo había contado a su mejor amiga, preocupada porque Carla pensara lo peor de ella.

Y es que Elba era una persona maravillosa, y no se merecía que Verónica fantaseara de ese modo con su novio. Quien, por cierto, hacía días que no daba señales de vida. ¿Se habría peleado la feliz pareja?, se preguntó, volviendo a sufrir un ataque de culpabilidad por el pensamiento.

Como si hubiera leído su mente, el teléfono comenzó a sonar y, al descolgarlo, escuchó la voz que tanto había recordado en los últimos días.

—Buenos días, Verónica.

El corazón de la rubia saltó en su pecho, acelerando sus latidos

con el mero sonido de su nombre.

—Buenos días, Efrén. Elba no ha llegado todavía. ¿Quieres dejarle una nota? —ofreció eficientemente, aunque por dentro era un manojo de nervios.

Y lo que era peor, estaba expectante por descubrir lo que Efrén habría preparado para ese día.

—No, mejor no. Lo que tengo que decirle es mejor hacerlo en persona.

—¡Oh! Lo siento mucho —comentó Verónica con sinceridad.

—¿Qué sientes exactamente? —La risa se notaba a través de la

línea.

—Bueno, has dicho que lo que tienes que decir ha de decirse en persona... Pensé que había fallecido alguien de la familia.

Ahora las carcajadas ocuparon toda la conversación. Efrén se reía con ganas, completamente despreocupado. La tensión por tener que confesarle a Elba que había malinterpretado sus sentimientos por ella se esfumó como por arte de magia.

—No me refería a eso, puedes estar tranquila, todos están bien.

—Me alegro —respondió, avergonzada.

—¿Y tú qué te cuentas?

—Dame un segundo —pidió, apartándose el teléfono de la oreja y, cubriéndolo con la mano para saludar a Elba, quien en ese momento entraba por la puerta de la redacción.

—Buenos días, Elba.

—Hola, Vero. Cinco minutos y nos tomamos un café, deja que suelte el bolso y la chaqueta, ¿de acuerdo?

—Cinco minutos. ¡Perfecto!

Volvió a colocarse el auricular y se disculpó con Efrén por haberlo dejado colgado.

—Tu chica ya está aquí.

¿Quieres que te la pase?

—Elba no es mi chica —apuntó.

Verónica sintió que el suelo se movía bajo sus pies. «¡Adiós, culpabilidad!»

—Es mi amiga, ese es parte del problema.

«¡Hola, posibilidades!», pensó, sonriendo como un boba.

—No tengo la más remota idea de lo que dices —confesó, desconcertada y, ¿feliz?—. Creía que tú... Que ella... Que vosotros.

—No te preocupes. Prometo explicártelo todo. Ahora pásame con Elba, por favor, pero antes, Ricitos, por si te lo preguntas, y no

me refiero a nivel periodístico, quiero que quede claro que estoy soltero y sin compromisos.

¡Fabuloso!, pensó Verónica con una sonrisa de oreja a oreja. Hasta que se acordó de la legión de fans que tenía Efrén Ventura, uno de los músicos más carismáticos del país, y la ilusión cayó a trozos a sus pies. Soltero y sin compromiso, pero ¿por cuánto tiempo podía estarlo alguien como él?



# Capítulo 1

Algunos meses después.

Eran pasadas las tres de la mañana y al día siguiente iba a tener que madrugar. El autobús tenía previsto recogerlos en la puerta del hotel a las ocho de la mañana para que llegaran a tiempo

a Bilbao, el último punto en su gira española de conciertos. Aunque antes debían hacer una parada en Madrid para grabar un programa de televisión al que habían sido invitados, y que cerraría la gira que había llevado a Circunstancias Atenuantes a lo largo y ancho de España y por algunos países de Sudamérica.

No obstante, a pesar de que el día se presentaba imposible, Efrén no tenía ganas de colgar el teléfono y terminar con su conversación. Llevaba horas hablando con Verónica, la becaria que trabajaba con su amiga Elba Vilanova en el

periódico *El cronista valenciano*, y, a pesar de ello, sentía que todavía tenía cosas que decirle:

—Por primera vez, y sin que sirva de precedente, he de reconocer que estoy de acuerdo contigo. Hay varios músicos británicos que pueden considerarse los padres del concepto musical que hoy adoptamos los nuevos grupos de rock.

Se escuchó una risilla contenida a través de la línea telefónica.

—¿Te ha dolido mucho? —bromeó ella—. Dame la razón, quiero decir. Estoy segura de que se te ha escapado una lágrima de

pesar.

Efrén se encogió de hombros y sonrió silenciosamente, como si Verónica fuera capaz de verlo o de adivinar sus gestos.

—Si he de serte sincero, menos de lo que había esperado.

—Eso está bien, poco a poco vas dejando de ser tú para convertirte en una nueva persona, menos divo y más maravilloso y accesible —se burló, siguiendo con la broma.

—¿Estás insinuando que antes de conocerte no era maravilloso ni accesible?

—Puede ser...

—Verónica, eres demasiado crítica con mi pobre ego masculino. Mañana voy a ser incapaz de subirme a un escenario y afinar una sola nota, mi manager me echará la bronca y mis compañeros se desharán de mí, con lo que ya no tendrás que preocuparte por mi actitud de divo.

Las carcajadas que brotaron por el teléfono hicieron que el estómago de Efrén le diera una sacudida de advertencia. Se la imaginó en pijama, con sus rizos rubios rozándole los hombros, los ojos brillantes por la risa, la boca ligeramente entreabierta...

El sonido de su voz lo devolvió a la realidad de su solitaria suite de hotel.

—Respondiendo a tu sinceridad me retracto de mis acusaciones anteriores. Eres el divo menos divo que conozco.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que para ser quien eres no eres nada creído —concedió, sin un ápice de burla en su voz—. Y créeme si te digo que tengo cierta experiencia con músicos engreídos y prepotentes. Te sorprenderías.

—Gracias. Eso ha sido lo más amable que me has dicho nunca —la pinchó él, sintiéndose más

cómodo con el velado coqueteo que con la sinceridad brutal, detalle en el que no había querido pensar mucho por temor a lo que pudiera significar.

—Eso no es cierto —protestó ella.

—¿Ah, no? Pues refréscame la memoria, porque no recuerdo ninguna conversación en que me dijeras algo bonito.

—¿Buscas halagos?

—¡Siempre! Soy un divo, ¿recuerdas?

La confesión volvió a hacerla reír.

—De acuerdo, en ese caso te

diré... que cantas muy bien — improvisó Verónica, recurriendo a lo más obvio.

—Eso no me sirve.

—¿Por qué? No hay duda de que es un halago.

—No lo es. Es la constatación de un hecho. Canto muy bien y todo el mundo es consciente de ello, de ahí mi legión de fans.

—Ahora sí que retiro lo de que no eres una superestrella. Eres un presumido —lo acusó, a pesar de que se reía.

—Las chicas son presumidas, yo soy vanidoso —se quejó, no contento con el término escogido.



La conversación siguió en la misma línea durante media hora más. Hasta que Efrén escuchó a Verónica bostezar y se sintió culpable por haberla retenido durante tanto tiempo al teléfono. Al fin y al cabo ella también tenía que trabajar al día siguiente o, siendo justos, en unas pocas horas. La diferencia entre ambos era que él pensaba darse una cabezadita en el autobús, y Verónica tendría que aguantar su jornada laboral sin descansos.

—¿Vendrás al concierto de Valencia? —preguntó, antes de colgar.

—Imposible, ya no quedan entradas.

—¿En serio? ¡Vaya! ¡Qué maravilla!

—Sí, es genial —comentó Verónica, confusa por su euforia.

—No me refiero a que no puedas venir, sino a que ya no haya entradas. En cualquier caso tú no las necesitas. Puedo hacerte llegar un pase vip, y quizás puedas venir con Elba y con Max. Van a venir todos y hay algo que... Bueno, ya lo verás. ¿Vendrás?

—Sí. Supongo que podría ir...  
—aceptó, recordando la primera vez que había aceptado una de sus

invitaciones.

Desde que había comenzado con su amistad con Efrén se habían visto en persona tres veces. En la primera de ellas habían quedado para tomar un café, aprovechando que la gira de Circunstancias Atenuantes les había llevado a Valencia para los conciertos de Fallas.

La idea de quedar a solas con él la había aterrado tanto que a punto estuvo de pedirle a Carla, su prima y mejor amiga, que la acompañara hasta la cafetería. Después de todo, Carla era una ferviente seguidora del grupo y la amiga más fiel que

nadie podría encontrar. Le daría apoyo moral y evitaría que metiera la pata con el hombre más sexy y romántico que había conocido en su vida.

Carla era la hija de su tía Irene, la hermana de su madre y, a pesar de que tenía tres años más que ella, desde siempre habían sido inseparables. Trabajaba como fisioterapeuta en un importante hospital para deportistas, y al mismo tiempo disponía de una consulta en su propia casa. Verónica estaba convencida de que su prima disfrutaba torturando a sus pacientes o, al menos, disfrutaba

con aquellos que le caían peor. Tenía un carácter fuerte, algo que la gente que la veía por primera vez, toda ojos, grandes y dorados, cabello rojo y sonrisa dulce, no se esperaba. Y haciendo gala de ese carácter se había negado a acompañarla a su encuentro con Efrén.

—No puedo creer que me lo pidas, pero tampoco puedo creer que te esté diciendo que no —se lamentó—. Este va a ser el mayor trauma de mi vida.

—Entonces ven —insistió Verónica.

—No puedo hacerlo. Créeme, ir

sola es lo mejor para ti aunque ahora no lo veas.

Por mucho que Verónica insistió no hubo forma de convencerla, y al final se encontró a sí misma sentada en la cafetería, a la espera de que Efrén apareciera.

Se había obligado a vestirse con sencillez, vaqueros, cuñas y un suéter de punto rosa palo que, eso sí, era ceñido como el demonio y con un escote de vértigo.

Tras diez minutos allí sentada sintiéndose tonta, cogió su bolso, que había dejado en la silla contigua, y se levantó para marcharse. De acuerdo, diez

minutos era muy poco margen para dar por cancelada una cita, pero ¿quién narices llegaba tarde para tomar café con una chica por la que teóricamente estaba interesado?

Cuando alzó la mirada para arrastrar la silla y marcharse, se topó con los ojos de Efrén, que la observaban entre divertidos y curiosos.

—¿Pensabas dejarme tirado? — preguntó con una sonrisa, al tiempo que se inclinaba sobre ella para darle dos besos.

—En realidad pensaba que habías sido tú quien me había dado plantón.

Su confesión hizo que él sonriera y se sentara frente a ella como si nada hubiese pasado.

—Imposible, Ricitos, yo siempre cumplo mis promesas.

La segunda vez que se vieron, Verónica finalmente se salió con la suya y se llevó a Carla consigo. Circunstancias Atenuantes estaba grabando un videoclip en la playa del Saler en Valencia, por lo que había un gran número de seguidores rodeando la zona vallada, y no resultaba extraño que su prima la acompañara como una fan más.

Para sorpresa de ambas, en cuanto pudieron abrirse paso y



acercarse hasta allí alguien de seguridad se acercó hasta ellas y las invitó a acompañarlo. Sin perder tiempo, el tipo de seguridad las llevó directamente junto a Efrén, que las mantuvo alejadas de sus compañeros de grupo y, a juzgar por las miraditas que les echaban los chicos, las primas no supieron si, con el gesto, Efrén pretendía protegerlos a ellos o a ellas.

La tercera vez que salieron fue, sin duda, la más formal de todas. El músico la invitó a cenar en su propia casa, en el chalet que utilizaba cada vez que el trabajo le permitía disponer de tiempo libre.

Estaba situado en una de las zonas más caras de la ciudad, la decoración era elegante y masculina, pero, sin duda, lo que llamaba la atención era el tamaño de la cocina. De hecho había sido él mismo quien había preparado la cena, ya que, según le contó a Verónica, había recibido un par de clases de un amigo que era un gran cocinero. Verónica sonrió por el eufemismo: conociendo la clase de gente que frecuentaba Efrén, seguro que el amigo cocinero que le había ofrecido la clase magistral tenía más de una estrella Michelin.

En cualquier caso la noche no

fue lo que Verónica había esperado, y es que aunque el sitio escogido y el humor de ella auguraban nuevos giros en su amistad, Efrén se mantuvo encantador, pero distante, todo lo contrario a como se mostraba con ella en sus interminables conversaciones telefónicas.

—¡Estupendo, Ricitos! Nos vemos en el concierto —dijo, antes de colgar.

## Capítulo 2

*Siempre pensé que podría  
escoger,  
pero contigo el peligro se  
convierte en aliado.  
Y la vida es un beso  
arriesgado que robarte.  
A tu lado vendo mi alma y me  
juego el corazón.  
Tu cuerpo es un campo*

*minado que deseo recorrer,  
Sé que estoy loco y no lo  
quiero remediar.*

EFRÉN VENTURA  
(CIRCUNSTANCIAS  
ATENUANTES), *Un beso  
arriesgado*

La noche no estaba transcurriendo del modo en que Verónica había imaginado cuando aceptó unirse al grupo tras el concierto. Lo mínimo que había esperado de alguien que te invitaba a salir era que se acordara de tu existencia o, al menos, que no te

ignorara de un modo tan descarado. Sobre todo si unas horas antes se había comportado como la persona más encantadora con la que habías hablado nunca.

Siendo justos, cuando Efrén había espantado a uno de sus compañeros del grupo, que se había acercado para hablar con ella tras el concierto —consiguiendo con ello que el chico no se le volviera a acercar a menos de cinco metros— se encendió una diminuta llama de esperanza que se abrió paso en la aturullada y deslumbrada cabeza de la rubia.

Para su desgracia, en esos

instantes se estaba viendo obligada a atajar el pequeño fuego con botellines de agua, ya que no estaba de humor para probar ninguno de los cócteles que el restaurante ofrecía a sus famosos comensales.

Hacía tan solo unos meses que había quedado con él para cenar y, si bien esa velada no había ido como ella esperaba, tampoco la había tratado con la fría cortesía de la que estaba haciendo gala en esos momentos.

Cierto que su amistad era completamente atípica, pero ese detalle no justificaba su actitud de esa noche. A no ser que hubiera

conocido a alguien en ese pequeño espacio de tiempo, aventuró Verónica con un nudo en el estómago.

De hecho, si era así, esa no sería la primera vez que acababa metida en medio de una relación de Efrén. En sus primeras conversaciones con él, cuando se quedó prendada de su voz, de su simpatía e ingenio, estaba segura de que era el novio de Elba Vilanova, una compañera de trabajo que con el tiempo se había convertido en una buena amiga, a pesar de la diferencia de edad entre ambas.

Más tarde cuando todo se



aclaró, tras complicarse un poco más, descubrió que Efrén era el cantante de Circunstancias Atenuantes, y que entre Elba y él solo había una buena amistad. Después de eso llegaron las llamadas directas a su teléfono, y ella jamás le preguntó cómo había conseguido su número: supuso que era cosa de su amiga común y lo aceptó, más encantada que molesta.

Después de todo, Efrén tenía una voz preciosa a través del hilo telefónico, era divertido y lo suficientemente inalcanzable como para no dejarse llevar por los sueños románticos que él le

inspiraba. Por lo que, haciendo caso a su sentido común, se limitaba a apreciar y disfrutar de la camaradería que él le ofrecía. Hasta esa noche: justo en el instante en que fue consciente de que quizás Efrén había conocido a alguien, Verónica se permitió, por primera vez, aceptar que deseaba algo más que su amistad. Ni siquiera en las pocas ocasiones en que había quedado con él había aceptado que sentía algo más fuerte por él.

Esa amistad se había forjado del modo menos convencional posible, casi sin verse, compartiendo interminables horas de charla y

compañía telefónica y, a veces, las pocas en las que el loco horario de Efrén lo impedía, únicamente vía email.

Era por ese motivo por el que ahora se sentía tan decepcionada; consigo misma, por no haberse dado cuenta antes de lo que estaba comenzando a sentir, y con él, por confundirla.

Y es que, esa misma noche, cuando Verónica entró en el camerino tras el concierto, él la saludó de un modo que había acelerado su corazón y le había llenado la cabeza de ideas que llevaba meses tratando de evitar.

Justo cuando se daba la ocasión de encontrarse cara a cara mientras se tomaban unas copas en la zona chill out del restaurante donde habían cenado tras el concierto, Efrén ni siquiera se molestaba en mirar en su dirección. Como si su complicidad de meses atrás no hubiese sido para él más que un modo de matar el tiempo entre concierto y concierto. Ciertamente tampoco le había dedicado su atención a ninguna otra mujer, pero Verónica no era de las que se conformaban con tan poco.

Una parte de ella le decía que estaba siendo injusta con él, que

Efrén desde el primer momento le había ofrecido su amistad. No obstante, su parte menos racional estaba molesta, porque la idea de que estuviera con alguien no solo acababa con sus sueños románticos, sino también con la amistad que habían cultivado con tanto esmero. Después de todo, ¿qué mujer permitiría que su novio se pasara las noches al teléfono hablando con otra?

Más deprimida de lo que le hubiese gustado, se dejó caer en el mismo sillón del que se había levantado unos minutos antes para pedir un botellín de agua y

acercarse con disimulo hasta la zona en que estaba Efrén. Para su desdicha, el resultado de la jugada de acercamiento había sido tan nulo como el interés mostrado por él hacia su persona. Por lo que regresó a su sitio, sola y sintiéndose más tonta que nunca, jurándose a sí misma que no iba a volver a contestarle al teléfono. Tanto «Ricitos de Oro», tanta complicidad y, a la hora de la verdad, no era capaz de cruzar con ella más de cinco frases. La había tratado como si no fuera más que una conocida o alguna de las muchas fans que lo perseguían allá

a donde fuera.

Era estúpido si pensaba que le iba a responder al teléfono después de sus desplantes: la próxima vez que la llamara ni siquiera iba a dejarlo sonar como si no hubiese escuchado la llamada, nada de eso. Pensaba descolgar y luego colgarle en las narices. Aunque, visto lo visto, cabía la posibilidad de que nunca tuviera la ocasión de desairarlo, cosa que la deprimía todavía más.

En cualquier caso, la decepción que sentía era culpa suya. Desde hacía muchos años sabía que no era inteligente fiarse de los músicos, y

mucho menos de los músicos con éxito. El error era suyo por haberse olvidado temporalmente de la lección.

—Los hombres son idiotas — sentenció Miriam, dejándose caer con cuidado en el sillón pegado al suyo.

Miriam era la mejor amiga y cuñada de Elba, y si se caracterizaba por algo era, precisamente, por no tener pelos en la lengua.

Verónica giró la cabeza para mirar a Fabián, emitiendo con ello



la pregunta silenciosa sobre si Miriam incluía a su marido en el lote.

No hicieron falta palabras: la morena captó el significado de su mirada y respondió con seguridad.

—Todos. No se salva ni uno. ¿Te puedes creer que Fabián no quería que viniéramos con vosotros a cenar solo porque estoy embarazada? Ya sé que no puedo beber alcohol, en mi estado jamás se me ocurriría hacerlo, pero puedo pasar un rato entre amigos, divertirme un poco, por Dios. Es demasiado protector para mi salud mental —se quejó, al tiempo que se

acariciaba la abultada barriga.

Verónica se abstuvo de defender a Fabián alegando que, dado su avanzado estado de gestación, la preocupación de su marido era absolutamente lógica. Se cuidó de hacerlo porque, según le había comentado Elba, el embarazo estaba afectando al carácter de Miriam y Verónica no estaba dispuesta a cargarse su recién estrenada amistad por defender a ningún hombre.

—Tienes razón, Miriam. Son todos idiotas. No se salva ni uno.

—¡Chica lista! —aprobó, contenta porque le hubiera dado la

razón.

—Miriam, ¿crees que Efrén está con alguien? Que tiene novia, amiga especial...

—No, cariño. Ya te lo he dicho, lo único que le pasa a Efrén es que es idiota, por eso no tiene novia. — Pronunció la última parte de la frase señalándola a ella directamente.

—¿Tú crees?

—Tengo un sexto sentido en temas de amor. Estoy segura — zanjó Miriam—. Además, Elba también cree que siente algo por ti.

Verónica no estaba muy convencida de que Elba hubiera

dicho algo como eso, pero la morena estaba embarazadísima y lo mejor era no contrariarla.

Elba llevaba toda la noche deseando intervenir, pero, entre unas cosas y otras, no había tenido la oportunidad de estar a solas con Efrén. Viendo que este se separaba del grupo con el que había estado conversando, le dio un beso en los labios a Max, y se levantó para interceptarlo. Cuando llegó hasta él, ya se había detenido en la barra para pedirse un refresco.

—Hola, preciosa —la saludó su

amigo con una sonrisa—. ¿Cómo lo estás pasando?

—Estás haciendo el idiota — espetó esta, sin darle más explicaciones.

—¿Yo? —Parecía realmente sorprendido y desconcertado—. ¿Por qué?

—Verónica —dijo, sin necesidad de añadir más palabras.

—Si no he hecho nada.

—Ahí es dónde está el problema, Efrén. Estás haciendo el idiota y ni siquiera lo sabes.

# Capítulo 3

Verónica Campos respiró profundamente diez veces, tal y como aconsejaba su monitora de yoga, y entró en la redacción del periódico exhibiendo una alegría que estaba muy lejos de sentir. Por naturaleza era una persona cálida que siempre estaba sonriendo, positiva y con un gran sentido del

humor. Lamentablemente, en los últimos días no estaba siendo ella misma.

Saludó con fingido buen humor a sus compañeros, y miró con ojos anhelantes hacía la mesa del café. Aún no había llegado a su escritorio para dejar sus cosas y buscar la bebida revitalizante cuando Luis, el director del periódico, asomó la cabeza por la inexistente puerta de su despacho acristalado y soltó un grito, llamándola.

Se había pasado el fin de semana preparando varios artículos y tenía la esperanza de poder

repasarlos una última vez antes de que su jefe se los pidiera. Que la estuviera esperando contribuyó a aumentar su estado de ánimo, ya de por sí taciturno.

Sin perder el tiempo, se olvidó momentáneamente del café, dejó la chaqueta y el bolso sobre su mesa, deteniéndose solo para sacar la agenda y la memoria USB, ya que ni tiempo había tenido para imprimir el material, y se encaminó hacía la guarida de Luis.

—Buenos días, jefe. Si me das cinco minutos tendrás los artículos para esta semana.

—¡Siéntate! —pidió él,



señalando la silla vacía frente a su escritorio—. No quiero hablar contigo de los artículos. Tengo otro proyecto para ti.

—De acuerdo —aceptó, sentándose donde le había indicado—. Tú dirás.

—Voy a hacerte un favor, Vero. Uno muy grande. Voy a darte el reportaje perfecto para que tu carrera despegue. Vas a hacer un artículo a cuatro páginas para el suplemento del especial de verano que estamos preparando. Se llama *Valencianos de éxito* y será el tema central de la revista. ¿Qué te parece?

—Muy bien —comentó, sin llegar a asimilar lo fabulosa que era la oferta que le estaban poniendo delante—. ¿Tienes alguna lista de la gente a la que quieres que incluya o el artículo es mío por completo? —inquirió, interesada en saber hasta qué punto tenía vía libre para incluir a quien quisiera.

—El artículo es tuyo cien por cien. En esta comunidad vamos bien servidos. Tenemos cocineros, fotógrafos, músicos... De todo. La lista la haces tú. Ese es tu trabajo, y te doy dos semanas para que lo pongas encima de mi mesa. No obstante, no estaría de más que

entrevistaras a los grandes, ya sabes: Guillem Campos, Marta Ortiz, Alicia Bru, Efrén Ventura, Mario Montenegro... Por supuesto, no hace falta que me des las gracias.

Verónica se atragantó con la saliva al escuchar esos nombres... Estaba empezando a darse cuenta de que el artículo le iba a dar más penas que alegrías.

—Gracias, jefe —musitó con cierta dificultad.

—Ya te he dicho que no hacía falta —comentó con una sonrisa.

—Lo sé, pero quería hacerlo. —  
Le siguió el juego, aparentando

seriedad.

Se levantó de la silla dispuesta a regresar a su mesa y asimilar lo que le venía encima, pero, cuando estaba a punto de salir, Luis contraatacó inesperadamente:

—Verónica, ¿Guillem Campos no será familiar tuyo, por casualidad?

La aludida parpadeó sorprendida por la pregunta, antes de poder responder.

—¿Cómo lo sabes?

—No se llega a director de un periódico como este sin estar al tanto de quienes son las personas que te rodean.

—Entonces sabrás que es hijo de mi padre —aclaró, negándose a darle el parentesco que le correspondía por derecho.

—Imagino que no será un problema incluirlo en el reportaje, —aventuró, mirándola del modo familiar en que intimidaba a sus reporteros, una mezcla entre paternalismo y autoridad—. No sería muy profesional que lo fuera.

—No lo será, Luis. Si crees que debe aparecer en el artículo, lo hará —comentó, con la esperanza de que él se negara.

—Estupendo. Ya puedes irte, pero quiero esos textos encima de

mi mesa en diez minutos.

La periodista maldijo interiormente. Se acababa de meter en algo de lo que no iba a poder librarse fácilmente.

—Por supuesto, jefe — obedeció, pensando en cómo iba a salir airosa de esto.

Tras pasarse la mañana buscando a los valencianos más influyentes en los archivos del periódico y en Google, el lugar al que todo buen periodista siempre terminaba por acudir, estaba cada vez más malhumorada.

Su búsqueda le había llevado hasta un médico que era una eminencia en su campo y, tal y como había insinuado Luis, había varios cocineros de renombre — uno de ellos famoso por presentar el nuevo programa de cocina de moda—, dos actores, un futbolista, tres jugadores de pelota valenciana, una directora de cine, una diseñadora de moda, varios cantantes que habían tenido su época dorada hacía mucho tiempo, y después estaban Efrén y Guillem, dos de los músicos más influyentes del país. Uno de ellos, además, era el flamante ganador de un Óscar

por la banda sonora de la película de la década.

Justo las dos personas a las que se negaba a recurrir, por principios y por amor propio. Tal vez su prima, Carla, podía ponerla en contacto con alguno de los deportistas con los que trabajaba, pero Verónica estaba segura de que Luis no se iba a conformar con eso.

Se levantó de su silla con la intención de servirse el tan postergado café y, al regresar con él en las manos, se desvió hacia la mesa de Elba, que estaba concentrada en transcribir una entrevista, ya que llevaba puestos



los auriculares y apagaba y encendía la grabadora al tiempo que tecleaba en su ordenador.

Sin duda, necesitaba desahogarse con una amiga, y nadie mejor que Elba para escucharla. Sus amigas de toda la vida estaban demasiado implicadas en su historia con Guillem como para ser imparciales, en cambio, Elba no sabía de su existencia, y quizás pudiera comprender mejor el problema en que se encontraba. Y es que la mención de Guillem había abierto viejas heridas que no terminaban de cicatrizar.

—Elba, —le dio un golpecito

suave en el hombro—, ¿comemos juntas? Necesito una mano con un artículo muy importante.

La aludida se quitó los auriculares y le ofreció una sonrisa de disculpa.

—Lo siento, Vero, he quedado ya para comer. Pero si no tienes planes comemos juntas mañana, ¿de acuerdo?

—Claro. Te reservaré una hora al mediodía —comentó riendo, aunque sentía un peso en el estómago que no sabía cómo eliminar.

La única opción que le quedaba era hablar con su madre, pero ella

ya había sufrido lo suyo con ese tema y no deseaba añadir a ello sus propios problemas.

—Vero, si quieres yo como contigo —dijo Mike, uno de los fotógrafos, desde su mesa—. No es que esté contento con ser tu segunda opción, pero menos es nada —dijo, sonriendo y viéndose, si eso era posible, más atractivo con el gesto.

Las dos mujeres se miraron con picardía, no era ningún secreto que Mike estaba interesado en la rubia de cabello rizado.

—¿Por qué no? —aceptó Verónica con un sutil coqueteo—. Mejor tú que nadie.

El fotógrafo hizo un gesto de dolor al llevarse la mano al pecho, como si hubiera sido alcanzado por la pulla arrojada por Verónica, y con ello consiguió que las mujeres rieran a carcajadas y, que durante un instante, Verónica se olvidara de su malestar.

Salir a comer con Mike le permitió a Verónica disfrutar de una buena hamburguesa con patatas, refresco y postre helado, algo que con Elba estaba completamente prohibido. Su amiga era la hermana gemela de Fabián, un atractivo

pediatra que se había pasado media vida despotricando contra la comida basura y que había dejado grabada en su hermana y en su sobrina la opinión de que comer sano y hacer deporte era la base para tener una vida feliz. De modo que Mike había supuesto no solo un descanso en el menú habitual, sino también una conversación divertida e intrascendente que le había ayudado a olvidarse, al menos durante una hora, del pésimo fin de semana que había sufrido y de las perspectivas de un artículo que la dirigían directamente a un lugar al que no deseaba acercarse.

Y es que, últimamente, su vida ordenada se estaba desmoronando a su alrededor. Solo habían sido necesarias un par de frases amables por parte de Efrén Ventura para que ella se permitiera fantasear con él, con un resultado deprimente y muy cercano a la catástrofe. Después, el inesperado artículo que, si bien podía ayudarla a ganarse un hueco en el periódico, despertaba viejas heridas que todavía no habían sanado del todo.

Lamentablemente tenía que escribir el artículo, aunque era consciente de que, cuanto menos trato tuviera con sus entrevistados,

más cerca estaría de la cordura y de evitarse quebraderos de cabeza y corazones rotos.

—Tienes pinta de estar necesitando un café con urgencia — comentó Mike, observándola con interés.

—Eres maquiavélico. Sabes que nunca jamás rechazo una propuesta como esa.

Él le ofreció una sonrisa satisfecha:

—Contaba con ello —explicó, levantándose de la silla—. Además, estás de suerte, porque sé dónde hacen el mejor café de la ciudad.

# Capítulo 4

*De nuevo regreso al mismo  
punto,  
a pesar de mis esfuerzos por  
huir,  
tú eres mi destino,  
y parece que no puedo elegir.*  
EFRÉN VENTURA  
(Circunstancias Atenuantes), *Tú*



Efrén conducía hacia su cita para comer como un condenado a muerte camino de su inminente ejecución.

Tras la breve regañina de Elba en el restaurante se sentía estúpido y pueril.

Nadie creería, viendo la metedura de pata que había cometido con Verónica, que las mujeres le lanzaban ropa interior al escenario y lo perseguían sin descanso fuera de él. De hecho, esa era principalmente la razón de que hubiera un problema con Verónica. Estaba tan acostumbrado a ser el

perseguido que no tenía ni la más remota idea de cómo actuar ante una mujer que no se mostrara abiertamente interesada en él.

La fama le había llegado muy pronto, e incluso antes de ello habían sido las chicas las que habían buscado su compañía. Las chicas maduraban antes que los chicos en todos los sentidos, y en ese aspecto sus compañeras de clase se habían adelantado a Efrén en su interés por el sexo opuesto.

Por otro lado, Verónica no solo no se mostraba interesada, sino que, además, actuaba como si solo le estuviera ofreciendo una amistad.

Puede que él fuera un cretino, pero ella tampoco se había esforzado por acercarse a él.

De hecho, Efrén estaba seguro de haberle enviado todas las señales necesarias, a lo largo de su relación telefónica, para que se diera cuenta de que él buscaba algo más que simple camaradería.

Y es que, aunque sabía que había metido la pata tras el concierto, al creer que era mejor hacerse el interesante y esperar a que ella se acercara, estaba seguro de que la distancia que marcaba Verónica entre ambos no era por su culpa.

Tal vez no estaba interesada, pensó, poniéndose mala cara a sí mismo en espejo retrovisor.

—¡Idiota! —se regañó en voz alta—. Tienes que pensar en positivo.

Además, el comentario de Elba le daba esperanzas de que fuese así. Si no hubiese habido ningún interés por parte de Ricitos de Oro, Elba no se habría enfadado tanto con él, ¿no?

Intentando centrarse en la conducción y sabiendo que aparcar en el centro era misión imposible, se adentró en uno de los aparcamientos de la zona y se

ahorró las inevitables vueltas. Su humor ya estaba lo suficientemente bilioso sin necesidad de ayuda externa.

Salió del coche arrastrando los pies. Ver a Elba siempre lo alegraba. No obstante, la ocasión no era propicia para el buen humor, ya que su amiga había decidido llevar refuerzos, y de los certeros, con mira telescópica incluida.

Y es que, aunque adoraba a Miriam y su lengua afilada, su fiasco tras el concierto lo había puesto demasiado susceptible a la sinceridad brutal de la morena.

En cinco minutos se plantó

frente a la cafetería en la que habían quedado para comer. Como siempre que estaba bajo el escenario, llevaba sus gafas y el pelo peinado de la manera más cómoda posible, por lo que no le preocupaba excesivamente que lo reconocieran.

Deteniéndose frente a la puerta del local, se sintió culpable cuando vio que sus amigas ya estaban allí.

—Lamento mucho llegar tarde. Aparcar en el centro es imposible —se excusó, olvidándose de la culpabilidad de hacía unos segundos.

—No te preocupes, acabamos

de llegar —comentó Elba, devolviéndole los dos besos con que la estaba saludando.

—Acabarás de llegar tú, yo llevo aquí sentada diez minutos — se quejó Miriam, mirando a Elba, aunque le guiñó un ojo a Efrén, que en ese momento se acercaba a besarla.

—Lo siento, Miriam. Si hubiera sabido que ibas a estar tan guapa habría venido antes —la aduló, ganándose el perdón de las mujeres.

—Es cierto, Miriam, hoy estás especialmente guapa —corroboró Elba, mirando con suspicacia a su

amiga—. ¿Has cambiado el tono del colorete? Estás muy sonrosada.

Miriam negó con la cabeza.

—¿La barra de labios? — insistió.

Otra negación.

—¡Ya lo tengo! Te has cambiado el peinado —intervino Efrén.

—¿Estáis tontos? No me he hecho nada —se quejó molesta, espoleada por las hormonas—. Aunque reconozco que tengo un poco de calor —comentó, tocándose las sonrosadas mejillas.

—Será por el bebé —zanjó Efrén—, y somos absolutamente sinceros cuando decimos que estás



muy guapa. No creas que es peloteo. La maternidad te sienta estupendamente.

Se calló tras sufrir la mirada asesina de Miriam.

La comida transcurrió entre el buen ambiente y las bromas a costa de Efrén y su pésima actuación con Verónica.

—No comprendo cómo pudiste pasar tanto de ella. Conmigo eras muy atento —dijo Elba.

—Y ya viste cómo me fue. Te quedaste con Max —bromeó de buen humor.

—Él me vio antes —respondió ella, siguiendo la broma—. Y tú nunca estuviste realmente interesado en mí. Confundimos nuestra amistad.

—En realidad, las cosas contigo fueron distintas en muchos aspectos. A ti no te conocía, en cambio sí que conozco a Verónica. Somos amigos, pensé que lo mejor sería dejar que ella se acercara a mí. Recordad que yo di el primer paso —apuntó—. Te pedí su número y la llamé. Además, también fui yo quién se acercó a ella tras el concierto. Podría haberme dado alguna señal.

—¿Estás seguro de que no lo hizo? Además, la superestrella eres tú —aclaró Elba—. Y el hecho de que lo seas no le aporta seguridad a ninguna chica.

—En realidad, Verónica cree que es posible que estés con alguien —apuntó Miriam con despreocupación.

Sus dos amigos la miraron con abierta sorpresa.

—¿Cuándo tenías pensado contármelo? —preguntó Efrén, abiertamente irritado.

—No seas bobo. Ya la saqué de su error. Lo he arreglado todo, así que de nada, superestrella. —

murmuró entre dientes.

—Gracias, Miriam —dijo Efrén, algo divertido y algo enfadado de que sus amigos siempre terminaran usando su estatus como músico para meterse con él. Puede que la gente deseara el éxito, pero seguro que lo hacía porque no estaba al tanto de todo lo que conllevaba.

—Que piense que puedes estar con alguien es una prueba de que Vero se siente insegura contigo —apuntó Elba.

—No entiendo su inseguridad. Ha estado hablando con él durante meses —se quejó Miriam.

—En realidad, ella no es consciente de que Efrén me pidió su número porque le gustaba. Además, tampoco es un secreto que, día sí, día no, salen noticias y fotografías de Efrén con otras mujeres.

Miriam arrugó el ceño, pero no dijo nada.

—Verónica es periodista. Debe saber que no se puede creer todo lo que se dice en las revistas. Por otra parte, puede que no le haya dicho que me interesa abiertamente, pero sí de otras maneras más... sutiles.

—Espera, Elba, que va a hablarnos un poeta —pinchó Miriam.

—¿Cuánto dices que te falta para dar a luz? —inquirió Efrén, mirando a Miriam, que de repente se había quedado muda—. Porque de verdad que estás guapísima embarazada.

El silencio de su amiga y el modo en que se tensó Elba de repente le hicieron saber que algo estaba sucediendo a su espalda. Se dio la vuelta para ver qué las había dejado tan trastornadas y se topó con la mirada de Verónica, que iba acompañada por un tipo joven que se tomaba demasiadas libertades, a juzgar por el modo en que la asía de la cintura para que pasara

delante de él.

Verónica parecía completamente descolocada. A juzgar por su expresión en ningún momento se hubiera imaginado que los encontraría allí. No obstante, estaban en una de las cafeterías a las que solían acudir los trabajadores del periódico, y después de todo, Efrén iba acompañado de uno de ellos. La amiga que había rechazado salir a comer con ella porque ya tenía planes. Unos planes que la excluían a ella.

Efrén estaba a punto de alzar el brazo y llamarlas para que se sentaran con ellos cuando Verónica arrugó la frente, se apartó un rizo del ojo, se dio la vuelta con gestos rígidos y salió a toda prisa del local. Su acompañante la siguió después de saludar a Elba con la mano.

—Está enfadada conmigo — explicó la periodista—. Me ha pedido que comiéramos juntas y yo le he dicho que había quedado, dejándole creer que era con Max con quien iba a comer. Debe haberla sorprendido que estuvieras aquí.



—Entiendo.

—No podía decirle que era contigo, porque tengo la sensación de que no le hubiera gustado mucho escucharme hablar de ti, y ahora...

—Se calló sin saber muy bien qué decir.

—Ahora todavía me va a odiar más.

—No lo creo. Solo se siente traicionada por mí. Le explicaré que querías que habláramos de algo importante y listo.

—¿Crees que funcionará? — preguntó esperanzado.

—Seguro que sí. Verónica no es rencorosa, y sabe que somos

buenos amigos.

—Parecía preocupada por algo, ¿no crees? ¿Piensas que quería hablar contigo porque estaba preocupada por algo serio? — preguntó, recordando la expresión perdida de la rubia.

—Yo no sabría...

—Chicos, —interrumpió Miriam, quien durante el intercambio se había mantenido en silencio—. Lamento complicar este momento tan crucial, pero o me he hecho pis encima o he roto aguas.

## Capítulo 5

Era la primera vez en su vida que Efrén veía a un hombre histérico, y que se tratara de un médico responsable y centrado lo hacía todavía más surrealista y terrorífico de lo que hubiera imaginado nunca.

Desde el instante en que Elba había llamado a su hermano para

avisarle que Miriam había roto aguas, la voz del inminente padre había traspasado la barrera del sonido. De hecho Elba habría podido prescindir del teléfono para hablar con él a pesar de los kilómetros de distancia que les separaban. Y lo peor era que sus gritos no habían cesado desde entonces.

—Fabián, cariño, ¿quieres que entre yo un rato para acompañar a Miriam y tú te acercas a la cafetería y te tomas una tila? —ofreció Elba, con mucho tacto.

Fabián había salido de la sala de dilatación para avisarles que

Miriam todavía no estaba lista para dar a luz y que había que esperar.

Tras el susto en la cafetería, Efrén había actuado con rapidez y se había llevado a las dos mujeres al hospital, donde habían ingresado a Miriam. Una vez estuvo ese punto cubierto, y con Fabián avisado, Elba se hizo cargo de la situación. Llamó a su marido y a Olivia, la madre de este, que fue quien se encargó de recoger a Alma en el colegio. Una vez resuelto todo, los tres, Elba, Max y Efrén quedaron para verse a las puertas de urgencias de Maternidad, a la espera de recibir la noticia del

nacimiento del bebé.

—Nosotros te acompañamos, Fabián —ofreció Max, mirando a Efrén.

—Claro, Fabián —corroboró este, ante la petición de ayuda de su amigo—. Yo también necesito una tila después del susto que me ha dado tu mujer —bromeó, para aligerar el ambiente.

—No, no. Mejor me quedo con Miriam.

—Vale, pero cálmate o la vas a poner nerviosa. Y será peor para el parto —concedió su hermana, sabiendo que no iba a conseguir que se separara de ella si no

recurría a la preocupación por su bienestar.

—¿Crees que la pongo nerviosa?

—Sí que lo creo, cariño, estás histérico. Pero es normal, vas a ser padre.

Con un profundo suspiro, que alteró todavía más a sus acompañantes, Fabián se encogió de hombros, y finalmente cedió.

—De acuerdo, me tomaré esa tita, pero volveré en seguida. No quiero que piense que la abandono.

Efrén no pudo más que mirar a Elba con absoluta admiración. Elba sonrió, satisfecha por su éxito, se

puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla a su gemelo. Después les guiñó un ojo a su marido y a Efrén, que había esperado pasar un día relajado comiendo con sus amigas, y anunció que iba a entrar a acompañar a la parturienta.

—Tal vez sea buena idea que pidas una tila doble —aconsejó Max, ahogando una sonrisa.

Acababan de llegar a la cafetería del hospital y durante el camino Fabián no había vuelto a abrir la boca, como si salir de la zona de urgencias de Maternidad



hubiera sido un bálsamo para su estrés.

—Mejor nos sentamos primero —sugirió Efrén, al darse cuenta de que la calma de Fabián era solo aparente—, yo te traeré la tila, ¿tú quieres algo?

—Que sean cuatro tilas, dos para él y una para cada uno —propuso Max, que era el más racional y sensato de los tres.

—¡Hecho! —aceptó Efrén, dejando que los demás tomaran asiento en una de las mesas que estaban vacías.

A pesar de que eran más de las cinco de la tarde y de que el

horario de consultas había finalizado, la cafetería estaba bastante concurrida. Con la cabeza gacha, mirando el teléfono para comprobar que Elba no había avisado de cambios en el estado de Miriam, se plantó frente a la chica que estaba detrás la barra y pidió las cuatro tilas. Como si la petición fuera de lo más habitual en aquellos lares, la camarera ni se inmutó. De hecho, le prestó tan poca atención a Efrén que este se libró de continuar con la cabeza gacha. Después del día que estaba sufriendo, lo que menos le apetecía era ponerse a firmar autógrafos o a hacerse

fotografías con sus seguidores.

Con una taza en cada mano regresó a la mesa, e hizo el mismo viaje otra vez para llevar las que había dejado en el mostrador.

—Me bebo esto rápido y vuelvo con Miriam —dijo Fabián, de nuevo rozando la histeria—. No quiero que crea que la he abandonado —volvió a repetir, como si esa idea se le hubiera quedado grabada.

—Ella jamás pensaría eso de ti —apuntó el músico, ganándose por ello una mirada condescendiente de Fabián—. De hecho, estoy seguro de que estará más tranquila si cree

que lo estás tú.

Fue Max quien salvó la situación, poniendo a Efrén en un aprieto.

—¿Ya te ha echado la bronca mi mujer?

—¿Qué has hecho? —inquirió el futuro padre, olvidando por un instante sus propios problemas.

—Nada —respondió, mirando a Fabián, y añadió, para responder a Max—: No ha llegado a echarme la bronca. Justo cuando estábamos hablando de eso, Verónica ha aparecido por sorpresa en la cafetería.

—La cosa va de mal en peor...

Parece que soy el único hombre que entiende a las mujeres en esta mesa —remató Max, mirándolos con algo similar a la compasión.

Efrén estaba cada vez más nervioso e incómodo. Si en la cafetería había logrado pasar desapercibido, no había tenido tanta suerte en la sala de espera del hospital. Una de las enfermeras lo había reconocido, y se había pasado sus buenos quince minutos firmando autógrafos a las matronas, celadores, enfermeras y demás trabajadores del hospital.

Y por si fuera poco el comentario de Max no dejaba de darle vueltas en la cabeza.

En varias ocasiones en el transcurso del día había estado tentando de marcar su número de teléfono y disculparse con Verónica sin tanto revuelo. «He metido la pata, cierto, pero no necesito que Elba me diga cómo solucionarlo, ¿verdad?», se preguntó a sí mismo, no muy seguro de dar con la respuesta. Después de todo, no había necesitado a nadie para entablar su amistad con ella, ¿por qué la situación actual era diferente?

Miró a Elba, que se había escondido en los brazos de Max, a la espera de que salieran a darles la noticia de que todo había salido perfectamente, y decidió que iba a hacer algo.

—Voy a salir fuera un rato — avisó a sus amigos.

—Vete a casa, Efrén. Yo te llamo cuando nazca el niño — ofreció Elba, con una sonrisa cansada.

—Con el susto que nos ha dado y lo que le está costando salir... — dijo, sonriendo—. Mejor me espero un ratito más.

—Elba tiene razón. Ve y

descansa, te llamamos cuando sepamos algo —secundó Max.

No tuvo tiempo de volver a declinar la invitación porque, un instante después, la figura de un Fabián desaliñado con un bulto en brazos y una enfermera siguiéndole los pasos apareció por la puerta que daba a las consultas.

Los tres se levantaron como un resorte de las butacas y se acercaron hasta ellos.

—Tengo un hijo perfecto, y Miriam está bien, más que bien, está preciosa —dijo Fabián, emocionado, mostrando a su hijo con orgullo: un niño guapísimo, a



pesar de estar arrugado y enrojecido.

—Es tan bonito como lo era Alma cuando nació —afirmó su tía, a quién le caían las lágrimas de la emoción.

Efrén notó que la cara de Max se contraía de dolor, seguramente al recordar que la mala suerte le había impedido estar con Elba en esos momentos.

—¿Verdad que sí? —preguntó Fabián, quien añadió, mirando a su hermana—: Se llama Rodrigo.

—¿Como papá?

Fabián asintió con la cabeza.

—Miriam y yo hemos decidido

seguir con la tradición familiar — explicó, ofreciéndole a su hijo para que lo sostuviera.

El orgulloso padre recibió las felicitaciones de todos. Cuando Efrén lo consideró oportuno, se despidió de la familia y se marchó.

Lo primero que hizo al subirse a su coche fue sacar el teléfono móvil y llamar a una de las más famosas floristerías de Valencia para que enviaran un ramo a la nueva madre. Tras eso arrancó el motor y se dispuso a arreglar su propia vida, inspirado por el maravilloso momento del que acababa de ser testigo.

# Capítulo 6

*Y Ricitos de Oro devoró al  
lobo feroz...*

*Y lo hizo tantas veces y  
durante tanto tiempo  
que el pobre lobo se olvidó de  
que podía asustarla...*

EFRÉN VENTURA  
(CIRCUNSTANCIAS  
ATENUANTES), *Ricitos de Oro.*

Era la primera vez que se presentaba en casa de una mujer sin haber sido invitado, pero su amistad con Verónica estaba plagada de primeras veces. Armándose de valor, llamó al timbre del portal y espero a que respondiera. Eran las ocho de la tarde, lo que auguraba éxito y muchas posibilidades de que ella estuviera en casa.

—¿Quién es? —preguntó por el telefonillo del portal. Su voz sonó demasiado nasal, como si hubiese estado llorando.

—Soy Efrén, ¿puedo subir?  
Tengo que hablar contigo.

Para su completa sorpresa Verónica ni se molestó en responder. Directamente le abrió la puerta para que entrara en el portal y subiera.

«¡Bien!», se dijo. Primer obstáculo superado: no le había dado con la puerta en las narices. Quizás, después de todo, reconciliarse con ella iba a ser más fácil de lo que había esperado. La idea lo animó lo suficiente como para dejar de lado el ascensor y subir por las escaleras. Además, estaba tan impaciente por verla y

solucionar el malentendido que esperar a que el ascensor llegara a la planta baja se le hizo demasiado largo.

Cuando llegó al segundo piso, Verónica estaba en la puerta con los ojos rojos, un pañuelo de papel frente a su nariz y una tarrina de helado con una cuchara dentro en la otra mano.

—¡Dios mío! ¿Estás así por mi culpa? —preguntó, más para sí mismo que para obtener respuesta.

La rubia no atinó a dar con una respuesta rápida y burlona sino que lo miró como si de repente tuviera ante ella a un príncipe transformado

en rana, e inmediatamente el helado se le revolvió en el estómago.

—¿Te encuentras mal? —volvió a preguntar, esta vez esperando una respuesta.

—Se puede decir que he tenido un mal día —explicó ella, apartándose de la entrada para dejarlo pasar, y deshaciéndose del helado dejándola sobre la mesilla del recibidor—. ¿Qué haces aquí? Eres la última persona a la que esperaba ver en mi piso.

Llevaba toda la tarde pensando en lo que había sucedido en el restaurante, avergonzada de su reacción. Y había llegado a la

conclusión de que se había equivocado desde el primer momento. En primer lugar, no debería haber perdido la perspectiva: Efrén solo era un amigo, y si no se hubiera olvidado de ello no se habría llevado el disgusto tras el concierto, ni mucho menos esa misma tarde en la cafetería. No tenía ninguna duda de que había llegado el momento de cambiar el chip, y ese era el momento perfecto para hacerlo y recordarse que Efrén era un gran amigo. Nada más. Lo que sentía por él tenía que pasar a un segundo plano si pretendía conservar la



cordura.

—Eso no es muy halagador —se quejó, pero la siguió por el pasillo y entró tras ella a lo que parecía ser su despacho.

Se trataba de una acogedora habitación pintada de rosa pálido, con las cortinas en fucsia y cubierta de estanterías. Pero lo que llamó la atención de Efrén no fueron los libros, que parecían ordenados alfabéticamente, sino los enormes tarros de cristal llenos de lápices de todos los colores y tamaños posibles. De hecho, había más lápices de los que había visto nunca, ni siquiera en una papelería.

—¿Coleccionas lápices?

Verónica asintió con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Por qué lápices y no bolígrafos? Son infinitamente más cómodos y, desde luego, hay más variedad.

—Porque los lápices son baratos. Al principio comencé a comprarlos como recuerdo de los lugares en los que había estado. Era más económico comprar un lápiz que un *souvenir*, y después se convirtió en una afición. Me atrae lo que significa. Lo que está escrito en lápiz se puede borrar y reescribir. Con la debida atención todo se puede mejorar.

—¿Coleccionas algo más?

—No exactamente. Pero soy una obsesa de las pulseras —explicó, alzando las manos para que viera sus muñecas.

Efrén sonrió con picardía.

—Sí, de eso ya me había dado cuenta.

—Perfecto, entonces ya sabes con qué regalo acertar —bromeó, un poco incómoda con que hablaran de ella tan abiertamente.

—De eso nada. Cualquiera puede regalarte una pulsera, yo pretendo ser más original que eso.

—Seguro que sí —aceptó, señalándole el sofá color café para

que se sentara—. Dime, ¿a qué debo tu visita, teniendo en cuenta que apenas nos conocemos? —dejó caer, todavía molesta por el incidente tras el concierto, y molesta consigo misma por no haberse mordido la lengua. «Cambia el chip», se dijo, «cambia el chip».

—¿Que no nos conocemos? —inquirió, asombrado por el comentario—. Llevamos más de un año hablando casi todos los días.

—Supongo que tienes razón. Somos amigos.

—Respecto a eso, quería disculparme contigo por lo que

pasó tras el concierto y también por lo de esta mañana. Yo...

Verónica lo cortó antes de que pudiera seguir.

—No tienes que disculparte por nada, tienes todo el derecho del mundo de escoger con quien quieres hablar y con quien no. — Alzó la mano para acallar la réplica que él tenía en los labios—. Respecto a mi reacción de esta mañana, admito que fue un poco exagerada, pero estaba alterada por algo que me había sucedido y necesitaba hablarlo con un amigo, y cuando vi que Elba me había dicho que no podía comer conmigo, pero

sí contigo... Me enfadé porque necesitaba desahogarme.

—Cuéntamelo a mí —pidió con seriedad.

—¿Perdón?

—Has dicho que necesitabas hablar con un amigo, y hemos determinado que yo soy un amigo. Así pues, cuéntamelo a mí.

Verónica sintió un pinchazo en el pecho. Él acababa de confirmar lo que tanto había temido, ¿y no era eso exactamente lo que se había buscado por insistir en el tema?

—No quiero molestarte con mis problemas, además, tal vez te parezca una tontería —dijo

Verónica, pero lo cierto era que necesitaba desahogarse y Efrén era tan buen oyente como conversador.

—¿Voy a tener que arrastrarme para que me perdones y me lo cuentes?

—No hay nada que perdonar, ya te lo he dicho.

—Pero no me lo vas a contar —dijo—. De acuerdo, te contaré yo primero un problemilla a ver si tú te animas con el tuyo. Verás... No estoy acostumbrado a buscar a las mujeres. Normalmente no tengo que hacerlo, así que no sé cómo hacerlo —confesó sin rastro de vergüenza.

—Mi hermano me odia —soltó,

de sopetón, alterada por lo que él le estaba confesando—. Bueno, en realidad es mi medio hermano. Mismo padre, madres distintas.

—¿Y lo has descubierto hoy? — preguntó Efrén, completamente perdido.

Verónica lanzó un suspiro resignado y se lanzó a contarle la historia de su vida. Cuando su padre se casó con su madre no era la primera vez que pasaba por el altar. Siendo muy joven se había casado con una mujer, la madre de su hermanastro, pero la relación no funcionó y se separaron.

Cuando los padres de Verónica



se casaron, el niño se adaptó a los cambios sin más problemas. Tras el divorcio de sus propios padres, se estipularon las visitas entre sus dos progenitores, de modo que Guillem pasaba la mitad de las fiestas con su padre y su nueva esposa, y la otra mitad con su madre. Lo mismo sucedía con los fines de semana, que iba alternando entre una casa y otra.

Cuando nació Verónica, Guillem, que tenía cinco años, descubrió que se había convertido en el hermano mayor y que eso entrañaba cierta responsabilidad. Desde la primera vez que la vio,

tan pequeña y sonrosada, comprendió que la querría siempre. Guillem adoraba a su hermana, jugaba con ella y estaba deseando que llegara el fin de semana en casa de su padre para verla. Al vivir en la misma zona los dos niños iban al mismo colegio, y Guillem y Verónica ya no tenían que esperar a que llegaran las vacaciones para estar juntos. No obstante, cuando Verónica cumplió los seis años, Guillem comenzó a distanciarse de la familia de su padre, azuzado por una madre vengativa que odiaba ver que su hijo quisiera a alguien tanto o más que a ella.

El tiempo siguió pasando y la distancia entre los dos hermanos se hizo mayor, casi insalvable. A pesar de que todo el mundo en el colegio sabía el parentesco que les unía, los niños dejaron de actuar como hermanos, y la distancia entre ambos acabó por matar esos lazos.

—¿Por qué te preocupa eso ahora?

—Luis me ha encargado un artículo sobre los valencianos más influyentes.

Efrén la miró sin comprender.

—Mi hermano es Guillem Campos.

—¿El músico que ganó un

Óscar? ¡Vaya! Entiendo.

—Hay más... He intentado ponerme en contacto con el cocinero Roberto Machado, con Alberto Figueroa, Elena Márquez y un largo etcétera. Todos están demasiado ocupados como para atender a una periodista que está empezando. No tengo contactos y nunca voy a tenerlos si no escribo este artículo.

—¿Y qué hay de mí? Yo aceptaría que me entrevistaras —ofreció con una sonrisa tímida. Después de la reacción a sus bromas lo mejor era ser cauteloso—. Incluso podría darte una

exclusiva.

—Para serte sincera, tú y Guillem estabais vetados en mi lista —confesó, con una sonrisa de disculpa.

—Para serte sincero, lo imaginaba, pero ahora que somos oficialmente amigos ya no estoy vetado.

—Supongo que lo somos —admitió ella, fingiendo que le resultaba difícil estar de acuerdo con él—. Y no, ya no estás en mi lista negra.

Ambos rieron, aligerando un poco la tensión del momento. Se habían dado cuenta de que su

relación era más fácil cuando fingían que no eran nada más que amigos y, dadas las circunstancias, esa era la táctica que ambos seguían.

—Me encantará entrevistarte. El problema es que no puedo escribir un artículo sobre valencianos influyentes y de éxito con un solo protagonista —bromeó, mucho más relajada.

—Eso se puede arreglar con facilidad. Cena conmigo el viernes y acabaré con tus problemas.

—Serás... —Su expresión pasó de la tristeza al enfado en menos tiempo de lo que tarda el motor de

un fórmula uno en llegar a los cuatrocientos kilómetros por hora —. Eres engreído y prepotente. ¿De verdad crees que cenar contigo será tan maravilloso que me olvidaré de que mi carrera se va al traste?

—Eres mucho más fiera de lo que pareces a simple vista, Ricitos de Oro.

Verónica bufó, sin ocultar su disgusto, pero se abstuvo de contestar.

—Lo que quería decir, antes de que me atacaras con tu aguda labia, era que si cenas conmigo te llevaré al Endgame y te presentaré a Roberto Machado, y quizás se

quede con nosotros lo suficiente para que le puedas hacer un par de preguntas para tu artículo.

La rubia se quedó callada, contemplando la posibilidad de esconderse hasta que Efrén no tuviera más remedio que marcharse de su casa. Se había dejado llevar por su malhumor, algo lógico teniendo en cuenta lo horrible que estaba resultando su día.

—Lo siento. Normalmente soy más calmada. No sé qué me ha pasado.

—Tranquila, Ricitos de Oro. Suelo ejercer esa influencia con las mujeres. A mi lado siempre sacáis



a la tigresa que lleváis dentro —se jactó, para pincharla.

—Será porque las sacas de quicio con tu ego. Desde que has entrado no has hecho más que hincharte como un gallo. —  
Verónica volvió al ataque.

—Lo has vuelto a hacer. —Se rio Efrén.

—Pues deja de provocarme.

—No puedo, es muy divertido verte sacar las garras. Me gusta esta nueva versión tuya, Ricitos de Oro.

—Ha sido culpa tuya. Eres una mala influencia para mí.

—Qué cosas más bonitas me

dices —comentó, fingiéndose encantado.

—En cualquier caso, cenar en el Endgame es una locura —afirmó, cruzándose de brazos.

—¿Y eso por qué, Ricitos?

—Por si no lo sabes, el restaurante está en Madrid, y esto —dijo señalando a su alrededor—, es Valencia.

Efrén se rio sin disimulos.

—¿No es fantástico que vayamos a pasar el fin de semana juntos? —preguntó sin dejar de sonreír.

# Capítulo 7

Lo primero que hizo Verónica en cuanto Efrén se marchó de su casa fue llamar a Carla, en busca de ayuda y consuelo.

Casi sin darse cuenta, no solo se había visto liada hasta el punto de que había aceptado irse de fin de semana con Efrén, sino que, además, Luis había hecho su jugada

e iba a tener que enfrentar lo que llevaba demasiado tiempo postergando: hablar con su hermano mayor.

—Tu hermano es idiota. Me lo pareció desde el instante en que lo conocí —sentenció Carla cuando Verónica la puso en antecedentes.

—Por Dios, Carla, tenías tres años y él cuatro. ¿Cómo podías saberlo?

—Tengo mucho ojo para los hombres. Los calo a la primera mirada —insistió esta, con mucha seriedad.

—¿Con tres años?

—Siempre he sido precoz.

—Eso no puedo negarlo.

—¡Leches, Vero! No vas a parar de restregármelo, ¿verdad? — preguntó, ocultando una sonrisa.

Solo tenía seis años cuando, estando en el parque, Carla se había ligado a Lolo, el novio de su prima. El pobre se había sentido deslumbrado porque una chica tan mayor le hiciera caso y había sucumbido a sus encantos.

Verónica rio, al comprender que su prima había captado al vuelo la indirecta.

—Claro que no. Me divierte mucho atormentarte con ello. ¡Robanovios! —Se guaseó.

—Muy graciosa. Pero, volviendo a lo importante, que si no voy a llegar tarde al despacho del director que ha pedido verme...

—Como en el colegio —se burló Verónica.

—No cambies de tema —se quejó, al tiempo que comenzaba a andar hacia el ascensor—. Aquí lo importante es que no te preocupes por nada. ¿Que Efrén te ha obligado a pasar el fin de semana con él? Pues disfrútalo. Y por tu hermano no te amargues, a fin de cuentas él no lo hace. Pasa por completo de todo lo que tenga que ver contigo y con tu padre, y tú eres una

profesional. Así que compórtate como tal, haz tu entrevista y adiós, muy buenas.

—Tienes razón.

—¿Cuándo no la tengo? — preguntó, deteniéndose a las puertas del ascensor.

—Eres igual que Efrén. Los dos estáis en posesión de la verdad absoluta —comentó, asombrada por no haberse dado cuenta antes. Ella adoraba a su prima y, de algún modo, Efrén era tan parecido a ella que asustaba.

—En todo caso él se parecerá a mí. No olvides que me conociste en primer lugar —dijo con

indignación.

—Mis más sinceras disculpas.

—Aceptadas —concedió la pelirroja, sintiéndose generosa—. Ahora te dejo, que tengo una reunión importante. Llámame esta noche y me cuentas con detenimiento.

—¿Qué te parece si en lugar de llamarte te invito a cenar? Podemos pedir una pizza.

La sonrisa de Carla se amplió.

—Eso suena mejor —colgó en el momento en que las puertas del ascensor se abrían frente a ella.

De él salió un hombre alto, moreno, con barba de una semana.



La miró sin disimulo, repasándola de arriba abajo. Aunque sorprendida, Carla no se achicó y le devolvió la mirada con la misma intensidad.

«¡Menudo descaró!», pensó sonriendo, aunque lo cierto era que el tipo estaba muy, pero que muy bien.

Carla llamó al timbre de su prima casi mecánicamente. Había tenido un día de locos y no solo por lo preocupada que la había dejado su charla con Verónica, sino porque su jefe le había pedido que se

hiciera cargo de un paciente importante que no quería ser atendido en el hospital. En otro momento lo hubiera sentido como un privilegio, pero en esos instantes no podía evitar sentir que se le escapaba algo importante.

Por el expediente que su jefe le había dado pudo diagnosticar que el tipo al que tenía que atender tenía tendinitis crónica en ambos brazos. Sin duda, un diagnóstico doloroso. Por ello buscaba un fisioterapeuta que se ocupara de él regularmente.

Aparte de saber que se trataba de un músico famoso no tenía más

información sobre él. El misterioso paciente había pedido a alguien que no solo fuera el mejor en su trabajo sino que, además, se caracterizara por su discreción. Si se supiera su afección podría ponerse en duda su capacidad para realizar su trabajo y, lógicamente, no estaba dispuesto a ello.

Carla no había podido preguntar el nombre del que sería su paciente, porque en el instante en que se disponía a hacerlo sonó el teléfono del director y este la despachó con un gesto.

La voz de Verónica a través del telefonillo la sacó de sus

cavilaciones.

—Sube —pidió, abriéndole la puerta del portal.

Intentando disfrutar de la noche, Carla apartó la mente de sus recuerdos y se concentró en lo que le iba a caer encima, una prima histérica de primera categoría.

—¿Cuatro quesos y carbonara? —preguntó Verónica en cuanto escuchó que se cerraba la puerta del piso.

—Por mí, perfecto —accedió Carla, entrando y encontrándosela en la cocina con el teléfono en la oreja, llamando a la pizzería.

—Vamos al comedor, he puesto

unas cuantas guarradas para ir haciendo hambre.

Tal y como había dicho, encima de la mesa encontró gusanitos, aceitunas y patatas fritas colocadas en varios boles.

—¿Tengo la sensación de que estamos comiendo para superar el bajón? Y eso no es muy sano —apuntó Carla, suspicaz—. Y que conste que la comida y yo somos amigos íntimos.

—Bueno, pues hablando de amigos... Efrén solo quiere que nosotros lo seamos.

—¡Hmm! Suposición acertada. Estamos de bajón —apuntó,

llevándose una patata a la boca—. ¿Por qué dices eso? No creo que te hubiera invitado ni que te hubiera llamado tantas veces por una simple amistad.

—Pues te equivocas.

—Sinceramente, eso es algo que no suele ocurrirme, pero si tú lo dices...

—Esperaba que te lo tomaras de otro modo. Acabo de contarte que el hombre que me gusta no siente lo mismo por mí y no parece afectarte mucho.

Su prima suspiró exageradamente, se presionó las sienes, para dar más dramatismo a

la escena y finalmente la miró con resignación.

—A ver, Vero, si lo que buscas es pena, lamento informarte que no la vas a encontrar en mí. ¿Que el chico que te gusta y te llama cada noche te ha dicho que quiere ser tu amigo? Pues bueno, tampoco es el fin del mundo. ¿Le has dicho tú que te gusta de otro modo? ¿Verdad que no?

Verónica negó con la cabeza. ¿Cuándo se suponía que tenía que decírselo?

—Vas a pasarte un fin de semana en su compañía. ¡Aprovéchalo! Si después de intentarlo sigue

queriendo ser tu colega, entonces me buscas y dejaré que llores en mi hombro todo lo que quieras — ofreció con un guiño.

Verónica sonrió por primera vez tras la marcha de Efrén.

—Eres genial. Sabía que tú me animarías. —Y añadió, al ver que su prima cogía otra patata del bol —: Deja eso que engorda mucho.

Carla parpadeó varias veces, sorprendida. Entonces estalló en carcajadas.

—¡Dios, mío! Eres más insoportable que una hermana pequeña cotilla. Además, ya sabes que el peso no me preocupa.



—Por qué te iba a preocupar, si estás estupenda.

—Puedes hacerme la pelota todo lo que quieras, pero sigo pensando que eres insoportable — bromeó, ocultando una sonrisa.

—Gracias, prima. Yo también te quiero.

Mientras cenaban pusieron una película, pero les costó tanto decidirse que, cuando por fin se pusieron a comer, la pizza ya no estaba caliente. Tras el encendido

debate ente comedia romántica o de misterio, se decidieron por *Pitch Perfect*, una película de temática musical.

Al contrario de lo que hacía normalmente, Carla no despegó los labios para comentar ninguna de las escenas o de los personajes que estaban viendo, cuando, por regla general, ver con ella una película era desquiciante, porque lo preguntaba todo y comentaba hasta el más mínimo detalle.

—Carla, ¿sucede algo? Estás rara.

—¿Rara?

—De acuerdo, eres rara.

Callada. Tú siempre hablas cuando vemos la televisión.

—Estoy bien. Un poco cansada.

—Y añadió para cambiar de tema —: ¿Has visto al nuevo fichaje del Valencia? Está cañón. Ha venido a la clínica esta mañana para hacerse una revisión y he tenido que obligarme a apartar las manos de sus gemelos —bromeó, logrando con ello que su prima se riera y se olvidara de su preocupación anterior. Eso le evitó tener que mentirle, porque o mucho se equivocaba o su misterioso paciente iba a ser un quebradero de cabeza extra. ¿Famoso músico?

¿Valenciano y con problemas en los brazos...? ¿Qué clase de músico usaba ambos brazos al mismo nivel para tocar?

# Capítulo 8

*Era tan pobre que no tenía un  
mal beso que llevarse a la boca.  
Un beso que le borrara los  
miedos.*

EFRÉN VENTURA  
(CIRCUNSTANCIAS  
ATENUANTES), *Vientos  
huracanados*

Durante los últimos días Efrén había trabajado más en el artículo de Verónica que en las letras del próximo álbum de su grupo. Eso sí, había actuado con mucha discreción. Amparándose en sus contactos había conseguido una mesa para cenar en el Endgame, un restaurante con una lista de espera de varios meses. También reservó habitaciones en el mismo hotel en el que Mario Montenegro se hospedaba cuando viajaba a la capital para grabar el famoso programa de cocina, *Masterchef*, que copresentaba con una antigua

Miss España.

Se sentía satisfecho consigo mismo, y esperaba que Verónica comenzara a sentirse mejor cuando se diera cuenta de que su artículo no iba a ser el desastre que temía que fuera. Por esa razón Efrén llevaba la última hora sonriendo mientras conducía su coche con destino a Madrid. La había recogido a las nueve de la mañana en la puerta de su casa, gracias a que Verónica se había tomado el día libre en el periódico.

Además, por una vez quería tomarse las cosas con una mujer con calma. El primer paso ya

estaba dado: entre él y Verónica había confianza y amistad, lo demás llegaría poco a poco y esperaba que ese fin de semana juntos supusiera el punto de inflexión para el cambio. Y lo mejor de su plan era que tendría tiempo para disfrutarlo.

Disponía de los próximos meses libres. La gira había finalizado y, aunque eso implicaba dedicarse a escribir las canciones del próximo disco, todavía sentía lejana la fecha en la que se reuniría con el grupo para grabarlas. Solo tenía que cumplir con un compromiso que había obligado a su mánager a



contraer, y tenía la esperanza de que Verónica lo disfrutara más que nadie.

—¿No tienes música en español? —inquirió Verónica al tiempo que rebuscaba en la lista de reproducción de Efrén.

La respuesta de este fue encogerse de hombros.

—No me puedo creer que tú seas un cantante español que canta en español y que no tengas ni una mísera canción en tu idioma.

—No la escucho porque no quiero que me influyan —explicó, alzando la mano y buscando la canción que deseaba escuchar. Un

instante después el vehículo se llenó con la dulce voz de Birdy:

*Standing in the way of the light.*

*And pull back this fail*

*Turn night into day*

*Don't you know you're standing  
in the way of the light?*

*Pour oil on these flames*

*Speed up my heart again*

*Don't you know you're standing  
in the way of the light?*

*So come on, come on, come on*

*We've been living in the  
shadows too long*

*So come on, come on, come on*

Durante el tiempo que duró la música Verónica se mantuvo en silencio, disfrutando de ella. No obstante, en cuanto sonó el último acorde estiró la mano y bajó el sonido, deseosa de retomar el tema.

—¿Vas a decirme qué significa eso de que no quieres que te influyan?

—¿Es necesario? —bromeó Efrén.

—El lunes establecimos que somos amigos, y los amigos se cuentan cosas, así que sí. Es necesario.

Efrén volvió a encogerse de hombros aunque en esta ocasión

respondió a la pregunta.

—Escribo mis propias canciones y me preocupa mucho verme influenciado por alguna letra y escribir algo que sea susceptible de parecerse al trabajo de otro compañero. De modo que no los incluyo en mi lista de reproducción, lo que no significa que cambie de emisora cuando suenan en la radio —bromeó.

—¿No te sucede lo mismo con las canciones en inglés? ¿No temes ser influenciado por ellas?

—El inglés me llega a otro nivel. A pesar de que la música es universal y de que las historias de

las que hablan las canciones pueden darse en cualquier lugar del mundo, las siento de un modo distinto a cómo siento las de mis compatriotas.

—¿Eres consciente de lo raro que suena esto?

—Nunca he negado que sea un pelín raro —aceptó Efrén, de buen humor.

—No creo que seas raro, solo digo que es extraño que te preocupes por estas cosas. De cualquier modo la música siempre trata los mismos temas, lo importante es cómo lo hacen.

—Puede ser, pero más vale

prevenir que lamentar.

Verónica no pudo aguantarse la risa ante la seriedad de la frase. Un instante antes estaba sorprendida de que Efrén fuera tan metódico y responsable con su trabajo, y un segundo después no podía evitar reírse por su comentario, más cercano a lo que solía decir su propio padre que a lo que se esperaba de una estrella del rock.

—Ríete si quieres, pero sabes que tengo razón.

Las risas se convirtieron en carcajadas que les acompañaron varios kilómetros más.

No fue hasta que llegaron al lujoso hotel que Efrén expuso la parte más delicada de su plan.

—Verónica, este fin de semana vamos a tener que fingir que somos pareja —soltó, evitando los rodeos.

Tal y como había esperado, la rubia se detuvo a mitad de camino hacia el mostrador de recepción.

—¿Perdón?

—Si queremos que se tomen en serio tus preguntas y que se involucren en tu artículo, lo mejor es que crean que somos pareja. Si decimos que eres mi amiga no van a estar tan interesados en ti.

—Vaya, eso ha sido directo.

—No estoy diciendo que me parezca bien. Simplemente es el modo en que funciona el mundo.

—¿Implica nuestro nuevo estatus habitaciones separadas? —La pregunta acababa de invadir su mente, y ahora ya no podía apartarla. A pesar de sus esfuerzos se imaginó a Efrén descalzo, con un pantalón de pijama gris y el pecho al descubierto. «He leído demasiadas novelas», se dijo, esforzándose por centrarse en la realidad.

—Sí y no. He reservado la suite más grande del hotel, que tiene dos



dormitorios, pero los empleados del hotel hablarán si ven que hay dos camas deshechas.

—¿Qué propones? —preguntó, esforzándose por que su voz sonara normal.

—Ya lo pensaremos después. Ahora disfrutemos del día. ¿De acuerdo? —propuso Efrén, no queriendo abrumarla más de lo que ya estaba.

La cena en el Endgame no tendría lugar hasta la noche siguiente. Por lo que todavía les quedaba casi todo el viernes y el sábado para parecer una pareja compenetrada.

Instalarse en una suite con Efrén era toda una experiencia, decidió Verónica. El recibimiento del hotel fue espectacular. Antes de que llegaran a recepción había salido uno de los empleados para darles la bienvenida e invitarlos a una copa en el bar mientras el recepcionista rellenaba los formularios.

Acostumbrado como estaba, Efrén no le dio importancia y aceptó el ofrecimiento, dejando a cargo del empleado el equipaje y sus carnés de identidad.

El bar estaba prácticamente

desierto, lo que ofrecía cierta fantasía de intimidad.

—¿Qué quieres tomar? — preguntó Efrén cuando el camarero se acercó hasta ellos, que se habían sentado en una de las mesas.

—Un zumo de piña, por favor.

—Que sean dos. ¿Nos puedes traer patatas o cacahuets para acompañar? —pidió Efrén, echándole un vistazo a su reloj.

El empleado asintió con una sonrisa y se retiró.

—Estoy hambriento. Son las doce y media y me comería una vaca. En cuanto esté disponible la suite, descargamos y nos vamos a

comer.

—La verdad es que yo también tengo hambre, pero todavía es pronto.

—Bueno, aun tenemos que subir a la habitación y, después ir hasta el sitio en el que vamos a comer — comentó Efrén, pensando en que debería haber pedido también unas aceitunas.

—¿Y dónde está eso?

La sonrisa del músico se volvió pícara y traviesa, por lo que Verónica adivinó que no estaba dispuesto a contarle nada.

—Es una sorpresa.

—¿Te he contado alguna vez que

no me gustan las sorpresas?

La sonrisa de Efrén se amplió.

—Esta te va a encantar.

## Capítulo 9

Tal y como había adelantado Efrén, dejaron el equipaje en la suite, que era más grande que la casa de Verónica, y salieron a comer. No obstante, la rubia no podía quitarse de la cabeza que, por muy grande que fuera la suite, iba a tener que compartirla con él, lo que llevaba su relación un paso

más allá del que habían dado hasta el momento. Además, tampoco podía apartar de su mente el consejo que le había dado su prima sobre aprovechar la intimidad que el viaje le facilitaba.

Durante largos meses su amistad se había forjado en la distancia, a través de la fría línea telefónica. Una amistad que había estado plagada de flirteos y bromas. Por otro lado, ante los malentendidos de la última semana, ambos habían decidido que lo suyo se limitaba a una amistad.

Puede que ninguno de los dos lo hubiese expuesto claramente con

palabras, pero los hechos hablaban por sí solos. Esto implicaba tomar una decisión: dejar atrás los momentos románticos y las bromas sentimentales o conquistarlo. Cualquiera de las dos opciones se convertirían en una misión titánica, aunque estaba segura que seducirlo iba a ser más difícil que ignorarlo.

—¿En qué piensas? Tienes cara de dolor. —Se rio Efrén, al ver la expresión apesadumbrada de Verónica.

—Muy amable —respondió, evitando decirle que pensaba en él y en el mejor modo de enamorarle.

—¿Por qué no te cambias de



ropa y te pones algo más... arreglado?

—¿Te estás metiendo con mi modo de vestir? —pregunto, a la defensiva. Llevaba unos vaqueros ceñidos y un jersey rosa de punto que acentuaba el color de su pelo y de su piel.

—Para nada. Solo lo digo porque hay que ir de etiqueta al lugar al que vamos a ir a comer —improvisó, no queriendo contarle el plan.

—¿Dónde está ese sitio, exactamente?

—Es una sorpresa —dijo—, ¿necesitas entrar en el baño?

Verónica asintió con la cabeza, todavía dándole vueltas al lugar al que iban a ir a comer.

—En ese caso yo desharé la maleta —dijo, echando a andar hacia el dormitorio. Habían acordado que él dormiría en el sofá de la suite y que Verónica se quedaría con la habitación, el baño habría que compartirlo. Mientras Efrén se alejaba ella se quedó allí, parada, volviendo a darle vueltas a la idea de que convivir con Efrén, teniéndolo tan cerca y a la vez tan lejos, iba a ser una auténtica tortura.

Con un suspiro resignado se

llevó la maleta al cuarto de baño, la dejó sobre la encimera al lado de la pila y sacó un vestido gris oscuro, a la altura de la rodilla, ceñido y con cuello baby. Sin detenerse a buscar nada más, se dio una ducha rápida, se maquilló y peinó y se permitió relajar la tensión que le provocaba su activa mente.

Cuando salió Efrén ya estaba en el salón, vestido con unos pantalones chinos negros y una camisa del mismo color.

—Estás preciosa, ¿nos vamos?  
—preguntó, alargando la mano para que ella la cogiera.

Verónica respiró profundamente

antes de dársela y salir con él de la suite. «Somos amigos», se repitió, «buenos amigos».

—¿Qué te parece si dejamos el coche en el aparcamiento del hotel y vamos en metro? —preguntó Efrén, interrumpiendo sus pensamientos.

Su respuesta fue un parpadeo de asombro.

—¿En metro? ¿Nada de limusinas? —dijo, buscando provocarlo.

—No sé por qué te parece tan raro. Me gusta ir en metro. Se ven cosas muy interesantes viajando en metro, cosas que pueden terminar

siendo grandes canciones —dijo con seriedad.

—Es decir, que vamos en metro para que tú consigas inspiración y material para tu próximo disco.

Efrén le ofreció una sonrisa de dientes perfectos, notando lo susceptible que estaba Ricitos de Oro.

—No exactamente. Vamos en metro porque me gustaría beber un poco de vino durante la comida, y ya sabes lo que dicen: si bebes no conduzcas. Lo de la inspiración se puede buscar en lugares mucho más... agradables —musitó la última parte con la mirada clavada

en sus ojos.

—¿Te refieres a las mujeres? —  
La pregunta le sonó amenazadora incluso a ella—. Dime que no estás hablando de sexo conmigo.

Efrén clavó la vista en su cara, intentando adivinar el porqué de su reacción. No obstante, no se atrevió a admitir lo que veía.

—Entre otras cosas. La inspiración puede llegar del modo más inesperado. —Y añadió para provocarla—: Y placentero.

—Creo que esta conversación no es adecuada para nuestra amistad. Además, tampoco es necesario que te pongas filosófico

con eso de que la inspiración puede llegar del modo más inesperado solo para disimular que coleccionas... experiencias — atacó, poniendo los brazos en jarras y deteniéndose en medio del pasillo que llevaba a los ascensores.

—¡Vaya! Eso sí que no me lo esperaba. Yo no colecciono nada, esa eres tú, y mucho menos experiencias. De hecho, tengo la sensación de que he metido la pata, pero no tengo la más remota idea de lo que he hecho para ofenderte.

Verónica le lanzó una mirada indignada antes de hablar.

—Déjalo estar y vayamos a

comer —pidió retomando la marcha—. Por cierto, ¿adónde vamos?

—Ya te he dicho que es una sorpresa —dijo, sin dar explicaciones.

A pesar de que Efrén había hablado del metro, cuando salieron del hotel se toparon con que un coche había ido a recogerlos. No llevaba ninguna señal que lo identificara como taxi o como perteneciente a alguna empresa. No obstante, el conductor actuaba como si estuviera acostumbrado a ejercer de chófer.

La sonrisilla de suficiencia de



Efrén la estaba poniendo especialmente nerviosa, pero en lugar de hacer lo que él esperaba que hiciera, es decir, que insistiera en que le dijera a dónde iban, Verónica se limitó a mirar por la ventana. En esos instantes su cabeza era un hervidero de ideas y de sensaciones, que no le permitían relajarse y disfrutar del momento.

Poco a poco fueron dejando atrás el tráfico denso del centro, alejándose de Madrid.

—Por mucho que lo intentes no vas a adivinar a dónde te llevo. Y no me niegues que no paras de darle vueltas a las posibilidades —

dijo, sonriendo con orgullo.

—Lo cual te divierte enormemente —apuntó Verónica sin apartar la mirada de la ventanilla.

—Mucho. No sabes cuánto.

—¡Estupendo! —Se giró para mirarlo de frente por primera vez desde que entraron en el vehículo —. Gracias a mí ya tienes tema para una canción, y sin necesidad de recurrir al sexo.

Completamente desconcertado por su reacción, Efrén abrió la boca para acusarla de estar celosa. No obstante, el sentido común hizo acto de presencia y se calló a tiempo. Era demasiado pronto. Había que

esperar.

# Capítulo 10

*Escucho la voz del silencio  
que resuena en mi interior,  
Me empuja, me aleja y me  
deja a solas con mi voz.  
Me asusta lo que me cuenta,  
pero más me aterra que calle  
y me deje sin respuestas.*

EFRÉN VENTURA  
(CIRCUNSTANCIAS)

ATENUANTES), *Siempre a lo  
lejos*

Era más que evidente que estaban en un plató de televisión. Lo que por fuera parecía una aséptica nave, por dentro era ordenado y laberíntico. Y la sonrisa de satisfacción de Efrén le anunciaba que, fuera lo que fuera lo que se iba a encontrar, tenía muchas posibilidades de que le encantara.

—Te aviso antes de que lleguemos —musitó, acercándose a su oído para que su guía, la misma persona que les había llevado hasta

allí en coche, no le escuchara—. Eres mi novia. No dejes que te dé un pasmo, ¡por Dios! Lo eres solo de mentira. —Se guaseó al verla abrir los ojos desmesuradamente.

—No me va a dar nada. Solo he parpadeado. No seas engreído — replicó molesta. ¿Qué pensaba Efrén, que se iba a poner a temblar solo de imaginarse siendo su novia?

Él no respondió sino que se limitó a sonreír, consciente de la incomodidad de ella. Solo consiguió que Verónica se enfadara más con él por calarla con tanta facilidad. Sin embargo, su enfado

pronto se tornó en agradecimiento y devoción cuando el conocido logo de un programa de cocina de la televisión, del que se consideraba seguidora incondicional, entró en escena. Frente a ella había una nave enorme con pequeños bancos de cocina ordenados en hileras y, más al fondo, lo que parecía una despensa llena de alimentos de todo tipo.

Dio la vuelta sobre sí misma para abarcar con la mirada todos los ángulos posibles, de modo que vislumbró una estantería que iba de pared a pared y en la que, cuidadosamente ordenados, se

encontraban todos los utensilios de cocina habidos y por haber. A su derecha se situaba una gran puerta metalizada que Verónica dedujo que era la cámara frigorífica.

—Hemos venido a...

No supo cómo seguir. Porque en ese mismo instante Mario Montenegro hizo su aparición y se olvidó por completo de lo que iba a decir.

El restaurador y presentador se acercó a ellos, ofreciéndoles una enorme sonrisa. Se detuvo frente a Efrén y ambos se abrazaron con alegría. Tras los saludos entre dos viejos conocidos los dos hombres



se giraron para centrar su atención en Verónica.

—Mario, esta es Verónica, mi novia —dijo, al tiempo que la asía por la cintura.

El cocinero se acercó a ella y le dio dos besos en las mejillas.

—Un placer, Verónica. Y muchas gracias por haber aceptado venir al programa. Sinceramente, espero que nuestros concursantes se esmeren y os preparen una deliciosa comida.

Verónica sonrió con educación mientras intentaba ocultar su sorpresa. Efrén no la había puesto al corriente de lo que se suponía

que iba a suceder.

—Mario, acabas de cargarte mi sorpresa —le recriminó Efrén de buen humor—. Mi chica es una fan del programa, además de una gran admiradora tuya. De modo que no le he contado adónde íbamos a comer.

Mario abrió mucho los ojos antes de llevarse la mano al corazón y disculparse.

—Lo siento mucho.

—Lo sé, aun así voy a pedir una compensación —bromeó el cantante.

Mario achicó los ojos.

—¿En qué estás pensando?

—Aún no lo he decidido.

—Me parece que, como la que se ha quedado sin sorpresa he sido yo, lo justo sería que fuera yo quien pidiera la compensación.

Los dos hombres se miraron divertidos por la ocurrencia de Verónica. Aunque solo uno de ellos sabía qué era lo que la periodista pediría. La idea de la compensación se le había ocurrido a Efrén sobre la marcha. Su intención desde el primer momento había sido echarle una mano a Verónica, lo que lo hacía más complicado era que ella no quería tratos de favor, únicamente la

oportunidad de estar cerca de sus objetivos.

—Me conformaré con que me respondas a dos preguntas para un artículo sobre valencianos influyentes.

—¿Así que periodista? — adivinó Mario y, dándose la vuelta, se dirigió a Efrén, que no apartaba la mirada de Verónica—. ¿Qué hace un tipo como tú con una chica tan lista como esta? —Su interés regresó a la rubia—. Por supuesto que te contestaré a las dos preguntas, pero antes contéstame tú a una. ¿Qué haces saliendo con este cuando yo sigo soltero?

Tanto Efrén como Verónica se rieron por la ocurrencia. No obstante, Mario entrelazó su brazo al de ella y, tras guiñarle un ojo, la condujo por el plató, olvidando deliberadamente a Efrén.

Grabar un programa era más agotador de lo que Verónica habría supuesto. Desde la televisión se mostraba una parte del proceso de cocinar, pero no las horas que implicaban las cocciones. Tanto Efrén como ella habían sido invitados para formar parte de un jurado que esperaba en el gran

comedor a que se les sirviera el menú. Tras degustarlo tendrían que dar su voto a un equipo o al otro. La final del programa se acercaba y la tensión entre los cuatro finalistas era cada vez mayor.

Sentados junto a ellos había cocineros amateurs, una presentadora de televisión y el propio jurado del programa. Gracias a Efrén la habían presentado ante la cámara como periodista, lo que sin duda le ganaría cierto reconocimiento y le facilitaría la tarea de entrevistar a valencianos famosos para su artículo.

Pero, por encima de todo, estaba el hecho de que se hubiera tomado tantas molestias por ella. De acuerdo que era una persona generosa con sus amigos. Ella misma lo había visto interactuar con Elba, Max y Alma. No obstante, y por mucho que quisiera no pensarlo, su corazón le decía que el que hubiera pedido favores por ella significaba más. No sabía cuánto, pero era evidente que se trataba de algo más.

—Muchas gracias por esto. Realmente ha sido una sorpresa.

—Esa era la idea.

—¿No puedes decir «de nada»,

simplemente? —bromeó—. ¿Es necesario que te regodees en tu éxito?

—¿Así que crees que ha sido un éxito? —insistió Efrén con la única intención de seguir provocándola.

—Come y calla. Nos van a llamar la atención.

—Van a creer que estamos hablando de la comida. No te preocupes, no estamos en el colegio, aquí no te castigan por hablar.

Verónica le lanzó una mirada airada, pero respondió.

—No vas a parar hasta que lo diga, ¿verdad?



La respuesta de Efrén fue una sonrisa de suficiencia.

—De acuerdo. Ha sido una genialidad. Gracias.

—De nada. —Antes de volver su atención al plato que tenía delante, añadió—: Ahora deja que te dé de comer en la boca. —Su sonrisa era traviesa y se notaba que estaba disfrutando desconcertándola.

—¿Qué?

—Eso es lo que hacen los novios. Comparten la comida —susurró, acercándose a su cuello y depositando allí un beso.

—Por supuesto, mi amor —

aceptó Verónica, pero, a pesar de su docilidad, los ojos le brillaban con promesas de venganza—. ¿Has esperado a que te elogiara para hacerlo?

—Sabía que si lo hacía antes te ibas a negar a reconocer mis cualidades —dijo, pinchando del plato de ella y sonriendo como si fuera lo más normal del mundo.

—Lo estás disfrutando, ¿verdad?

—Inmensamente, y deja de mirarme de ese modo o te besaré delante de todos. Tenemos que convencerlos de lo mucho que nos queremos. —Le guiñó un ojo.

—No creo que eso sea muy higiénico, no olvides que estamos en un programa de cocina — improvisó Verónica, nerviosa porque cumpliera su promesa.

—Supongo que tienes razón. Tendré que esperarme a que termine el programa y nos despedamos de Mario.

—Estupendo —dijo Verónica, como si no le importara. No obstante, su voz sonó temblorosa y su pulso se había disparado.

# Capítulo 11

Eran pasadas las cinco de la tarde cuando, por fin, terminaron las grabaciones del programa. Eso significaba que tenían que pasar más de veinticuatro horas antes de pudieran asistir a su cena en el Endgame y dar por finalizado su fin de semana juntos, cuyo motivo no era otro que entrevistar al cocinero

jefe del restaurante para el artículo de Verónica en el periódico. Las amenazas de Efrén de besarla para seguir con la farsa de su noviazgo se habían reducido a eso, amenazas, lo que tenía a Verónica debatiéndose entre la decepción y la tranquilidad.

Gracias a Efrén había conseguido que Mario le respondiera a sus preguntas, lo cual, unido a la entrevista telefónica que Alicia Bru le había concedido justo antes de salir para Madrid, suponía algo de material con el que comenzar a trabajar. No obstante, eso no era suficiente.

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, Efrén la abordó mientras se disponían a subir al coche que los había llevado hasta allí y que debía devolverlos al hotel:

—¿Dónde quieres que hagamos mi entrevista? Aunque te aviso que soy un profesional, capaz de responderte en cualquier parte — bromeó, mostrando su atractiva sonrisa—. ¿Qué te parece si le decimos al chófer que nos deje en el centro y paseamos por Madrid?

Verónica sopesó sus opciones. Pensar en ellos solos dentro de la suite hizo que su estómago se

retorciera, por lo que encontró más acertado aceptar la invitación para hacer turismo. Así, además, podría aprovechar para hacerle unas fotos para la entrevista e incluso desconectar de lo que se le venía encima: la temida llamada a su hermano.

—Siempre he querido pararme en el punto que marca el kilómetro cero. Para ser sincera, desde que escuché la canción de Ismael Serrano sobre él. Podríamos ir.

Efrén se llevó la mano al corazón con exagerado teatralismo.

—Me hieres, Ricitos de Oro. ¿Mis canciones no te han inspirado

ningún deseo tan *cool*? —preguntó con guasa—. Aunque Ismael es mejor que Bon Jovi, al menos es producto nacional —agregó, recordando el interés de su amiga Elba por el de Nueva Jersey.

—No seas tan susceptible. Tú música también me ha inspirado deseos, solo que más profanos —se defendió, al tiempo que le ofrecía una sonrisa como agradecimiento por haberle abierto la puerta del coche.

Efrén entró por la otra puerta y le pidió al conductor que los dejara en Gran Vía.

Verónica estaba segura de que



había olvidado su anterior comentario cuando él la miró con una ceja arqueada, a la espera de que siguiera hablando.

—¿Cuéntame, qué deseos profanos te han inspirado mis canciones? Estoy dispuesto incluso a darte el tiempo que necesites para inventarte algo.

—No necesito inventarme nada. Tienes unas letras preciosas, por supuesto que me inspira escucharlas.

Él hizo un gesto con la mano, como si descartara sus palabras.

—Lo que suponía, lo has dicho solo para que me sintiera mejor —

musitó, aparentemente dolido.

Durante unos minutos los dos permanecieron en silencio, como si la conversación hubiera terminado para los dos. El chófer detuvo el vehículo y, tras agradecerle, los dos se bajaron.

—De acuerdo —confesó ella, aliviada por estar de nuevo al aire libre y no sentir a Efrén tan cerca—. Tu canción *Insomnio*. Hizo que anhelara enamorarme. Que deseara dejarme llevar por un amor que le diera la vuelta a mi vida y me enloqueciera por completo —explicó, utilizando el mismo lenguaje que Efrén usaba en sus

canciones.

—¿Y lo hiciste? ¿Te enamoraste?

—No di con la persona correcta. Es complicado encontrar a alguien capaz de enloquecerme a ese nivel. Soy demasiado práctica.

Efrén rio, divertido por el modo en que se había definido a sí misma. ¿Práctica? Pues lo disimulaba de maravilla. Porque él la veía dulce, soñadora y muy romántica. Solo había que fijarse en sus colecciones para darse cuenta de ello.

—«Me obligo a mantener los ojos abiertos, cerrarlos me trae

despedidas que ansío borrar, que desgarran mi alma y encienden mi carne, que me recuerdan que tú ya no estás. Amanezco esperando encontrarte a este lado del mundo, temeroso de descubrir que te has marchado; echando de menos cada caricia que no te he dado, perdiéndome en el recuerdo de los besos que te dejé pendientes» — cantó él, al principio solo, pero más tarde fue secundado por la dulce voz de Verónica.

A pesar de que lo hizo en voz baja, hubo varios viandantes que se quedaron mirándolos con curiosidad. Efrén no era

precisamente una persona que pasara desapercibida.

—Es preciosa. Y, por si te lo preguntas, me sigue inspirando del mismo modo —dijo ella, con una sonrisa tímida—. Puede que el amor y yo no seamos compatibles.

Efrén asintió con la cabeza, al tiempo que se esforzaba por pensar en algo menos tentador que la posibilidad de verla enloquecida de deseo, de pasión, de amor... De lo que fuera que la hiciera perder la cabeza.

—No sabía que cantabas tan bien —comentó dispuesto a alejar pensamientos impuros—. Voy a

tener que plantearme contratarte para que me hagas los coros, Ricitos de Oro.

Ella sonrió, agradeciendo que hubiera gastado una broma para aligerar el momento entre ambos, que se había vuelto demasiado intenso.

—¿No te preocupa que te reconozcan? —inquirió Verónica, al caer en la cuenta de que, en lugar de sus gafas de pasta, llevaba lentillas, y no se había engominado el cabello como acostumbraba a hacerlo.

—No me molesta que la gente me reconozca. Soy quien soy

gracias a mis seguidores, a la gente que compra mi música, que va a mis conciertos. Lo menos que puedo hacer si se acercan a mí es sonreírles agradecido y firmarles unos autógrafos.

—¿Y qué hay de tu intimidad?

—Tengo intimidad. No sé si te has dado cuenta, pero desde que hemos bajado del coche nadie se ha acercado con una cámara en la mano dispuesto a destapar nuestro romance secreto. Ni siquiera nos han mirado más de lo normal. Hay más gente respetuosa y educada que impertinentes que inventan noticias para vender más revistas. Tú misma

eres una periodista íntegra. Elba, Luis... De hecho, no conozco a ninguno que no lo sea.

—Efrén Ventura, acabo de descubrir que eres un optimista, con una fe ciega en la humanidad.

—Lo dices como si eso fuera malo —apuntó riendo mientras se adentraban en Sol.

Verónica sonrió misteriosa, sin aclararle si lo veía como un defecto o como una virtud.

Casi sin darse cuenta habían llegado al punto exacto que marcaba el kilómetro cero.

—Ya hemos llegado —anunció Efrén mientras intentaba hacerse



hueco entre los turistas japoneses que fotografiaban la plaza y señalaba una placa en el suelo—. La verdad es que tiene su mérito que Ismael haya hecho una canción con esto.

—La canción era la banda sonora de una película —explicó, y añadió, frunciendo el ceño—: ¿Es un poco pequeño, no crees?

—¿Qué esperabas encontrar?

Verónica se encogió de hombros.

—Esperaba algo más grande. Una escultura que señalara que desde este punto todos los comienzos son posibles. Después

de todo, es aquí donde nacen todas las carreteras del país. Eso debería significar algo.

—Sí —afirmó—significa que eres una romántica. —Unos minutos antes ella lo había tachado de optimista y ahora él hacía lo propio con ella.

Verónica se rio, adivinando su estrategia, y sin dar muestras de interés.

—Tienes razón. Soy una romántica sin remedio, pero tú eres un optimista, también sin remedio.

Y, dicho esto, se dio la vuelta y lo dejó allí plantado, preguntándose si ser optimista era bueno o malo

para Verónica.

Cuando la alcanzó todavía seguía preocupado por ese tema y, a juzgar por la sonrisilla satisfecha de ella, estaba claro que no pensaba decírselo en mucho tiempo.

# Capítulo 12

*Mentiras que esconden  
verdades, que fingen desdenes y  
esconden pasión.*

*Verdades que son de mentira,  
que muestran ardores y ocultan  
amor.*

EFRÉN VENTURA  
(CIRCUNSTANCIAS  
ATENUANTES), *Es ley.*

Cuando Verónica abrió los ojos supo que iba a tener que enfrentarse a sucesos que no le iban a agradar especialmente. Comenzando por su dolor de cabeza y las náuseas que sentía y terminando por que no estaba sola en la cama de la suite. Ese último descubrimiento hizo que se levantara de golpe. Notó como la tierra había decidido acelerar su curso lo suficiente para que ella se mareara.

De todos modos, haber pasado la noche con Efrén no era su única preocupación. Sentía una molesta

picazón en su muñeca derecha. Todavía con el corazón latiéndole a toda prisa en el pecho por encontrarse compartiendo cama con Efrén, se dedicó a darle un repaso a su cuerpo, buscando alguna molestia más que le indicara qué había pasado la noche anterior. Respiró aliviada al no notar nada que se pudiera asociar a una noche de sexo desenfrenado. Parecía que podía estar tranquila, puesto que llevaba puesto el pijama, del revés, cierto, pero, al menos, no estaba desnuda. Una vez que pudo descartar lo que más le preocupaba, centró toda su limitada atención en

su muñeca, inopinadamente cubierta con una venda.

Sintiéndose temblorosa y todavía con los recuerdos borrosos, se sentó en la cama, lo más lejos posible de Efrén, y se estrujó las meninges pensando en la razón del dolor y la venda.

Recién levantada, su mente solo llegaba a recordar que, tras terminar de rodar el programa, ella y Efrén habían recorrido Madrid, para terminar cenando en una tasca que Efrén conocía de sus otras visitas. Allí habían charlado y disfrutado de la mutua compañía, pero ni por asomo habían bebido

tanto alcohol como para olvidarse de todo.

Como era pronto, habían ido hasta allí con intención de tomar un vermú, y al final la velada se había alargado. Habían cenado y después se dirigieron a una de las discotecas de moda donde, tras el primer cubata, no recordaba nada.

Con intención de darse tiempo para espabilarse e ir recuperando la memoria, se dispuso a quitarse la venda con cuidado. Lo primero fue deshacerse del esparadrapo que la sujetaba y, una vez suelta, le dio tres vueltas a la tela para liberar lo que escondía. Todavía no le había



dado la última vuelta cuando se descubrió gritando horrorizada por lo que la gasa dejaba perfectamente a la vista.

Efrén salto como un resorte de la cama, seguramente pensando que el hotel se estaba incendiando o algo similar, a juzgar por los gritos que daba Verónica.

—¿Qué pasa? —preguntó, alzando la voz para que lo escuchara, y arrepintiéndose inmediatamente. Si ya era malo escuchar los gritos de ella, que él mismo los secundara era infinitamente peor para su resacosa cabeza.

Verónica se limitó a levantar el brazo mostrándole la muñeca y lo que había en ella, y fue en ese preciso instante cuando Efrén descubrió que la risa era igual de mala que los gritos para calmar un dolor de cabeza intenso.

—¿Te has tatuado mi nombre?  
—inquirió, entre sollozos producidos por la risa—. ¿Es una calcomanía, verdad? ¡Por Dios! No me acuerdo de nada y me duele la cabeza, dime que es una calcomanía de esas que se van con agua y jabón.

—Duele un montón. No puede ser de mentira —dijo, alzando la

mano para ponérsela casi sobre su nariz—. ¿Cómo me dejaste hacer esto? —preguntó, completamente fuera de sí.

No solo era malo haberse tatuado el nombre de un hombre, uno que ni siquiera era su pareja, lo peor era que estaba en una zona donde era muy difícil ocultarla. Impreso en letras negras y redondeadas, muy femeninas, le ocupaba toda la cara interna de la muñeca.

—¿Yo? Ni siquiera me acuerdo de cómo llegamos a la cama. ¡Espera! ¿Hemos dormido en la misma cama? —inquirió, fijándose

de repente en ello.

—No te preocupes. A pesar de lo irresistible que eres he podido contenerme y no te he atacado mientras dormías. ¿Quieres hacer el favor de centrarte? —gritó, molesta por cómo empezaba el día.

—Perdona. Tienes razón —admitió, pero, a pesar de que intentaba mostrarse serio, se notaba que se estaba aguantando las ganas de reír—. Madre mía, Ricitos, te emborrachas y te vuelves completamente loca. Y ¡maldita sea!, ni siquiera me acuerdo.

Ella le lanzó una mirada asesina.

—Mi locura no tiene nada que

ver con la bebida. Ahora mismo me están acosando un par de ideas muy locas —dijo, con aire amenazante—. Y estoy muy sobria.

—Tienes razón, perdona. Dame quince minutos para que me dé una ducha y me tome una aspirina y seguro que se me ocurre algo para solucionar tu problema. Uno de los técnicos de sonido de la gira se estaba quitando un tatuaje, lo llamaré y lo solucionaremos.

Verónica asintió con la cabeza. Tenía que intentar relajarse o iba a darle un ataque de ansiedad. A pesar de que necesitaba moverse, se obligó a sentarse en la cama,

cerrar los ojos y respirar con normalidad. No supo cuánto tiempo estuvo allí, concentrándose en dejar que el aire entrara y saliera de sus pulmones. El caso es que cuando abrió los ojos se topó con que Efrén se había arrodillado frente a ella y la miraba preocupado.

Había estado tan nerviosa y alterada desde que descubrió su tatuaje que no se había fijado en lo atractivo que estaba Efrén con el pelo despeinado, con una camiseta interior blanca de tirantes, que se ajustaba a sus músculos, y un pantalón gris de pijama. Descalzo y, aunque quisiera disimularlo, muy

complacido de sí mismo.

—¿Te das cuenta de que no me acuerdo de nada de lo que hicimos ayer?

—¿Se supone que intentas animarme? —se burló Verónica, al tiempo que seguía con las respiraciones: inspirar, espirar, inspirar, espirar...

—Tienes razón. Ahora no es el mejor momento para hablar de ello. ¿Te encuentras mejor?

La rubia asintió con la cabeza.

—Entonces me voy a la ducha —dijo, levantándose del suelo, pero entonces lo pensó mejor y añadió—, a no ser que prefieras

ducharte tú antes.

—No, ve tú primero —  
concedió. Necesitaba unos instantes  
para estar sola.

—Perfecto.

Haciendo el menor ruido posible sacó lo que necesitaba del armario y se encaminó al cuarto de baño. Una vez dentro se permitió sonreír. Sí, era una gran putada que Verónica se hubiera tatuado su nombre, pero su ego masculino tenía que salir por algún lado y, aunque lo lamentaba por ella, también le agradaba la idea de que Ricitos de Oro lo llevara en la piel. Al fin y al cabo era lo más justo, ya



que él la llevaba a ella, no tan literal, pero para el caso lo mismo era.

Mientras se desvestía se preguntó qué sería lo que habría sucedido para que los dos terminaran durmiendo en la misma cama. Habían acordado ser amigos, pero dormir juntos iba un paso más allá de la amistad. Pensar en ella como amiga le amargó la mañana, ¿por qué narices no le había dicho las cosas claras desde el instante en que empezaron a hablar? Todavía con el pantalón del pijama puesto abrió el agua de la ducha y la dejó correr para que se calentara.

Verónica estaba comenzando a sentirse mejor. Todo tenía solución menos la muerte, y un tatuaje no iba a amargarle el fin de semana. Con su acostumbrado positivismo pensó que, de hecho, hacía más creíble su relación con Efrén. Por lo que, ya puestos, se lo iba a dejar a la vista esa noche cuando cenaran en el Endgame. Todo fuera por el artículo, se dijo.

Estaba a punto de preparar sus cosas para la ducha cuando escuchó a Efrén maldecir a voz en grito. Antes de que pudiera preguntarle si

se encontraba bien, salió por la puerta del cuarto de baño como un vendaval, con una diminuta toalla enrollada en la cintura.

Esforzándose por mirarlo a los ojos, apenas dirigió la vista más allá de su cuello.

—¿Te has caído en la bañera?  
—preguntó, preocupada—. ¿Te encuentras mal?

—Verónica, ¿quieres hacer el favor de mirarme? —pidió, entre divertido y alucinado por el descubrimiento que acababa de hacer.

—Ya lo estoy haciendo. Te estoy mirando.

—Puede, pero no en el lugar adecuado. ¡Mira! —pidió, señalándose el vientre.

Verónica abrió desmesuradamente los ojos al ver allí, escrito con letras romanas: *Ricitos de Oro*.

Durante una fracción de segundo no supo cómo reaccionar. Estaba sorprendida, sí, pero también le hacía sentir mejor no ser la única con un tatuaje inesperado en el cuerpo. Por otro lado, él se había reído al ver el suyo. «¡Donde las dan las toman!», pensó, sintiéndose mucho mejor que al despertar.

—¡Madre mía! Vas a tener que

ser célibe durante mucho tiempo — apuntó, pensando en las sesiones de láser necesarias para borrar semejante obra de arte.

—No puedo creer que pienses en eso ahora —se quejó Efrén, llevándose las manos al pelo y despeinándolo más.

—Solo intento quitarle hierro al asunto.

—Pues no veo que tiene que ver mi tatuaje con el sexo. No pone el nombre de ninguna mujer...

—No, pone «Ricitos de Oro».

—Extendió el pulgar, índice y corazón y le dio la vuelta a la muñeca varias veces—. ¿Lo

captas?

—Joder, sí.

# Capítulo 13

Después del despertar que habían sufrido, la mañana llegó tranquila y pausada. Tras el descubrimiento del tatuaje todo parecía banal. ¿Qué importancia podía tener que no recordaran lo que habían hecho, que tuvieran los dos aspecto de estar enfermos o que hubieran compartido la cama?

Sobre esto último ambos, secretamente, sí que se lamentaban. Los dos pensaban que era una pena haber caído prácticamente dormidos y no haber sido capaces de disfrutar de la cercanía que les ofrecían dos metros y medio de látex.

Estaban intentando recuperar el color en las mejillas, con un poco de alimento, cuando Efrén habló:

—Es una suerte que seas tan aficionada a las pulseras. Vas a poder tapártelo sin problemas — argumentó, con cierta envidia.

—Lo siento, Efrén, pero no voy a animarte ni a consolarte. Estoy



segura de que lo del tatuaje fue idea tuya. A mí nunca se me habría ocurrido algo tan loco —comentó Verónica con una sonrisa velada.

De algún modo el tatuaje ya no le parecía el fin del mundo, y el hecho de que Efrén tuviera uno en el pubis, con el mote cariñoso con el que la había bautizado prácticamente desde que se conocieron, anulaba cualquier depresión que pudiera haberle sobrevenido.

—Muy amable de tu parte. No esperaba menos de ti.

Ella sonrió y le dio un sorbo a su café cargado. Después del drama

de la amnesia y los tatuajes, un desayuno de antiácidos y de aspirinas con tostadas era la mejor solución.

De modo que allí estaban, sentados en una mesa para dos en el comedor del hotel, hablando y bromeando como si fueran algo más que dos amigos que compartían habitación y, ocasionalmente, cama.

—Yo no me he quejado tanto, ¿sabes? Y lo mío es peor — contraatacó Verónica.

—¿Peor que tener tatuado *Ricitos de Oro* en el pubis? Justo encima de mis... Ya sabes. Que no son de oro, por cierto.

Tras la declaración, a punto estuvo la rubia de escupir el café que intentaba tragar. La imagen que tanto se había esforzado por borrar de su mente, volvía a aparecer con insistencia.

—Pues yo creo que es sexy —apuntó con sinceridad, recordando su vientre plano y musculado y el hueco de las caderas. Lo recordó plantado frente a ella cubierto con una diminuta toalla.

Tosió para recuperar la cordura.

Efrén, que no había perdido detalle de su incomodidad, la miró incrédulo e intrigado.

—Lo digo completamente en

serio — dijo Verónica adivinando su expresión.

El músico se encogió de hombros.

—Eso es porque te pone ver tu nombre en una zona tan íntima. A cualquiera le sucedería. El problema es que hay pocas Ricitos de Oropor el mundo —bromeó con descaro—. Y tú ya me has puesto la etiqueta de «amigo».

—No me llamo así. No entiendo cómo se te ocurrió.

Se dio cuenta demasiado tarde de lo absurdo de sus quejas porque él estaba riendo. Pero tras el comentario que acababa de lanzarle

era misión imposible concentrarse y dar respuestas inteligentes. ¿Que ella le había puesto etiqueta de qué? No pudo retomar el tema porque Efrén ya estaba hablando de otra cosa.

—Tienes un nombre muy largo. Tenía que simplificarlo.

Ella arqueó una ceja.

—Es la excusa más mala que escuchado en mi vida. La gente a la que le parece largo Verónica me llama Vero, no Ricitos de Oro, que es mucho más largo.

Efrén ignoró el comentario y siguió con su lógica.

—Cualquiera puede llamarte

Vero, en cambio solo yo te llamo Ricitos.

—¿Tú quién eres, Papá Oso?

—Soy demasiado joven y guapo para ser Papá Oso, obviamente soy el Lobo Feroz.

La inesperada respuesta hizo reír a Verónica, que inmediatamente después se quedó en silencio, absorta en sus propios pensamientos. Era increíble que, a pesar del desastre inminente que era el artículo que no había escrito, de la promesa a Luis de que su hermano aparecería en él y del tatuaje grabado en su piel, que le recordaba lo que no podía tener,

todavía fuera capaz de reírse con despreocupación. Efrén hacía que se olvidara de todo lo malo y disfrutara del momento.

Su mente romántica le gritaba que el amor debía ser precisamente eso, compartir con el ser amado una felicidad que trascendiera a la vida y a los conflictos que, por definición, llevaba consigo.

—Ricitos, ¿estás bien?

La voz de Efrén le llegó a través de la penumbra de pensamientos y sensaciones que sabía que tendría que analizar tarde o temprano.

—Sí, perdona. Estaba pensando en que es una pena que no nos

acordemos de casi nada de lo que hicimos ayer —improvisó.

—Sinceramente, visto lo visto, es posible que sea lo mejor —bromeó Efrén, intentando animar a Verónica, que de repente parecía abstraída.

—Ni siquiera me acuerdo adónde fuimos después de la discoteca. Parece que empezamos con la fiesta demasiado pronto —se quejó, sintiéndose mal por olvidar uno solo de los momentos que había compartido con él.

—Menos mal que hicimos la entrevista antes de caer KO. La grabaste, ¿verdad? No has perdido



la cámara.

—¡La cámara!

De repente las preguntas de Efrén despertaron el recuerdo de Verónica de haber metido la cámara digital en su bolso tras la entrevista en la tasca. Así mismo también recordaba haberse grabado un vídeo en la disco con ella y ponerla de nuevo en su bolso... Su maravillosa cámara con pantalla delantera podría tener las respuestas que andaban buscando. Se habían grabado con ella en la disco y puede que hubiera vuelto a sacarla después y arrojara algo de luz a sus oscuros recuerdos.

Se levantó como un resorte y salió a toda prisa, sin girarse para comprobar si Efrén la seguía.

No fue hasta que se detuvo frente a los ascensores que fue consciente de que, a pesar de haberlo dejado sentado a la mesa, Efrén estaba a su lado.

—Esto da para una canción —murmuró.

—¿Qué parte? ¿La del tatuaje o la de la resaca? —se burló Verónica mientras esperaban que se abrieran las puertas de alguno de los dos ascensores que había a la salida del comedor.

—Este momento, esto de buscar

respuestas en una cámara de fotos.

—Totalmente de acuerdo. No hay duda de que el momento es muy poético —siguió bromeando Verónica.

—Nuestra verdad está desnuda frente a nosotros. Mientras, la dejamos hablar sin palabras, ofreciéndonos su propia visión de ti y de mí —improvisó Efrén.

—Eres increíble —murmuró Verónica, tan bajo que Efrén no pudo notar el matiz de su tono.

—Y tú hueles muy bien —respondió él en voz baja. Su respuesta fue casi por instinto, ni siquiera había pretendido halagarla

o responder a su comentario.

Ella sonrió con algo parecido a la picardía. Entonces se abrieron por fin las puertas y Verónica entró en el ascensor, ansiosa por ver lo que fuera que estuviera grabado en la tarjeta de memoria de la cámara.

—¿Soy increíble en un sentido malo o bueno? —inquirió Efrén, entrando tras ella.

—¿Perdón?

—Has dicho que soy increíble. Pero no si lo soy en el buen sentido o en el malo —insistió. ¿Qué le pasaba a esa mujer que siempre lo dejaba con la duda? Era demasiado buena eludiendo preguntas

incómodas, lo que era cuanto menos inquietante, porque el famoso era él y ella la periodista. Parecía que las tornas se hubieran cambiado.

—Lo que tú prefieras, Efrén — concedió con una sonrisa inocente, saliendo a toda prisa del ascensor camino de la suite—. Siempre lo que tú prefieras.

# Capítulo 14

*Nuestra verdad desnuda  
frente a nosotros mientras la  
dejamos hablar sin palabras,  
ofreciéndonos su propia visión de  
ti y de mí.*

EFRÉN VENTURA  
(CIRCUNSTANCIAS  
ATENUANTES), *Almas gemelas.*

Tal y como debía, la cámara estaba en el bolso de Verónica, aún con algo de batería. Tras intercambiar una mirada, la rubia pulsó el botón para acceder al contenido grabado y en la pequeña pantalla apareció la última fotografía realizada, una que los dejó absolutamente perplejos.

—Ya me ha sucedido en otras ocasiones —comentó Efrén, poco convencido—. A lo mejor no nos estamos besando y es solo el ángulo de la cámara.

—¿El ángulo de la cámara? Efrén, la estás sosteniendo tú. Es un

beso en toda regla y, por lo que se ve, tiene pinta de haber sido en esta misma habitación.

—No le des más importancia. Es un beso de amigos.

Pero en la imagen no parecía precisamente un beso de amigos, sino un tórrido beso. Verónica tenía los brazos alrededor de su cuello y su cuerpo estaba pegado al suyo. Para ser sinceros, Efrén apenas era capaz de entender cómo su cerebro había sido capaz de enviar la información necesaria a su dedo para que pulsara el botón y capturara la imagen.

—¿Queremos ver más? —



preguntó Verónica, mirando directamente a Efrén. Ambos estaban sentados en el sofá de la suite con las cabezas muy juntas para poder ver bien la pequeña pantalla.

—Por supuesto.

— Tienes razón, es como tú has dicho, un beso amistoso. Nada más, pero, ¿y si hay más?

—No lo sabremos si no seguimos.

Verónica asintió y siguió pasando las fotografías.

Las siguientes imágenes les mostraban en la discoteca, bailando y riendo, pero no había vuelto a

aparecer ninguna fotografía de ellos besándose, acaramelados sí, pero nada que se pareciera a un beso. Luego llegaron unas más oscuras, como si Verónica no le hubiera puesto el flash a la cámara hasta más tarde. Y tras las fotografías había un vídeo. Verónica presionó la tecla del play.

La imagen mostraba a Verónica, cámara en mano, encaminándose a la barra para pedirse una bebida, la música de fondo se escuchaba distorsionada, pero aun así se podía apreciar qué canción estaba sonando. Se veía el paseo de Verónica hasta la barra y después

varios planos apuntando al camarero que se inclinaba para escucharla y, al instante, le servía lo que había pedido, frente a ella. Para sacar el dinero del bolso, Verónica dejaba la cámara todavía grabando junto al vaso. De repente se veía una mano, que no venía de delante, por lo que no era del camarero, verter unos polvos blancos dentro de su copa.

Ignorante de todo, Verónica volvía a tomar el dispositivo fotográfico y se marchaba hasta donde había dejado bailando a Efrén, que en ese momento se veía asediado por varias chicas que

bailaban muy cerca.

—¡Joder, Verónica! —  
interrumpió Efrén. A pesar de ello  
ninguno de los dos paró el vídeo.

—Lo sé —dijo, sin despegar los  
ojos de la imagen—. Pensaba que  
estas cosas solo sucedían en la  
mente de las madres  
sobreprotectoras.

—Esto está asqueroso —se  
quejaba la Verónica de la grabación  
al llegar junto a él, y le tendía el  
aparato para que fuera él quien se  
hiciera cargo de la grabación. A  
pesar del sabor desagradable del  
que se había quejado ya se había  
tomado casi medio vaso.

—Toma el mío —ofrecía Efrén, bebiéndose lo que le había quedado a Verónica y poniendo cara de asco—. Sí que está un poco malo.

—¡Te lo he dicho! ¡A bailar! —pidió ella, mirando directamente a la cámara. Y un segundo después se quedaba la imagen congelada, marcando el final del vídeo.

—¡Joder! ¡Nos drogaron! —Efrén estaba completamente fuera de sí—. En realidad te drogaron a ti y yo bebí de tu vaso por casualidad. ¡Tenemos que denunciarlo!

—El vídeo no se ve bien. No tenemos nada, y no creo que sea muy buena publicidad para ti.

—A la mierda la publicidad. Alguien te drogó —dijo, apretando tanto los dientes que sentía la tensión en las sienes—. No me pidas que no haga nada.

—Por favor, tranquilízate. Pensemos bien las cosas. Puede que no podamos hacer nada ahora, pero tú eres una persona mediática, y yo trabajo en un periódico. Se podría hacer alguna campaña de concienciación... No sé.

—¿Te das cuenta de lo que podría haberte pasado? Quien quiera que te haya drogado lo hizo porque pensaba que estabas sola. Puede que incluso pretendiera

atacarte. ¿A quién más pudo haber drogado esa noche?

—Lo sé, Efrén —dijo alzando la voz, perdida ya la poca compostura que le quedaba—. ¿Crees que no me doy cuenta de la suerte que he tenido? Si no hubiese estado contigo... —Se calló cuando notó las lágrimas resbalando por sus mejillas.

Entonces él se acercó y la abrazó. Sabía que había hablado de más, pero estaba tan preocupado y furioso que no había sido capaz de medir lo que decía. No obstante, en esos instantes se limitó a estrecharla contra sí y a dejar que

ella se desahogara y se sintiera segura.

Verónica supo que tenía que hacer algo. Sí, había muchas campañas para alertar a las mujeres sobre los riesgos que corrían solo por ser mujeres, un hecho injusto en el que ellas siempre tenían el papel de víctimas. Desde agresiones sexuales a malos tratos, las que sufrían siempre eran las mujeres, y ahora ella había estado a punto de pasar por lo mismo. Y no estaba dispuesta a no hacer nada.

Tendría que madurar la idea que acababa de surgir en su mente, pero una cosa tenía clara: no iba a



dejarlo correr como si no hubiese sucedido.

Pasaron diez minutos más antes de que Verónica hablara de nuevo, y solo porque su mente había recorrido un camino nuevo, tan escabroso como el anterior.

—Entonces fue por eso —murmuró, tan bajo que Efrén tuvo que agachar la cabeza para escucharla—. Me besaste porque estabas drogado.

Sintió como ella se envaraba en sus brazos tras su declaración. La soltó cuando comenzó a removerse incómoda.

Efrén supo que ella esperaba

que dijera algo, pero ¿qué iba a decir? ¿Qué había deseado besarla prácticamente desde que su tentador perfume inundó sus fosas nasales y su presencia irrumpió en su campo de visión?

—No te besé porque estuviera drogado. Además, ni siquiera sabemos quién empezó el beso. A lo mejor fuiste tú, incapaz de resistirte por más tiempo a mis encantos.

La broma la hizo sonreír con timidez.

—Es una posibilidad —aceptó ella, con cierto halo de misterio—. En cualquier caso, tampoco fue tan

memorable porque no me acuerdo de nada.

—¿Me estás retando?

Verónica abrió los ojos, sorprendida por el cauce que habían tomado los pensamientos de Efrén. El único motivo porque había hablado del beso era porque todo lo que habían descubierto gracias al vídeo la había hecho sentir vulnerable y había hablado sin pensar.

—¿A qué?

Él sonrió con picardía.

—Ya lo sabes.

—¿Lo harías? ¿Me besarías solo para demostrarme lo bien que lo

haces? ¿Para superar un reto?

—No, lo haría porque es lo que quiero hacer. Lo demás son burdas excusas.

—Puede que necesite un beso ahora mismo. No quiero pensar en nada.

—¿Estás tratando de decirme que quieres utilizarme? ¿Cómo hombre objeto?

Verónica sonrió. No había nadie como Efrén para aligerar una situación incómoda con frases ingeniosas.

—¿Te molestaría mucho?

Él sonrió abiertamente.

—Es el sueño de mi vida —

dijo, un instante antes de inclinarse sobre ella y apoderarse de su boca.

Verónica aceptó el beso con una mezcla de deseo y temor. Seguramente estaba cometiendo una locura al arriesgarse tanto. ¿Y si no salía bien? ¿Y si...?

Efrén se apartó unos centímetros de sus labios...

—Te estoy oyendo pensar. No lo hagas, solo siente —pidió, capturando su labio inferior con los dientes. Tuvo cuidado de no lastimarla, pero lo hizo con firmeza. Como si quisiera marcarla, regañarla por no dejarse llevar por completo.

El gesto fulminó cada uno de los pensamientos de Verónica, que devolvió el beso con la misma pasión con que lo recibía. Sus manos volaron hasta el cabello de Efrén, que siempre había ansiado tocar y, casi sin ser consciente de ello, se encontró sentada encima de su regazo.

Los besos se volvieron más intensos, más urgentes.

—Tenemos que parar —comentó Efrén, pero sus labios no se apartaban de su piel, primero su boca, luego su cuello, su garganta...

—¿Por qué? —inquirió a través de la embotada neblina de su mente.

—No quiero que vayamos tan rápido. Quiero hacerlo bien.

Tras ese velado rechazo la cabeza de Verónica volvió a funcionar correctamente.

—De acuerdo —aceptó, levantándose de encima de él y sintiéndose, de repente, avergonzada.

Efrén se dio cuenta del cambio operado en ella.

—Ricitos, no me has entendido. Eres importante para mí. No quiero que esto sea un aquí te pillo y aquí te mato. Quiero tener una cita contigo. Tontear contigo y, después, disfrutar de esto que los dos

deseamos.

—¿Estás hablando de una relación? —preguntó con cautela.

—Sí, exactamente. De una relación. ¿Por qué te sorprende?

—Bueno, no sé. Yo... Somos amigos.

—Lo somos, pero yo quiero ser algo más —confesó Efrén, sin ningún reparo—. Aunque... Creo que lo mejor es que dejemos la gratificación para después de que entregues tu artículo.

Verónica rio, sorprendida por la elección de palabras.

—¿Te refieres al sexo?

—A eso, al sexo. Nada de sexo



hasta que entregues el artículo.

—¿Por qué?

—Porque eso nos dará tiempo para conocernos mejor, —dijo, y añadió antes de que ella protestara —, en un ámbito distinto al amistoso. Y, además, evitará que tu artículo pueda ser considerado partidista.

—Pero la gente ya cree que estamos juntos.

—Pero tú y yo sabemos la verdad —afirmó Efrén sin cambiar de opinión—. Me gustas mucho, Ricitos, quiero hacer las cosas bien contigo. Ya sé lo que es ir demasiado rápido, y ahora quiero

experimentar algo distinto. Solo estoy descartando la parte final del sexo, hay muchos más matices por descubrir y practicar.

—En ese caso... Nada impide que sigamos donde estábamos.

—Tú lo has dicho —aceptó Efrén, asiéndola de la cintura y tirando de ella para que volviera a ponerse donde estaba—. Y por si no lo sabías, me encanta como piensas.

# Capítulo 15

Carla había llegado del trabajo completamente destrozada y todavía tenía que atender a un paciente en casa, que había llegado hasta ella muy recomendado. Su jefe le había pedido como favor personal que lo atendiera en su consulta privada. Al parecer el tipo no quería ir al hospital sino que

prefería pagar de más y ser tratado en un ambiente más íntimo, petición que la obligaba a trabajar un sábado por la tarde, justo después de haber estado de guardia toda la noche.

Para colmo de males, como si los astros se hubieran aliado en su contra, ni siquiera había podido averiguar el nombre de su paciente, porque su jefe le había soltado la bomba y había desaparecido de escena, alegando que tenía un congreso en Barcelona. Así pues, lo único que tenía claro era que aparecería a las cinco en punto.

Se bebió un café bien cargado,

sabiendo que dormir de día era imposible, y se metió en la ducha a toda prisa. Cuando salió de ella, más relajada, se vistió sin poner mucho interés en la ropa. Se decantó por unos vaqueros desgastados y un jersey de punto, ya que encima llevaría puesta la bata.

Pensó en que su prima no le había enviado ningún mensaje y sonrió, pensando que era buena señal.

Carla era física y mentalmente lo opuesto a Verónica: mientras la rubia era dulce, amable y positiva, Carla era gruñona, extremadamente sincera y muy práctica. Físicamente

sus diferencias se veían a la legua. Mientras Carla era exuberante y se encontraba preciosa a sí misma en su talla cuarenta y dos, Verónica era delgada, con el cabello dorado y una eterna sonrisa en los labios. El día y la noche y, sin embargo, habían sido amigas desde siempre. Una complementaba a la otra y le ofrecía la visión del mundo que la otra no podía percibir. Ni siquiera sus madres, a pesar de ser hermanas, se habían llevado tan bien como ellas.

Con esos pensamientos se dejó caer en sofá y se puso a ver la televisión. Tenía la mañana libre, y

ese era el momento perfecto para no hacer nada.

Se despertó ante el insistente sonido del timbre. No había esperado quedarse dormida, de hecho nunca ocurría. Sin embargo, en esa ocasión había sucedido.

Se levantó a toda prisa del sofá y fue a abrir. Segú lo previsto, se trataba de su nuevo paciente. Mientras esperaba a que subiera se metió en el cuarto de baño y se lavó los dientes a toda prisa, se puso colonia e intentó desenredarse las ondas. Su pelo no llegaba ser tan

rizado como el de Verónica, pero tampoco era liso y, tras hacerse una siesta en el sofá, era una masa despeinada. Optó por lo más fácil y se hizo una cola de caballo con los dedos, ni siquiera tenía tiempo para peinarse como tocaba. Por desgracia, su cara no tenía solución: llevaba las marcas de los cojines, sobre los que se había quedado dormida, dibujadas en el rostro.

Salió a toda prisa del cuarto de baño cuando escuchó cerrarse el ascensor.

El hombre que había parado a la entrada de su piso la dejó sin



aliento, literalmente. Tuvo que recordarse lo que era respirar.

Era alto, moreno, con los ojos negros y el pelo ligeramente largo. Llevaba una barba de varias semanas que le daba un aspecto sexy. Muy sexy. Exactamente igual que el tipo del ascensor que la había desnudado con la mirada.

—Buenas tardes, señorita Cano —la saludó, ofreciéndole la mano y manteniendo el gesto serio.

Carla se obligó a responder y alargó la suya para estrechársela. Su palma era cálida y suave.

—Buenas tardes, ¿señor...? —dijo, aunque en su fuero interno no

tuviera ninguna duda de quién era él.

—Campos. Guillem Campos. Pensaba que el doctor Lafuente le había dicho quién soy.

Ella apretó los dientes, pero se mostró cortés al invitarlo a entrar.

—El doctor Lafuente solo me informó de sus dolencias, no de su nombre. Y por favor, tutéeme. Todos mis pacientes lo hacen. Con Carla es suficiente.

—De acuerdo, Carla.

—Perfecto, Guillem.

—Disculpa, puede que te parezca muy tópico, pero tengo la sensación de haberte visto antes —

comentó él, mientras la seguía por el pasillo hasta la habitación que tenía habilitada para atender a los pacientes.

—Es posible —dijo, deteniéndose delante de la puerta para que él pasara primero—. Tenemos amigos comunes.

Bajo ningún concepto pensaba darle a entender que se acordaba de su breve encuentro a las puertas del ascensor.

Él sonrió. Para su sorpresa, el gesto todavía lo hizo más atractivo.

—No suelo asistir a eventos médicos, así que...

—No me refería al doctor

La fuente, sino a tu hermana. Verónica es prima hermana mía. — Carla disfrutó de cada una de las palabras que pronunciaba. Las lanzó como flechas envenenadas.

Guillem se tensó, pero mantuvo el rostro impassible.

— Si eso te va a suponer algún problema lo mejor es que lo digas ahora mismo. Antes de que te haga quitarte la ropa.

Él la miró directamente, la ira brillando en sus ojos. ¿Por quién lo había tomado? No había escapado nunca de un desafío y no pensaba hacerlo del que le estaba arrojando esa pelirroja audaz.

—No lo será, te lo aseguro. ¿Quieres que me desnude por completo?

—Con que te quites la parte de arriba es más que suficiente. Te dejaré solo para que lo hagas tranquilo —apuntó, intentando no salir precipitadamente por la puerta.

Cinco minutos después Carla regresaba a donde había dejado a Guillem y se sorprendía al descubrir que los pianistas tuvieran tanto músculo. Era sorprendente que ejercitar los dedos otorgara

esos bíceps.

—Me gusta trabajar con música de fondo, es más ameno y relaja a los pacientes, ¿te importa? — preguntó con cortesía.

—En absoluto.

—Normalmente soy yo quien escoge el repertorio, pero teniéndote a ti hoy me parece un poco arrogante no atender a tus peticiones. Al fin y al cabo el entendido en música eres tú.

Guillem rio divertido, consciente del velado sarcasmo con el que la pelirroja le hablaba.

—Estoy deseando escuchar tu selección. Nada muestra tanto de

una persona como su gusto musical.

—Perfecto —aceptó, pulsando el botón de la minicadena. Unos segundos después la habitación se llenaba con las primeras notas de *November rain* de Guns N'Roses:

*When I look into your eyes  
I can see a love restrained  
But, darlin', when I hold you  
Don't you know I feel the same?*

[\[1\]](#)

—Interesante —musitó Guillem, complacido por la elección de la pelirroja.

—¿No te gustan los clásicos? —

preguntó ella, burlándose veladamente de él.

—Me encantan los clásicos, en todos los aspectos de la vida — comentó con un tono provocador que evocó en Carla ideas que de repente, hicieron que se muriera de calor.

Carla respiró hondo y se obligó a mostrarse profesional. Tuvo que morderse la lengua para no caer en la tela de araña que él le había tendido y preguntar directamente a qué se refería con lo de los clásicos. Sin duda el hombre que tenía delante no se parecía en nada a la idea que, a través de los años,



se había ido formando de él.

Le ofreció una sonrisa distante y con un tono de voz neutro le pidió que se tumbara en la camilla para así poder revisar al detalle sus músculos. Cuanto antes se marchara de allí, antes podría recuperar la cordura.

Comenzó por los hombros y la tensión que había acumulada en ellos y siguió por los brazos. Estaba pendiente del derecho cuando el móvil de su paciente comenzó a vibrar en el bolsillo trasero de su pantalón.

—Disculpa —pidió Guillem, recuperando su brazo para sacarlo.

Carla se lo permitió sin perder detalle del teléfono que él sostenía entre sus manos. Parecía como si se estuviera pensando si responder o no, y la curiosidad hizo que Carla se acercara con disimulo para ver el nombre de quién llamaba. Para su sorpresa, en la pantalla no apareció el nombre de ninguna mujer sino *Mamá*.

—Tengo que atender, si no no va a dejar de sonar —comentó, poniéndose de pie—. ¿Puedo salir?

—Por supuesto —concedió Carla—. Te espero aquí.

—Será un momento.

La pelirroja asintió.

—Tómate el tiempo que necesites —comentó, con una sonrisa socarrona.

Después de todo lo que había escuchado sobre la madre de Guillem no le extrañaba nada que su hijo corriera a responderle el teléfono. «¡Una lástima!», pensó Carla. «Con lo guapo que es, ya ha salido el defecto que el sexo masculino lleva integrado: es un niño de mamá».

[\[1\]](#) Cuando miro en tus ojos,  
puedo ver un amor contenido  
pero, cariño, cuando te abrazo

¿no ves que siento lo mismo?

# Capítulo 16

*Labios presionan labios...  
Lenguas que se buscan entre  
brumas,  
deseos avivados por gemidos  
animales, porque en el fondo,  
eso es lo que somos los dos.*

(EFRÉN VENTURA.  
CIRCUNSTANCIAS  
ATENUANTES), *Susurros*

El nuevo status entre Efrén y Verónica no supuso ningún cambio exagerado, ya que ambos, habían decidido ir despacio y, desde el primer momento, la química había hecho chispa en ellos. Iban a darse tiempo para conocerse, sin presiones ni nada que pudiera acelerar las cosas. Por primera vez en su vida, Efrén necesitaba tomarse una relación con calma, disfrutar de los pasos que se había saltado en sus anteriores idilios con mujeres que no habían dejado ninguna huella en él.

No obstante, y a pesar de las voluntarias restricciones, la pareja perdió el temor a tocarse y se besaban y tomaban de las manos como si nunca hubieran concebido su relación de otro modo.

Se pasaron el resto de la tarde encerrados en la suite, besándose y hablando abiertamente de lo que habían sentido durante los meses en que se habían limitado a ser amigos.

—Después de que pasaras de mí en el concierto estaba deseando que volvieras a llamarme solo para darme el gustazo de colgarte — confesó Verónica.

—Supongo que me lo merecía.

—¿Supones?

—De acuerdo, me lo merecía, pero en mi defensa diré que no tengo mucha experiencia en perseguir mujeres.

La rubia parecía sorprendida por la respuesta.

—¿Ni cuando no eras famoso?

—No —confesó, Efrén. Y añadió, ansioso por cambiar de tema—: ¿Sabes? Me encanta cómo hueles.

Pero su táctica no surtió efecto, Verónica estaba demasiado asombrada para dejarlo correr sin más.



—¿No te han dado nunca calabazas?

—Alguna vez —admitió, incómodo—. Puede que un par. Ya sabes que soy irresistible. —Volvió a recurrir a la broma, aunque en esta ocasión la respuesta de Ricitos de Oro no fue la que Efrén esperaba.

—Sí que lo eres.

—¿Quieres que te cuente un secreto?

Verónica asintió, sonriente.

—Llevo detrás de ti desde que nos chocamos en las escaleras de *El cronista valenciano*.

—Te gano. Me gustaste desde la

primera vez que tomé nota de uno de tus mensajes para Elba. Me pareciste encantador y romántico desde el principio.

Efrén arrugó el ceño, pensativo.

—Eso me pone las cosas mucho más difíciles —dijo, misterioso.

En el Endgame, se mostró tan embelesado con su bella novia, que llevaba el pelo recogido en un elegante moño francés y un vestido negro y ceñido hasta la rodilla, como cualquiera hubiese esperado.

Lo que apenas veinticuatro horas antes se trataba de una relación

fingida en esos instantes era un noviazgo real y esperado por sus protagonistas y muchos de sus amigos más íntimos.

Recordando el motivo que les había llevado hasta allí, Efrén le presento a Verónica a Roberto Machado, el cocinero más influyente del país y el quinto de Europa, dueño del restaurante s de moda en la capital, el Endgame, y de dos sucursales más, una en Londres y otra en Roma.

De hecho, ambos fueron invitados a visitar la cocina, que seguía a pleno rendimiento, y Verónica no solo pudo conseguir

que le respondiera a varias preguntas para su artículo sino que, además, Roberto le permitió realizar las fotografías para el mismo en la cocina del famoso local, posando entre fogones.

En definitiva fue una velada maravillosa, en la que solo dejaron de estar pendientes el uno del otro en los momentos en que algún seguidor se acercaba hasta su mesa para pedirle un autógrafo a Efrén.

—¿Crees que es buena idea que bebamos vino después de lo que pasó ayer? —preguntó Verónica, mirando su copa con malestar.

—No me recuerdes lo de ayer,

por favor. Quiero disfrutar de la noche —pidió, recordando los sucesos que habían provocado que no tuviera recuerdos—. Es nuestra primera cita. —añadió, aplacándose al pensarlo.

—Lo siento, no hablaba de esa parte, yo...

Efrén la interrumpió callándola con un beso, dulce e intenso.

Cuando se separó de ella los dos estaban más mareados que tras beber una copa del vino que tenían delante.

—Acabas de besarme en público —comentó la rubia, como si él no fuera consciente de ello.

—Lo sé —dijo, encogiéndose de hombros con expresión angelical.

—Quiero decir que es posible que alguien haya sacado el móvil y nos haya hecho una foto.

—Sí, es posible.

—¿Y lo dices así? ¿Como si no fuera importante?

—Tienes razón —aceptó, volviendo a capturar su boca—. Ahora está mucho mejor, le hemos dado la oportunidad a los que no pudieron hacer la fotografía la primera vez —comentó con una sonrisa complacida.

—¡Estás loco! Eres una persona

mediática —lo regañó, aunque en su fuero interno sonreía como una boba.

—Estoy cansado de que me asignen novias a diestro y siniestro. No puedes culparme porque me haga ilusión que, por una vez, el romance no sea una mentira.

En esa ocasión fue ella quién tomó la iniciativa de besarlo.

Al llegar al hotel, sin embargo, se planteó el primer conflicto en su recién estrenado noviazgo.

—¿Vas a acostarte en el sofá?  
—preguntó Verónica, sorprendida

al ver como se llevaba una almohada de la cama hasta allí.

Aunque en ciertos aspectos se mostraba abierto y receptivo, en otros parecía distante, dispuesto a mantener el plan inicial. De hecho, unas horas antes, cuando Verónica había comenzado a arreglarse para ir al restaurante, él había puesto una excusa tonta y se había marchado de la suite. Verónica no sabía si porque quería ofrecerle intimidad o porque temía que fuera a pasearse desnuda delante de él, lo que, si fuera el caso, tendría que haberle parecido una idea estupenda.

—Por supuesto. La cama es para



ti.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? —inquirió, sintiéndose tonto.

—¿Por qué no duermes conmigo?

—Dijimos que nada de sexo hasta que no nos conociéramos un poco mejor.

—Ayer dormimos juntos y no hubo sexo —dijo Verónica, un poco desconcertada por la actitud de Efrén.

—Ayer estábamos en coma. No cuenta.

—En cualquier caso, estoy segura de que podemos compartir

una cama sin tener que practicar sexo. Además, tú dijiste que teníamos que conocernos...

Efrén se acercó a ella, sin perder en contacto visual.

—Y tú piensas que nos conoceremos mejor si compartimos una cama —afirmó, adivinando el motivo de su insistencia.

—¿Tú no?

—Lo que no sé es si voy a ser capaz de tenerte tan cerca y no tocarte —explicó con sinceridad.

La respuesta de ella llegó tras una sonrisa pícaro.

—Tocar está permitido. Hay muchas cosas permitidas que

podemos hacer en esa cama — apuntó, señalando el mueble a su espalda.

—Tienes razón —zanjó él acortando la distancia que los separaba. Antes de que Verónica pudiera seguir con su discurso, se encontró tumbada de espaldas en la cama con las manos de Efrén en sus muslos mientras subían la tela de su vestido.

Efrén no estaba seguro de hasta dónde podía llegar con su chica sin perder el control. El aroma a coco que desprendía su piel lo volvía tan

loco como sus cabellos dorados, su sonrisa traviesa o su ingenio.

Llevaba toda la noche limitándose a besarla y temiendo el momento en que ambos volverían a estar solos en la suite. Y una vez allí, había intentado mantener su palabra y alejarse de ella. Sin embargo, Verónica terminó por convencerlo con un argumento ante el que nada podía objetar.

Deslizó las manos por sus suaves muslos, al tiempo que hacía lo propio con la fina tela del vestido que llevaba puesto. Cuando este ya no se interpuso en su camino, lo arrugó en su cintura y

siguió el mismo ritual con la ropa interior. En unos segundos el tanguita que Verónica llevaba estaba en el suelo, junto a sus zapatos.

La escuchó jadear de anticipación cuando él bajó la cabeza y comenzó a besar y mordisquear sus muslos, dejando a su paso regueros de besos y piel hipersensibilizada.

—Ricitos, abre las piernas, cariño —pidió con un sensual ronroneo.

—No creo que...

—¡Shhh! —la calló con una sonrisa de pecado.

Obedientemente Verónica hizo lo que pedía y las caricias dejaron de ser superficiales para volverse más íntimas. Los hábiles dedos vagaron por la cara interna de sus muslos, seguidos de cerca por labios y dientes. La sensación era tan intensa que Verónica se arqueó en busca de más contacto. Efrén aprovechó para alargar las manos a su espalda y bajar la cremallera del vestido.

—Incorpórate un poco, Ricitos, quiero quitarte esto —pidió tirando de él.

Su cuerpo sufrió una reacción instantánea cuando descubrió que

no llevaba sujetador. Sus pechos, pequeños y firmes, se veían rosados y con los pezones inflamados por el deseo.

—Túmbate.

—Yo también quiero tocarte.

—Hoy no, Ricitos. Esta noche me toca aprender a mí. Quiero descubrir qué te hace gritar de placer, qué te excita... Hoy conoceré cada centímetro de ti.

—¿Es una promesa? —preguntó con picardía.

—Lo es, y ya te dije en una ocasión que yo siempre cumplo mis promesas.

Ella todavía seguía indecisa, de

modo que se colocó entre sus piernas separadas y la obligó a tumbarse.

Una vez que la tuvo donde deseaba, se dio un festín con su cuerpo. Saboreó sus pechos, la poseyó con los dedos y, finalmente, la saboreó hasta que sintió su clímax en su boca.

A pesar de estar completamente vestido, Efrén pensó que había sido la experiencia más sensual de toda su vida.



# Capítulo 17

Carla estaba haciendo, precisamente, lo que se había jurado a sí misma que no iba a hacer: buscar a Guillem Campos en Google. Había aguantado veinticuatro horas seguidas sin hacerlo, pero la curiosidad estaba a punto de ganarle la partida al orgullo.

Encima su mejor amiga estaba desaparecida, por lo que no tenía a nadie que la entretuviera y le evitara pensar en el morenazo al que había sobado, a placer, la tarde anterior. Para resistir la tentación había recurrido a un libro, una película y una llamada telefónica, de larga duración, a su madre, pero ni así.

Tras la velada alusión a su encuentro en el hospital, Guillem no había vuelto a sacar el tema. De hecho se había mostrado muy callado después de atender la llamada telefónica que lo había obligado a salir un momento del

despacho de Carla. Y apenas había vuelto a darle conversación.

—Allá vamos —se dijo la pelirroja, sentándose como un indio en el sofá y posicionando el ordenador portátil sobre sus rodillas.

No es que le importara saber más de él, ni que se hubiera quedado fascinada con su aspecto. Nada de eso, era más bien que pretendía estar bien informada para cuando le contara a su mejor amiga lo sucedido. No era ningún secreto que cuantos más detalles pudiera darle, más interesante sería el relato: ¿tenía novia?, ¿dónde era su

próximo concierto?, ¿dónde vivía cuando no viajaba por el mundo con su piano?

Lo primero que apareció fue el enlace de la Wikipedia, lo abrió en una pestaña nueva y siguió buscando algún dato interesante. Se topó con varias direcciones que dirigían a vídeos de Youtube, pero los dejó, de momento, mientras buscaba lo que le interesaba, chismes sobre su vida personal.

Al no dar con nada que capturase su atención, presionó sobre el icono de imágenes y estas ocuparon por completo la pantalla.

—*¡Oh my God!* —gritó,

alucinada al encontrar tantas imágenes de él vestido con esmoquin, pasándolas una tras otra y suspirando al mismo tiempo.

Estaba claro que como hermano no valía nada, pero era injusto no reconocer que como hombre era de diez, al menos en lo que concernía al físico.

Una vez que se cansó de verlo en fotografía recuperó los enlaces de los vídeos y se preparó para verlo en pleno movimiento. Pinchó sobre uno de ellos, sin atender al compositor ni al movimiento, a fin de cuentas no podía decirse que fuera una entendida de música

clásica, y se recostó en el sofá con intención de disfrutar del espectáculo visual.

Seguía embelesada viendo y escuchándole tocar cuando su teléfono comenzó a sonar a su lado en el sofá. Apartó de mala gana la atención del ordenador, dispuesta a cantarle las cuarenta al impertinente que la molestaba en un momento tan importante, pero en la pantalla no aparecía ningún nombre, lo que significaba que no lo tenía memorizado y que, por lo tanto, no sabía a quién iba a tener que gruñir.

Contestó con sequedad. Fuera quien fuera la persona que llamaba

acababa de interrumpir un momento muy romántico, ¿qué narices le pasaba a la gente que no respetaba nada?

—Carla, buenas tardes, soy Guillem Campos.

—¿De dónde has sacado mi número? —preguntó cuando se recuperó de la sorpresa.

Él carraspeó antes de responder.

—Va impreso en la tarjeta que me diste con la hora y la fecha de mi próxima sesión.

«Por supuesto que va en la tarjeta, ¿qué esperabas?», se recriminó. «Di algo inteligente antes de que piense que eres lerda».

—Sí, perdona —musitó intentando apagar el vídeo o bajar el volumen de la música que salía del portátil—. ¿En qué puedo ayudarte? ¿Llamas para cambiar la cita?

«Sí que has sido inteligente, sí», se recriminó mentalmente.

—No, más bien todo lo contrario. Quería saber si podrías atenderme mañana. He ido a jugar al pádel con unos amigos y me he quedado enganchado de la espalda.

Carla no respondió, andaba peleándose con el ordenador en su desesperado intento de apagar la música que seguía saliendo del



vídeo de YouTube.

—Carla, ¿me estás escuchando?

—¿Estás muy mal o puedes esperar a mañana?

—Me he tomado un analgésico y estoy en la cama leyendo. Estoy seguro de que sobreviviré — comentó con un tono alegre—. ¿Podemos quedar mañana?

—Sí, sí. Mañana estoy libre, podemos quedar cuando a ti te venga bien —aceptó, golpeando con desesperación la tecla para bajarle el volumen al portátil.

—¿A las doce puede ser?

—Si te refieres a las doce del mediodía, sin problemas, tengo

turno de noche —bromeó en un intento por parecer normal.

—¿Has cambiado de registro?

—¿Perdón?

—La música, no es tu estilo. Lo que suena es el *Concierto número 1 (KV 37) en fa mayor* de Mozart.

Carla seguía intentando bajar el volumen, pero el ordenador continuaba bloqueado.

—Sí. No. Yo... —Se esforzó en recuperar la cordura—. Ya te dije que me gustaban los clásicos.

—Es cierto. Lo dijiste. —Se despidió con una sonrisa que se notó en su voz—: Hasta mañana, Carla.

—Hasta mañana.

Y justo ese fue el instante en que el portátil decidió obedecer las órdenes anteriores y la música se detuvo, por fin.

# Capítulo 18

*Me desperezo como un gato,  
finjo desinterés.  
Bostezo y me miro las uñas,  
Pero no te equivoques, nena,  
Porque sigo al acecho y tú,  
eres el ratón con el que quiero  
jugar.*

EFRÉN VENTURA  
(CIRCUNSTANCIAS)

ATENUANTES), *Tierno y  
perezoso*

Regresar al trabajo tras un fin de semana como el que había tenido Verónica era como cambiar un crucero por las islas griegas por remar en galeras. La mañana ya comenzó difícil, ya que cuando sonó el despertador lo sintió como si tuviera que levantarse a solo una hora de haberse metido en la cama. Remoloneó sin ganas de levantarse y lo apagó casi sin darse cuenta, de modo que, cuando su inconsciente la despertó media hora después,

tuvo que arreglarse a toda prisa para minimizar el desastre.

Aun así, cuando entró, Elba ya estaba en la máquina de café con el móvil en la mano enseñándoles, a todos los que quisieran ver, a su sobrino recién nacido. Era la primera vez desde que trabajaba en el periódico, tanto de becaria como de redactora en plantilla, que Elba llegaba antes que ella.

Arrastrando los pies se acercó, consciente de que ese iba a ser el mejor momento del día. Después de todo, llegaba tarde al trabajo por primera vez en su vida y era lunes, lo que significaba que todavía tenía

una semana completa por delante.

—Rubita, llegas tarde —  
comentó Mike, desde su mesa.

—Gracias, Mike, no me había  
dado cuenta —dijo Verónica,  
poniéndole mala cara.

—Desde luego, a este chico no  
se le da muy bien coquetear —  
bromeó Elba cuando Verónica se  
detuvo junto a ella, en la máquina  
de café.

—No digas tonterías y déjame  
ver al nuevo casanova de la familia  
Vilanova —pidió con una sonrisa.

—Ya verás, Vero, es precioso y  
tan bueno... No hace más que  
dormir y comer, igualito que Alma

cuando era un bebé —dijo, tendiéndole el móvil.

En la pantalla aparecía el bebé más adorable que Verónica hubiese visto nunca. Estaba dormidito y tenía las mejillas regordetas y el pelo oscuro como su madre.

Elba fue pasando más fotografías. En una de ellas Alma, sentada en un sillón, sostenía a su primo en brazos. Había otra del bebé con el orgulloso papá, enganchado al pecho de su madre. Con razón tenía las mejillas tan rollizas, pensó Verónica.

—¡Es precioso! ¿Qué tal está Miriam?



—Encantada de la vida. El parto fue de maravilla y ya están los dos en casa.

—A ver cuándo vas a verlos y voy contigo. Esta tarde les compraré un regalito.

—¿No vas a ir con Efrén? —preguntó Elba como quien no dice nada—. Pensaba que iríais juntos.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Efrén es uno de mis mejores amigos, Vero. Ayer me llamó para contarme lo enamorado que está de ti —dijo, riendo. Y añadió—: Ni se te ocurra contarle que te lo he dicho.

La rubia se llevo los dos dedos

índice a los labios y se los besó, en señal de silencio. Su malhumor fue borrado como por arte de magia.

—Lo prometo —aseguró con una sonrisa encantada en los labios.

Elba, que sabía perfectamente lo maravilloso que era amar y ser correspondida, le guiñó un ojo y regresó a su mesa.

En circunstancias normales jamás hubiera traicionado la confianza de Efrén, pero su amigo daba demasiadas cosas por hecho con Verónica y, como los apreciaba mucho a los dos, no podía mantenerse al margen y dejar que los malos entendidos o las palabras

no pronunciadas estropearan su emergente relación. Los dos se merecían ser felices, y era evidente que desde el primer momento en que se conocieron la chispa había prendido entre ellos.

Además, nadie mejor que ella sabía lo peligroso que era mantener secretos. Después de todo, siendo casi una niña había tenido una hija con único hombre al que había amado, y solo la intervención del destino había conseguido que el padre de Alma supiera de su existencia.

Sabía que debería sentirse culpable por haber traicionado la

confianza de Efrén, pero la cara de felicidad de Verónica lo justificaba.

Intentando centrarse, comenzó a repasar las entrevistas y las notas que tenía para el artículo. Todavía le faltaba lo más importante, la entrevista a Guillem, pero al menos ya tenía la de Efrén y las que había conseguido gracias a él.

Sabía que Luis no iba a tardar mucho en preguntarle por el artículo. Era un jefe implicado que se preocupaba por sus redactores y, como tal, quería estar al tanto de todo lo que estos hicieran.

Con sus excentricidades — deshacerse de la puerta de su despacho, venderles a los periodistas que les hacía un favor y no a la inversa— se había ganado el afecto de todos. Sin embargo, el afecto no iba exento de lealtad y respeto. Y por esa lealtad y ese respeto que sentía por él, se iba a ver obligada a acercarse a su hermano. Un hermano al que había adorado y admirado y que, un día, sin previo aviso, desapareció de su vida.

El problema era que tras tantos años distanciados no tenía la más remota idea de cómo dar con él.

Guillem había roto el contacto con su padre, la única persona que les unía a ambos, y la única persona con la que podría hablar era justamente la que más difícil se lo iba a poner: la madre de Guillem, la persona que había orquestado la ruptura.

No obstante, su desconocimiento sobre su hermanastro era tal que, de hecho, ni siquiera sabía si residía en la ciudad. Y, ya puestos, tampoco podía afirmar que viviera en el país. Teniendo en cuenta su fama, era poco probable que saliera en la guía telefónica.

Andaba preocupada en cómo dar

con él, ya que recurrir a Susana, la madre de él, era su último recurso, cuando Ángela, la nueva becaria, se levantó a abrir la puerta a la que acababan de llamar.

Al hacerlo un hombre de poco más de treinta años, corpulento, vestido de frac y con un sombrero de copa entró en la redacción, consiguiendo con ello que el silencio, que raramente reinaba allí, se impusiera.

Consciente del interés que suscitaba, el hombre se detuvo en medio de la habitación:

—¿Verónica Campos, por favor?  
¿Quién es Verónica Campos?

Antes de que la aludida pudiera responder, Mike gritó, mirándola directamente.

—Rubia, el Cobrador del Frac te busca.

Las risas de los que estaban allí no ayudaron a Verónica que estaba sorprendida e inexplicablemente nerviosa. ¿Qué podía querer Fred Astaire de ella? Era imposible que fuera el Cobrador del Frac: la única deuda que tenía, la hipoteca de su casa, la pagaba religiosamente cada mes.

El hombre se acercó a ella, gracias al gesto del fotógrafo que desveló quien era la persona a la



que buscaba.

—¿Señorita, es usted Verónica Campos?

Asintió con la cabeza, y abrió los ojos desmesuradamente cuando el hombre se plantó frente a ella, abrió la boca y cantó, con una preciosa voz de tenor que la sorprendió casi tanto como la letra:

—«Ella fue mi mejor canción /  
ella fue mi melodía / ella fue mi  
inspiración / pero también mi  
asesina / ella fue algo más que todo  
/ fue algo más que una gran amiga /  
fue mis ganas de seguir / ella fue  
una musa en mi jardín // Dame de  
eso, dame de eso / que no puedo

vivir sin tus besos / dame tiempo,  
dame tiempo, para aprender de  
nuevo / dame de eso, dame de eso /  
y que no puedo vivir sin tus besos /  
dame tiempo, dame tiempo, y  
aprenderé de nuevo...»[2]

Cuando acabó de cantar todos  
estaban tan alucinados que  
transcurrieron unos segundos antes  
de que los aplausos atronaran.  
Hasta Luis estaba apoyado en el  
marco de la inexistente puerta de su  
despacho, observando el  
espectáculo.

Elba era la que más fuerte se  
reía. Al fin y al cabo era la única,  
además de Verónica, que sabía de

quién venía el mensaje.

—No se puede negar que el admirador de Vero es original — comentaban unos.

—No sabía que saliera con nadie —dijo Mike, decepcionado.

—Muchas gracias por la canción —dijo Verónica, buscando su bolso para darle una propina al mensajero. No debía ser fácil tener un trabajo como aquel. Lo más ligero que te podía suceder era que se burlaran de ti, no quería pensar en lo peor...

—No es necesario, señorita. El señor Ventura ya me ha dado propina.

Verónica arqueó una ceja, pensativa.

—¿El señor Ventura está, por casualidad, cerca?

El cantante se lo pensó un poco antes de responder. Parecía que se sintiera culpable por haber hablado de más.

—Está abajo.

—Gracias —dijo, tendiéndole un billete.

—No hace falta.

—Insisto. Por las molestias —explicó, mirando a su alrededor para que él comprendiera a qué se refería.

El hombre sonrió tímidamente,

cogió lo que le ofrecía y se dio la vuelta para marcharse.

Antes de que sus compañeros se acercaran a hablarle e intentaran averiguar más, Verónica salió detrás del cantante del frac, a la caza y captura de su ingenioso chico.

Cuando salió a la calle se dio de bruces con Efrén, que estaba apoyado contra la pared de la fachada como si tal cosa. En cuanto la vio cambió su actitud indolente por una sonrisa encantadora y satisfecha.

—¡Estás loco! Aunque he de reconocer que la canción era preciosa.

—La canción no es mía.

Ella rio, pensando en lo increíble que había sido que diera con ella, más cuando Efrén no escuchaba música en español.

—Dime que te ha gustado mi locura —pidió, acercándose a ella que se había quedado parada a la salida del portal.

—Lo que me ha gustado es que te tomaras tantas molestias por mí, hubiera sido más fácil que me hubieras invitado a cenar —dijo riendo y enlazando los brazos

alrededor de su cuello

Él sonrió ladeando la cabeza y clavando la mirada en sus labios.

—Nada de lo que tiene que ver contigo es una molestia sino un placer. Esta noche cenaremos en mi casa. Los dos solos. —Luego añadió, con una sonrisa cargada de promesas—: No es necesario que te arregles, ven cómoda y preparada para quedarte a dormir.

Antes de que Verónica pudiera responder él ya estaba saqueando su boca, sin importarle que estuvieran en medio de la calle.

Mientras besaba a su novio el móvil de Verónica comenzó a sonar

en el bolsillo trasero del pantalón. No se despegó de él. Fuera quien fuera la persona que llamara, que volviera a hacerlo en un momento menos inoportuno.

[\[2\]](#) Fondo Flamenco, *Algo más que todo*.



# Capítulo 19

Verónica no contestaba a sus llamadas y Carla estaba comenzando a desquiciarse. Era una persona demasiado activa como para llevar bien tener días libres. Tras su guardia del viernes al sábado, no tenía que regresar al trabajo hasta esa misma noche, lo que le había dado demasiado

tiempo libre para pensar y sentirse culpable.

No solo porque todavía no le había contado a su mejor amiga que estaba tratando a su hermano, sino porque, además, tampoco tenía muy claro cómo decirle que conseguía despertar cada terminación nerviosa de su cuerpo con solo pensar en él.

Por otro lado, no esperaba Guillem hasta las doce del mediodía, lo que le daba más tiempo libre para preocuparse. De modo que, aburrida de estar en casa y esperar a que Verónica le respondiera al teléfono, cogió el

bolso y salió de allí, dispuesta a personarse en el periódico y poner a su prima al día de los últimos acontecimientos.

Guillem estaba empezando a preocuparse. No podía comprender cómo había llegado a fingirse enfermo para acosar a una mujer. Desde el instante en que se topó con Carla en el hospital había sido incapaz de pensar en otra cosa que no fuera ella. Aun sin saber que la exuberante pelirroja y su nueva fisioterapeuta eran la misma persona, había estado

arrepintiéndose por no haberla abordado cuando tuvo la oportunidad. El único consuelo de que disponía era pensar que trabajaba allí, a juzgar por la bata blanca que llevaba. Después, cuando había descubierto que su misteriosa pelirroja y su fisioterapeuta eran la misma persona, había pensado que cuando llegara a casa tocaría el *Aleluya* de Händel como agradecimiento. No obstante, el destino todavía le tenía preparada una nueva sorpresa: Carla no solo era atractiva e interesante, sino que estaba emparentada con Verónica, la

hermana a la que no veía desde hacía mucho tiempo. Demasiado.

Suspiró y se levantó de la cama para meterse en la ducha. Quizás, después de todo, había llegado el momento de retomar su relación fraternal con ella. Siendo sincero consigo mismo, no era la primera vez que la idea se le pasaba por la cabeza, el problema era que se sentía tan avergonzado por haberse dejado llevar por el odio de su madre que no sabía cómo reparar lo que el rencor había roto.

Y ahora, además de una hermana y un padre abandonados, tenía que lidiar con el deseo que Carla

despertaba en él. Era algo tan primitivo y sexual que dudaba que tuviera algo que ver con el amor. Esclavizaba mucho más que él. Se moría por hundirse en ella, por meterle la lengua en la boca y saborearla. Jamás en su vida había deseado tanto a una mujer y, para colmo de males, le sucedía con una que se pasaba sus buenos cuarentaicinco minutos tocándole sin ningún pudor.

Definitivamente la ducha iba a tener que ser de agua fría, pensó, entrando en ella y abriendo el grifo azul. Si saliera congelada, mejor que mejor.

Carla bajó del metro y cruzó la calle hasta detenerse delante del edificio del periódico. Al tratarse de un edificio comercial el portal siempre estaba abierto, por lo que ni siquiera tuvo que llamar para entrar. Sabiendo perfectamente a dónde encaminar sus pasos se dirigió al ascensor y presionó el botón. En su trayecto en metro había ensayado varias frases con las que confesarle a su prima el lío en que se había visto envuelta:

«Me obliga el juramento hipocrático». Mentira, porque

dicho juramento implicaba solo a los médicos, rezaba para que Verónica no lo supiera. «Venía recomendado por mi jefe», algo que además era absolutamente cierto. «Puedo remitirlo a otro compañero si tú quieres...». Llegados a este terreno cruzaba los dedos para que su prima no le pidiera nada semejante, lo que la llevaba al punto más delicado de su discurso: contarle a su mejor amiga que se sentía profundamente atraída por la persona que más daño le había hecho en su vida.

El ascensor llegó tan inoportuno como siempre y Carla tuvo que



dejar aparcados sus pensamientos unos instantes. Salió de él todavía sin tener claro cómo debía actuar.

Respiró hondo y llamó al timbre. Escucho pasos a través de la puerta cerrada y unos segundos después esta se abría y una jovencita le cedía el paso con una sonrisa educada.

—Hola, Carla —saludó Elba, que fue la primera en verla.

—Hola, espero no pillaros mal —comentó, saludando con la mano a su prima quien había alzado la cabeza de la pantalla de su ordenador y la había visto.

Verónica le hizo un gesto para

que se acercara, pero tuvo que esperar a que Elba y ella se saludaran.

Cuando las dos mujeres terminaron de hablar Carla recorrió la sala hasta llegar a ella.

—¿Qué haces aquí?

—Te he estado llamando al móvil, pero no me lo has cogido.

Verónica se ruborizó al recordar el motivo por el que había obviado las llamadas de su prima.

—Tengo algo muy importante que contarte.

—Yo también —se adelantó, ansiosa por relatarle todo lo que había dado de sí su fin de semana

en Madrid con Efrén.

Durante diez minutos la rubia hizo un monólogo, interrumpido en contadas ocasiones por Carla que quería conocer más detalles de algunas situaciones que estaba escuchando, sobre su nueva relación con Efrén.

—Que quiera ir despacio es toda una declaración de amor — apuntó Carla.

—¿Tú crees?

—Sí. Lo creo. Y hablando de amores... Tengo que decirte algo.

—Verónica —gritó Luis, sentado a su escritorio. Ni siquiera se levantó para acercarse a la

puerta.

Nadie se escandalizaba ya por sus gritos. Bueno, quizás Ángela, la becaria, pero ya se acostumbraría.

La aludida dio un respingo en su silla y miró a su prima, sentada enfrente de ella.

—Lo siento, Carla, tengo que ir o seguiré gritando.

—Ve. No te preocupes, seguiremos hablando después.

—Espérame, no tardaré mucho. Y lo que ibas a contarme es importante y yo me he liado a contarte lo mío sin pensar en ti.

La voz de su jefe la interrumpió.

—Ya voy, Luis.

—Tengo un paciente a las doce. Te llamaré. Lo prometo.

—De acuerdo —dijo, levantándose y dirigiéndose al despacho de Luis.

Se quedó en la puerta viendo como su prima se despedía de Elba y se marchaba. Fuera lo que fuera lo que Carla quisiera decirle, era algo lo bastante importante como para que la impasible pelirroja estuviera alterada.

—¿Piensas entrar hoy o mañana?

La recriminación la sacó de su ensimismamiento.

—Perdona, Luis —dijo,

entrando y sentándose en una silla frente a él—. Dime para qué me necesitas.

—Error, Vero. Tú me necesitas a mí. Soy yo el que te va a hacer un favor.

—Por supuesto.

El hombre arqueó una ceja mientras decidía si el comentario había sido sarcástico o sincero. Pareció el veredicto fue positivo porque abrió un cajón de su escritorio y sacó un papel que le tendió a una silenciosa Verónica.

—¿Qué es? —inquirió. En la hojita no había más que un número de teléfono móvil sin nombres ni

nada que indicara a quién pertenecía.

—Es el número de teléfono de tu hermano.

—¿Cómo sabes que yo...?

La interrumpió con intención de ahorrarle la incomodidad de confesar que no lo tenía ni sabía cómo conseguirlo.

—Yo lo sé todo.

—¡Gracias!

Hizo un gesto con la mano para restarle importancia al asunto.

—Vete a escribirme el mejor artículo de tu carrera. ¡Anda! —La echó, fingiéndose molesto.

—Eres el mejor jefe del mundo.

Él parpadeó sorprendido antes de poder ocultar que le habían afectado sus palabras.

—Eso ya lo sé.

Con una sonrisa Vero se levantó de la silla y se encaminó a la puerta.

—Oye, Vero, ¿tu prima está soltera? —inquirió Luis con visible incomodidad.

La rubia se tragó una carcajada.

—Sí, ¿por qué?

—Simple curiosidad —se excusó como si la respuesta no le importara lo más mínimo.

Verónica salió del despacho con una sonrisita divertida en los



labios. Su prima era una seductora de primera categoría, entonces ¿por qué narices seguía soltera?

# Capítulo 20

*Si tengo que caer en la  
tentación que sea contigo.  
No hay mayor pecado que  
dejar pasar la ocasión.*

EFRÉN VENTURA  
(CIRCUNSTANCIAS  
ATENUANTES), *Tentaciones.*

Carla entró en su piso de mal humor. Después de haber ido hasta el periódico para hablar con su prima, regresaba sin haber podido hacerlo. Primero porque ella se había lanzado a contarle los detalles de su fin de semana y después porque no se había atrevido a insistirle y contárselo. Después de todo, la sede de un periódico, repleto de periodistas, no era el mejor lugar para hacerlo. Principalmente porque tendría que desvelarle a su prima los problemas crónicos en los brazos que padecía Guillem, y que él tanto se había esforzado por mantener en

secreto, se animó, buscando una justificación a su falta de valor. El caso era que había perdido media mañana y no había sacado nada en claro.

Faltaban quince minutos para el mediodía, así que los aprovechó para hacerse algo rápido que comer: así lo tendría listo cuando se marchara Guillem, ya que tenía turno de dos a diez.

Cuando sonó el timbre estaba removiendo la pasta con tomate y atún que se había preparado. Se lavó las manos a toda prisa y fue a abrir, sin tener tiempo para ponerse la bata blanca que usaba para

trabajar. De modo que cuando Guillem la vio, con su vestido estampado de flores y los botines color beis, tuvo que tragar saliva con fuerza porque se le reseco la garganta.

—Hola, ¡estás preciosa! —dijo sin pensar. Después de todo ella no era una mujer a la que hubiera conocido por la calle y a la que pudiera piropear así como así. Él era su paciente, lo que implicaba algo más de formalismo.

—¡Gracias! Pasa, ¿cómo estás de la espalda?

—Un poco mejor que ayer, pero aún tengo molestias —confesó,

siguiéndola por el pasillo hasta la habitación que le servía de consulta.

—De acuerdo, vamos a ver. ¡Desnúdate! Quiero decir, de cintura para arriba. —Se sonrojó avergonzada por su ímpetu.

Él sonrió al ver su azoramiento.

—¿Sabes? No me importaría desnudarme del todo —dijo, haciendo que sonara a broma cuando era absolutamente cierto lo que decía.

—Sin duda eres muy complaciente. —Se mordió el labio cuando se dio cuenta de que su comentario podía tener una doble

lectura.

Esta vez Guillem rio sin disimulos.

—Te aseguro que lo soy. Muy complaciente.

Una vez que estuvo sin nada que cubriera sus pectorales, Carla le dio una toalla y Guillem se tumbó boca abajo en la camilla, tal y como ella le indicó. Cuando todo estuvo listo, presionó el botón del reproductor de música y se dispuso a deshacer nudos y presionar y aliviar las zonas más tensas de su espalda.

Tocar su piel suave, musculada y caliente estaba haciendo estragos

en la serenidad de Carla. En dos ocasiones había estado apunto de gemir de placer como si fuera ella la que estaba recibiendo el masaje y no a la inversa.

Guillem por su parte no parecía afectado. Se mantenía en silencio y tan inmóvil que pudiera haber pasado por dormido.

Solo cuando le hizo cambiar de posición para ejercitar los hombros se dio cuenta de que su calma era tan aparente como ficticia. Sin querer sus ojos se habían detenido en la parte más sensible de su anatomía, que en esos instantes no tenía nada de sensible.



Siguió con el masaje un cuarto de hora más. Cuando terminó y Guillem ya se había vestido, este la sorprendió con una pregunta que la dejó perpleja.

—Esto que voy a decir quizás te incomode. No sé si te parecerá poco profesional aceptar, pero ¿te gustaría cenar conmigo una noche?

—¿Por qué?

—¿Disculpa?

—¿Por qué me invitas a cenar?

—Creo que es evidente. Me gustas. Y me gustaría explorar esta tensión no resuelta que hay entre nosotros —dijo con total sinceridad. El amor, de momento,

no entraba en la ecuación. Lo que él sentía por la pelirroja que tenía delante era deseo. Un deseo primitivo que se moría por satisfacer.

—De acuerdo. Saldré a cenar contigo y dejaré que exploremos lo que hay entre nosotros con una condición.

Guillem la miró asombrado.

—Es la primera vez que una mujer me pone condiciones para salir conmigo, pero escucharé tu propuesta —dijo. Sonriendo para disimular su desconcierto, añadió —: Puede ser interesante.

—Saldremos a cenar con

Verónica y Efrén.

—¿Efrén?

—El novio de tu hermana —  
explicó Carla, sintiendo que había  
tentado demasiado a la suerte.  
Guillem era un hombre atractivo y  
con éxito, ¿por qué iba a ceder en  
algo así solo por tener la  
oportunidad de salir con ella?

Durante unos segundos que a  
Carla le parecieron eternos él se  
mantuvo impasible, observándola  
en silencio. Cuando finalmente  
habló, el estómago de Carla estaba  
comenzando a rebelarse  
produciéndole malestar y algo muy  
parecido a las náuseas.

Guillen supo que Carla le estaba dando la excusa perfecta para retomar el contacto con su hermana, y no iba a desaprovecharla. Además, con ello no solo iba a poder ver a Verónica sino que llevaba consigo el extra añadido de poder disfrutar de dos citas con la pelirroja.

—Conforme, salgamos con ellos, pero eso solo significará que me debes una cita a solas, tú y yo.

«¿A solas?», repitió mentalmente Carla. Guillem no solo aceptaba su abyecta condición sino que además todavía estaba interesado en tener una cita

romántica con ella después de eso. Tuvo que morderse el labio inferior para no sonreír de oreja a oreja.

—Me parece bien.

Él sonrió encantado y Carla supo que por mucho que se esforzara en fingir que no le importaba salir con él, Guillem conocía la verdad tan bien como ella.

—Voy a estar fuera unos días por trabajo. ¿Qué te parece si cenamos todos el viernes? Así el sábado podrás devolverme el favor y salir a cenar conmigo.

—El viernes me parece perfecto. Hablaré con Verónica.

—Te llamaré el jueves para ver cómo ha ido todo.

Antes de que Carla pudiera responder, se inclinó sobre ella y le dio un beso rápido y superficial en los labios.

Un beso que la dejó asombrada y temblorosa a partes iguales.

Sin darse la vuelta para comprobar si ella le acompañaba hasta la puerta, salió de la habitación para marcharse.

Una vez en la puerta de la calle se dio la vuelta para preguntarle si tenía su número de móvil. Cuando ella asintió con la cabeza, volvió a repetir el beso, tan ligero como el

anterior, y se marchó.

Incapaz de aguantar por más tiempo Carla cerró la puerta y se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas, la sangre hirviendo y la cabeza dándole vueltas.

—Dios mío —musitó—, si me hace esto con un beso rápido no quiero ni imaginarme cómo me voy a quedar cuando se tome su tiempo para besarme.

Sonriendo por su propia broma se levantó y fue en busca de su teléfono móvil.

Se sentó en el sofá mirando el teléfono que tenía en la mano. Suspiró y marcó el número que se

sabía de memoria. No tuvo que marcar más que los tres primeros dígitos cuando el número completo apareció en la pantalla.

—Hola, Carla. Siento lo de antes, al final te has ido sin contarme lo que habías venido a decirme.

—Por eso te llamo ahora. Tenemos que hablar.

—Claro. ¿Qué sucede? Estás demasiado formal.

—Lo que te tengo que contar puede desembocar en dos opciones: la primera es que decidas pasar de mí por el resto de nuestra vida. La otra que me adores



incondicionalmente.

—Ya te adoro incondicionalmente. ¡Dispara! Me estás poniendo nerviosa.

—¿Estás sentada?

—¡Carla! —la regañó, cada vez más preocupada por lo que su prima le fuera a contar. Había ansia y temor en su voz.

—De acuerdo. Allá voy. —Dijo, pero se mantuvo en silencio.

—¡Venga!

—El viernes Efrén, tú, yo y Guillem vamos a cenar juntos en el restaurante que tú escojas.

—¿Guillem, mi hermano?

—Sí. Verás, no me cuelgues. Mi

jefe me pidió que atendiera a un paciente que tenía problemas en los brazos y que no quería ir al hospital, yo dije que sí porque, bueno, iba recomendado por mi jefe, y cuando abrí la puerta el que estaba allí era tu hermano. Que, por cierto, es impresionante. La cuestión es que hoy me ha invitado a cenar y yo le he dicho que sí, pero que antes tendríamos que cenar contigo y con Efrén, y para mi absoluta sorpresa ha dicho que sí.

—De acuerdo.

—¿No estás enfadada? La verdad es que lo he hecho porque quería ayudarte con el artículo y

eso, pero también porque me gusta. Mucho. ¡Oh, Dios mío! Me gusta mucho tu hermano y tú vas a odiarme, por que yo...

—¡Carla! —la cortó antes de que siguiera divagando y preocupándose sin motivo—. ¿Recuerdas las opciones que me has dado?

—Sí.

—Sigo escogiendo la misma. No hay nada que tú puedas hacer que haga que te odie o que te quiera menos. Puede que Guillem sea mi hermano de sangre, pero tú eres mi hermana por elección.

—Te quiero —confesó la

pelirroja, tragándose las ganas de echar unas lagrimitas.

—Lo sé, tonta. Yo también te quiero, pero ahora cuéntame, cómo es eso de que mi hermano es impresionante.

—Es el hombre más sexy que he visto en mi vida y, créeme, en mi trabajo he visto a unos cuantos.

# Capítulo 21

Tal y como había sospechado Verónica, el día estaba siendo un auténtico quebradero de cabeza. Si bien había predicho que volver a la normalidad tras el maravilloso fin de semana con Efrén iba a ser difícil, ni mucho menos se esperaba que llegara a complicarse tanto.

Todavía eran poco más de las

dos y las preocupaciones se iban encadenando unas con otras. Efrén le había pedido que cenara con él en su casa y que llevara sus cosas para pasar la noche allí, de modo que al día siguiente pudiera ir al trabajo sin necesidad de pasar por su piso. El problema era que Verónica no llegaba a ser capaz de adivinar si había cambiado de opinión respecto a su intención de aplazar el sexo, o si la velada no iba a ser más que un encuentro platónico, para conocerse mejor. Lo dudaba, a juzgar por lo sucedido en el hotel, pero Efrén era demasiado dado a las sorpresas para poder

afirmarlo con seguridad.

A todo ello se unía la llamada de su prima confesándole que había concertado una cita para cenar ese mismo viernes con su hermano. Un cena a la que tenía que llevar a Efrén como acompañante. Al mismo tiempo, y para terminar de cerrar el círculo, Luis le había dado el número de teléfono de Guillem, con muy poca sutileza, para recordarle que era imprescindible que su hermano apareciera en el artículo que le había encargado.

Tanta tensión acumulada al final se había traducido en que, en lugar de salir a comer con Elba y sus

compañeros, se había quedado sentada en su escritorio dándole vueltas a los mismos temas sin dar con ninguna fórmula mágica para resolverlos.

Con intención de desconectar por unos minutos, llamó a Miriam para interesarse por ella y por el bebé.

Su amiga estaba eufórica, y Verónica prometió ir a verlos cuando pasara la intensa época de las visitas de amigos y familiares y estuvieran más tranquilos los tres.

Consciente de que no podría tranquilizarse hasta que hiciera algo, descolgó el teléfono de su



mesa y marcó el número de casa de sus padres. A esas horas su madre todavía estaría en el instituto donde impartía clases de historia, por lo que sería su padre quien, tras cerrar el taller de reparación de vehículos que regentaba, contestaría a su llamada mientras se preparaba algo rápido para comer.

Sus expectativas se cumplieron cuando la voz grave de Miquel Campos contestó al otro lado de la línea:

—Dígame.

—Hola, papá.

—Hola, cariño, ¿qué tal por Madrid?

—De maravilla. ¿Cómo va todo por casa? ¿Cómo estás tú?

—Como siempre. Ya lo sabes. A tu viejo padre ya no le sucede nada digno de una canción —dijo, riéndose de su propio chiste.

Verónica no les había ocultado a sus padres que iba a pasar el fin de semana con Efrén, y aunque tampoco les había dado detalles del motivo su padre parecía haber sacado sus propias conclusiones.

—Papá, ¿echas de menos a Guillem? Si tuvieras la oportunidad de verlo, ¿lo harías? —preguntó sin preámbulos, a la búsqueda de un consejo que eliminara uno de sus

quebraderos de cabeza.

—Sí, sin dudarlo —sentenció Miquel con la certeza de alguien que había pensado en ello muy a menudo.

Preparar una bolsa para pasar una noche fuera de casa nunca había supuesto ningún problema. Desde los doce años, edad en que sus padres le habían dado permiso para dormir en casa de sus amigas y hacer fiestas de pijamas, había estado preparando bolsas sin que le supusiera ningún reto. No obstante, esa tarde había vaciado los

armarios varias veces (tras guardarlo todo y volverlo a sacar de nuevo) y la bolsa seguía vacía. ¿Qué tipo de pijama debía escoger?, ¿para dormir o para no hacerlo? ¿Tendría que llevar lo justo para pasar la noche o Efrén esperaba que dejara allí un cepillo de dientes?

Tras tanto pensamiento y tan poco movimiento, al final, tuvo que correr para no llegar tarde. Cumpliendo con lo que Efrén le había pedido, se cambió el vestido que había llevado al trabajo por unos vaqueros, camiseta y bailarinas. Se deshizo de las

pulseras que había llevado para cubrir su tatuaje —consciente de que si sus compañeros la veían con él la tacharían de loca—, se puso unas gotitas de perfume y salió, dispuesta a disfrutar de lo que fuera que su novio había planeado.

Llegó a la urbanización de Efrén con cinco minutos de retraso. Todavía no había intentado aparcar el coche cerca de su chalet cuando su chico la sorprendió saliendo de su casa y abriéndole la puerta del garaje para que metiera su vehículo dentro.

Sintió mariposas en el estómago al ser consciente de que aparcar en

su garaje era un nuevo paso en su relación. Efrén había tenido que distribuir el espacio para que cupiera su coche, por lo que se había tomado muchas molestias.

En cuanto Verónica apagó el motor Efrén le abrió la puerta del coche para que saliera, tendiéndole la mano para ayudarla a bajar.

—Llegas tarde, Ricitos de Oro, ¿acaso no tenías ganas de verme? —preguntó con una sonrisa traviesa al tiempo que le quitaba la bolsa de las manos para llevarla él.

—Lo siento, he salido tarde del periódico —se excusó, sintiéndose un poco culpable por mentirle, pero

¿qué iba a hacer? ¿Contarle que llevaba dos horas frente a su armario, indecisa?

—De acuerdo, pero vas a tener que compensarme por haberme hecho esperar. Para comenzar me conformaré con un beso —comentó él, con su boca a dos centímetros de sus labios.

Verónica notó cómo la tensión se disipaba por un momento cuando sus labios tocaron los de él.

Se separaron a desgana para entrar en la casa.

Hablaron de casi todo mientras ponían la mesa y terminaban de preparar la cena. Efrén no había

dicho nada de dónde iban a dormir ni si iban a hacerlo juntos o no, por lo que la bolsa se quedó temporalmente olvidada sobre una de las sillas de la cocina.

Mientras cenaban, Verónica decidió que había llegado el momento de contarle a Efrén la inesperada amistad de su hermano y Carla, y lo que implicaba para él.

—¿Estabas preocupada por pedirme que te acompañara a encontrarte con tu hermano? — adivinó Efrén, comprendiendo el motivo por el que no terminaba de notarla relajada.

—Bueno, esto es llevar nuestra



incipiente relación un poco más allá. Es algo así como presentarte a mis padres.

—Me encantará conocer a tu hermano e incluso a tus padres, si te decides a presentármelos. Pero, sobre todo, estaré encantado de que los míos te conozcan a ti, de que mi hermana te torture tanto como me tortura a mí. —Su sonrisa tenía que ver con el recuerdo de su familia —. No has conocido a nadie como Beka, créeme.

—Lo siento, todo esto me tiene un poco nerviosa.

Efrén alargó su mano para buscar la de ella y apresarla entre

sus dedos.

—¿Hay algo más que te preocupe? —adivinó, ofreciéndole una sonrisa tranquilizadora.

—Sí, ¿dónde voy a dormir?

La primera reacción de Efrén fue ampliar su sonrisa y como consecuencia de ello el estómago de Verónica se retorció impresionado. El atractivo de él se multiplicaba cada vez que sonreía y, para perturbar su lucidez mental, lo hacía muy a menudo. Tras ello Efrén respondió eliminando de un plumazo parte de las dudas de la rubia.

—¿Qué pregunta es esa, Ricitos

de Oro? Vas a dormir conmigo. Por supuesto.

# Capítulo 22

*Cambio margaritas por  
respuestas.*

*Pétalos por confesiones.*

*Noes por síes*

*Nunca por tal vez.*

EFRÉN VENTURA  
(CIRCUNSTANCIAS  
ATENUANTES), *Dímelo*

Cuando Efrén regresó de la cocina con el postre, Verónica ya había decidido que estaba harta de pensar mucho y actuar poco.

Era una mujer adulta y no tenía por qué acatar las decisiones de los demás sin rechistar ni presentar su punto de vista. Podía exponer sus propuestas e intentar convencer a sus oponentes para que las aceptaran.

Y eso era precisamente lo que iba a hacer.

—¿Vamos a dormir juntos o a acostarnos juntos? Antes no has dejado muy clara esa parte.

Efrén se atragantó con la cucharada de mousse de chocolate que se había llevado a la boca.

—No he cambiado de opinión, Ricitos. Al menos no tan pronto.

—Puede ser que no te haya torturado lo suficiente. ¿Has acabado con el postre?

—Espero que no —comentó con los ojos brillantes y la mirada fija en ella.

Sin decir nada más Verónica se levantó de su silla y se acercó a él. Le tendió la mano y, cuando Efrén la asió, tiró de él para que se levantara. El gesto fue más simbólico que real. Si Efrén no

hubiera querido levantarse  
Verónica no habría podido  
obligarlo.

Una vez que lo tuvo de pie, se dirigió, sin soltarlo, hasta el comedor, sin acordarse de su bolsa, que seguía olvidada en la cocina.

Con la firme decisión de demostrarle lo que pensaba acerca de ir despacio, se posicionó ante el sofá y lo empujó para que se dejara caer en él.

—Señor Ventura, vamos a jugar a un juego.

Efrén asintió sin quitar la mirada de su boca.

—Buen chico —alabó ella—.

En este juego solo hay una regla. Todo está permitido excepto una cosa. No puedes hablar, gemir ni emitir ningún sonido. ¿Podrás hacerlo?

Volvió a asentir.

—¡Perfecto! Túmbate un poco más en el sillón —pidió. De esa manera estaría más reclinado y para ella sería más fácil acceder a él. Sabiendo la expectación que estaba creando, se arrodilló, colocándose entre sus piernas y sus manos volaron hasta la pretina de sus vaqueros. Se limitó a desabrocharlos y a sacar la camisa de dentro de ellos, evitando



conscientemente rozar la parte más delicada de su anatomía.

Efrén había cerrado los ojos y se mordía el labio inferior para evitar articular ningún sonido.

Siguiendo con lo que había comenzado, Verónica le quitó la camisa y comenzó a explorar su pecho y la curva de su garganta, deslizando la lengua por ella y sintiendo la rasposa barba que comenzaba a ser visible en ella. Con una meticulosidad que torturó a Efrén, repasó cada centímetro de piel que había quedado a la vista. Cuando ya no le quedó nada más por descubrir, se deshizo de los

pantalones y de los boxers. Su masculinidad se irguió ante ella en toda su dureza. Efrén apretó los dientes cuando sintió el aliento cálido de Verónica sobre su sexo.

La rubia estaba disfrutando cada segundo. Efrén tenía un cuerpo impresionante y lo mejor de todo era que lo tenía por completo a su merced. Efrén le había cedido el control sin oponer resistencia y todo porque ella se había atrevido, por fin, a actuar.

—Lo estás haciendo muy bien. Ahora viene lo más difícil. Quiero besar cada centímetro de tu tatuaje, es precioso y me encanta lo que

pone —dijo, pasando el dedo índice por él, dibujando las letras con lentitud—, pero antes voy a probarte —murmuró, antes de acogerlo en su boca.

Antes de perder completamente la lucidez Efrén se planteó qué era lo que iba a perder si no conseguía mantenerse en silencio.

Instintivamente llevó sus manos hasta la cabeza rubia que lo atormentaba, como si pretendiera guiarla o impedirle que parara. Verónica marcaba su propio ritmo, a veces suave, fuerte otras, saboreándolo y jugueteando con él. Exactamente cómo había dicho que

haría: torturándolo.

Por mucho que había luchado por contenerse un grito ahogado escapó de sus labios cuando ella pasó las manos por debajo de él y le clavó las uñas en el trasero al tiempo que lo acogía hasta el tallo.

Con una sonrisa satisfecha Verónica se separó de él, justo cuando estaba a punto de dejarse ir.

Sin trabar la mirada con él se puso en pie, alejándose de su contacto y comenzó a desnudarse con movimientos lentos y sensuales. Primero se deshizo de los zapatos y luego comenzó a desabrocharse los pantalones vaqueros. Lentamente,

permitiendo que Efrén no se perdiera detalle de cada pedazo de piel expuesta.

Tras los pantalones siguieron la camiseta y el sujetador, de manera que solo llevaba puestas unas diminutas braguitas rosa.

—¿Quieres quitármelas tú? — preguntó, sintiéndose poderosa por tener a un hombre como Efrén pendiente de cada uno de sus movimientos.

El asintió, los ojos brillantes de deseo.

Entonces se acercó, colocándose entre sus piernas abiertas y permitió que se las bajara hasta los

tobillos antes de quitárselas.

—Junta las piernas —pidió, para poder sentarse a horcajadas sobre él—. No te preocupes, no voy a hacerte nada que tú no quieras —bromeó, sensual—. Voy a dejar intacta tu castidad.

Efrén se rio en silencio, pero obedeció, ayudándola a colocarse sobre él.

Sus sexos estaban en contacto, pero no había penetración. Aun así, el calor de uno penetraba en el otro.

—Antes has hablado cuando te había pedido que no lo hicieras, por lo que tienes que ser castigado. ¿Estás de acuerdo?

Asintió de nuevo, en silencio.

—¡Estupendo! ¡Tócame! —  
pidió, llevando las manos masculinas sobre sus pechos desnudos—. Y ahora, bésame.

El movimiento de inclinarse para poder acceder a su boca provocó una fricción que a punto estuvo de hacer gemir a Efrén de nuevo. Su lengua invadió la boca de Verónica mientras sus dedos jugueteaban con los rígidos pezones. Estaba comenzando a recuperar el control cuando ella jugó su última baza y se movió sobre él. Adelante y atrás. Un juego de caderas que lo enloqueció hasta

el punto de que no le importó gemir ni suplicar que siguiera moviéndose.

La asió de las caderas para que se presionara más fuertemente sobre él y, acompasando sus movimientos a los de ella, presionó su pelvis oponiendo resistencia a la presión de Verónica, de modo que la fricción fuera más intensa.

—Más rápido —pidió en un gruñido—. Castígame todo lo que quieras, pero muévete más rápido, por favor.

Y así lo hizo ella, buscando el punto en que ambos enloquecieron.



Cuando sonó el despertador de su teléfono móvil, Efrén ya no estaba en la cama. Tras su encuentro en el sillón habían seguido practicando sus nuevas técnicas en la cama. Y a pesar de que no habían llegado a una relación completa, ambos habían quedado lo suficientemente satisfechos como para quedarse dormidos en el instante en que apagaron la luz. De ahí la sorpresa de Verónica al descubrir que Efrén ya se había levantado y que no iba a poder repetir lo aprendido la noche anterior.

Sin muchas ganas de salir de la cama, se desperezó y se metió en el cuarto de baño para darse una ducha rápida. Cuando salió, vestida para ir a trabajar, sobre la cama había una bandeja con zumo, cereales, tostadas, café para dos, y un Efrén, todavía en pijama, sentado esperándola.

—Buenos días, Ricitos. —Se levantó para besarla en los labios y llevarla hasta la cama—. Creía que todavía estarías durmiendo y te he preparado esto, para reponer fuerzas.

—Tengo que trabajar.

—Lo sé, pero tendrás que

desayunar primero —afirmó, apartándole un mechón rebelde de los ojos.

El leve contacto activó los recuerdos de Verónica al tiempo que sentía como su piel se sensibilizaba, ansiosa por sus caricias.

—La verdad es que tengo tiempo para algo rápido. Lo que todavía no he decidido es si me tomaré el café o a ti —murmuró, enlazando los brazos al cuello de Efrén.

—Creo que es mi turno para convencerte.

—Entonces, convénceme.

## Capítulo 23

Para consternación de Carla, la semana estaba pasando demasiado lentamente. Estaban ya a miércoles y aun así el viernes se sentía como lejano e irreal.

Además, no tenía mucho en lo que entretenerse, porque sus amigas ahora solo hablaban de pañales y bebés y Verónica estaba pasando

cada minuto libre que tenía con Efrén, si bien el martes habían comido juntas y se había podido quitar un peso de encima al contarle con pelos y señales todo lo relativo a Guillem, el que él no se hubiera puesto en contacto con ella le molestaba más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Antes de marcharse le había dicho que la llamaría el jueves para saber en qué restaurante iban a encontrarse. Aunque al día siguiente fuera a hablar con él, no lo vería hasta un día más tarde, lo que la tenía de un humor exaltado.

Se levantó de la cama,

malhumorada. Ni siquiera podía disfrutar de un sueño reparador. Últimamente no llegaban a hacérsele las nueve de la mañana en la cama.

Cogió de la mesilla de noche el libro que tenía a medias, el móvil y decidió que, quizás, un cambio de escenario le permitiría concentrarse mejor. Con esa intención entró en el comedor, subió las persianas y abrió la puerta del balcón, para dejar que el aire corriera por el comedor. Después se recostó en el sofá incapaz de abrir el libro.

¿Qué le estaba pasando? No era propio de ella obsesionarse tanto

con un hombre. De hecho, era tan exigente que ninguno de los varones que conocía cumplía con las características que había estipulado necesarias para sus relaciones sentimentales.

Tenía que atajar aquello cuanto antes. Lo mejor que podía hacer era invitar a una cerveza al nuevo celador de ojos verdes que trabajaba en el mismo turno que ella e intentar superar su encaprichamiento con Guillem.

Sí, eso haría, se dijo. Esa misma noche lo invitaría a salir y zanjaría de una vez por todas su absurda obsesión.

Decidida a regresar a la normalidad abrió el libro, que tenía pendiente y se dispuso a continuar por la página en que lo había dejado. El problema era que no lograba concentrarse en lo que leía y se veía obligada a volver a leer dos veces la misma página.

El sonido del teléfono le impidió leerla una tercera.

Abrió los ojos desmesuradamente cuando en su móvil apareció el nombre de la persona que la estaba llamando.

—Buenos días.

—Hola, Carla.

—¿Sucede algo? ¿Estás bien?



—Todo va bien, ¿por qué me lo preguntas?

—Bueno, me sorprende que me llames hoy miércoles a las ocho y media de la mañana. Creía que ibas a llamarme mañana para saber en qué restaurante íbamos a cenar.

—¿Es tan temprano? Lo siento. Aquí son las nueve y media. Siempre me hago un lío con los husos horarios. Y te he llamado hoy porque en unas horas tomaré un vuelo de regreso. Al final todo ha ido más rápido de lo que esperaba.

—¿Dónde estás?

—En Moscú.

—¡Vaya!

—Tengo la sensación de que te gustaría esto. Aunque tampoco te conozco tanto como para afirmarlo.

—No, es verdad.

—En realidad, y tal como tan inteligentemente has señalado, mi llamada era para que me dijeras dónde vamos a cenar el viernes.

—Por supuesto. —¿Le habría molestado su comentario? De repente parecía un poco más distante—. Cenaremos en el Dark Tomb. Tenemos mesa reservada para las nueve y media.

—¡Curiosa elección! El nombre no augura que sea una velada exitosa. Parece perfecto para

nuestra cena. —Se interrumpió cuando una voz femenina lo llamó por su nombre. Un segundo después dejó de escucharse ruido de fondo, como si Guillem hubiese cubierto el teléfono con la mano.

—Tengo que dejarte, Carla. Nos vemos el viernes —dijo, antes de colgar precipitadamente sin dar ninguna explicación.

Todavía con el teléfono pegado a la oreja Carla decidió que iba a invitar al celador a algo más que a una cerveza. Guillem ni siquiera le había preguntado si quería que fueran juntos al restaurante. En cualquier caso ella se habría

negado, porque iría a allí desde el trabajo, no desde su casa. De hecho, había solicitado salir una hora antes porque su turno finalizaba a las diez. No obstante, él no tenía ni idea de que ella se cambiaría allí mismo para llegar a tiempo. De todas formas, y a juzgar por la voz femenina que había escuchado a través del teléfono, había una razón de peso para que no hubiera querido recogerla. Puede que incluso, al regresar de su viaje, ya no estuviera interesado en que salieran los dos solos a cenar.

Definitivamente Guillem Campos no cumplía con ninguna de

las características de su lista, era prepotente y poco caballeroso. Que tuviera un físico impresionante no era suficiente para perdonarle todos sus defectos.

—Eres una completa idiota —se regañó Carla en voz alta mientras salía de la clínica a por su coche.

Antes de entrar a trabajar, ese mediodía, había tomado la decisión de invitar al chico de ojos verdes a tomarse una copa con ella, y con esa intención se había acercado para hablar con él, topándose con que no era exactamente lo que ella

había previsto.

Ramón se había mostrado encantador, gracioso y divertido, pero durante los cinco minutos que duró su conversación ella no había hecho otra cosa que compararlo con Guillem, y el celador era el que había salido perdiendo, lo que no decía nada bueno de su carácter. Al notar su interés, le había dicho, con la experiencia de alguien que está acostumbrado a hacerlo, que solía acudir a un pub del centro llamado La Lola. Carla había asentido con una sonrisa falsa y se había marchado de allí a toda prisa.

—No estoy de acuerdo con esa

afirmación —rebatió una voz a su espalda—. Creo que eres muy inteligente y capaz.

Tras dar un respingo por la sorpresa Carla se dio la vuelta y se dio de bruces con la última persona que esperaba ver esa noche.

—¿Qué haces aquí? ¿No estabas en Rusia?

—Es evidente que estoy en España y que lo que hago es esperarte a ti.

—¿Por qué?

—Tenía ganas de verte. Esta mañana tuve que dejarte sin apenas poder hablar contigo porque mi representante concertó una reunión

urgente de la que no me había informado.

—Tu representante. ¿Es una mujer, verdad?

—Sí. —Frunció el ceño intentando adivinar en qué estaba pensando ella—. Andrea Jones es mi representante desde que comencé a tocar profesionalmente.

—Estupendo —dijo, como si no le importara saber que la mujer que tanto le había preocupado no era más que su agente—. Bueno, Guillem, me ha encantado verte, pero tengo que irme a casa, tengo hambre y no he cenado.

—Yo tampoco he cenado y he



venido en taxi, ¿qué te parece si me llevas a casa y te preparo algo para cenar?

—¿Has venido en taxi? ¿Por qué?

—Me preocupaba quedarme dormido conduciendo. Después de seis horas de vuelo con escala en Zúrich era lo más probable que sucediera.

Durante unos instantes Carla se planteó si dejarlo allí tirado. No obstante, el hecho de que hubiera ido a verla, que la mujer del teléfono fuera su agente y que le hubiera propuesto cocinar para ella pesó más que su temor a colgarse

de él.

—De acuerdo. Pero solo porque tengo demasiada hambre para pensar —dijo con una sonrisa.

—Entonces conduce hacia Ruzafa, mi ático está en esa zona. Ahora te guío.

El piso de Guillem era todo lo que Carla había esperado y más. El suelo era de parquet y hacía juego con los muebles, que combinaban a la perfección con el estilo de la casa.

Curiosa buscó en el comedor la pieza que esperaba encontrar allí.

—¿No tienes un piano en tu casa?

Guillem rio divertido por la pregunta. Por supuesto que tenía un piano, tenía que componer y ensayar cada día. El piano era su herramienta de trabajo.

—En realidad tengo dos. Están en la sala de música que, por si te lo preguntas, está insonorizada para que los vecinos no se quejen por el ruido.

—Entiendo.

—¿Qué te apetece cenar? Tengo pizza congelada, lasaña casera, que

ha hecho mi madre, y puede que haya rollitos de primavera en el congelador. También puedo preparar una ensalada si lo prefieres.

—La pizza suena genial — comentó. Bajo ningún concepto iba a comer nada preparado por la arpía de su madre y el pobre parecía tan agotado que le daba pena pedirle la ensalada.

—Estupendo. Vamos a cenar y después te enseño la casa. Para que veas mis pianos —bromeó con un tono tan sensual que cualquiera hubiese dicho que lo que pretendía enseñarle era otra cosa distinta.

Mientras ayudaba a Guillem a poner la mesa y meter la pizza en el horno se fijó en los cercos oscuros que tenía bajo los ojos. Además sus movimientos, normalmente elegantes, se veían lentos y forzados.

Cuando terminaron de cenar Guillem cumplió con su palabra y le mostró el ático. Carla reparó en que sobre la cama de su dormitorio seguía intacta la maleta que seguramente había llevado consigo a Moscú.

Tal y como había supuesto, la mejor zona de la casa fue la sala de música. Era sin lugar a dudas la

más acogedora de todas. Además de los dos pianos mencionados, había un escritorio con un Mac, una alfombra oscura que cubría prácticamente todo el suelo de la habitación, un sofá del mismo tono y varias estanterías repletas de libros de música y partituras. No obstante, lo que llamó la atención de Carla no fueron los labrados lomos de los libros, sino la única fotografía que había en toda la casa, una que mostraba a un niño moreno cogido de la mano de una niñita rubia de cabello rizado.

Al regresar al salón se sentaron juntos en el sofá.

—Después de un viaje tan largo debes tener la espalda destrozada.

—Viajo en primera clase — dijo, sonriendo con timidez.

—¿Significa eso que no te duele?

Él negó con la cabeza. Por supuesto que tenía molestias, lo que le incordiaba era demostrar debilidad ante ella. Carla era la mujer más fuerte que había conocido nunca. Parecía no amilanarse por nada y siempre tenía una respuesta ingeniosa en los labios. Lo tenía fascinado.

—En ese caso, y como tú has cocinado para mí... Es justo que yo

te devuelva el favor con un masaje —propuso, ansiosa por tocarlo y, al mismo tiempo, por librarlo de la tensión y el cansancio que se leían en su cara.

—No puedo negarme ante semejante invitación.

—Entonces no lo hagas. ¿Tienes crema? Con una hidratante me doy por satisfecha.

Guillem arrugó el ceño.

—Puede que tenga aceite, pero crema no.

—Así que esa piel tan tersa es pura genética. Y yo que creía que eras un metrosexual —bromeó.

—Tengo crema, pero no para lo



que necesitas. Lo único que te puedo ofrecer —añadió en tono socarrón—, en ese campo, es el aceite.

—¡Me sirve!

Con una sonrisa satisfecha se levantó a por él.

Cinco minutos más tarde estaba profundamente dormido en el sofá. Carla se levantó con mucho cuidado, tomó su bolso y se encaminó hacia la puerta. Guillem se había tomado muchas molestias para ir a verla, gesto que era de valorar. Quizás, después de todo, sí

que tenía algunas de las características de su lista, se dijo mientras cerraba con mucho cuidado la puerta tras de sí para no despertarlo.

# Capítulo 24

*El tiempo pasa demasiado  
deprisa  
cuando somos felices.*

*Lento y pausado cuando  
ansiamos escapar.*

EFRÉN VENTURA  
(CIRCUNSTANCIAS  
ATENUANTES) *Sobreviví*

La semana transcurrió en la misma línea que los días anteriores. Verónica y Efrén siguieron viéndose cada día y la amistad entre Guillem y Carla continuó su curso.

En el ámbito laboral, Verónica se centró en su artículo y, salvo la entrevista pendiente con su hermano y el visto bueno de Luis, ya lo tenía prácticamente terminado. Lo único que la incomodaba era no haberle contado nada a su padre sobre su reunión con Guillem, y no pensaba hablar abiertamente de ella hasta no saber las intenciones de su hermano

al aceptarla. Puede que no sintiera más que curiosidad por reencontrarse con ella después de tantos años de separación. Fuera lo que fuera, no iba a despertar las esperanzas de su padre sin tener la seguridad de que Guillem deseaba retomar su relación familiar con ellos. En opinión de la periodista, permitir que se hiciera ilusiones era mucho más cruel que ocultarle la verdad.

—¿Estás lista, Ricitos? — preguntó Efrén cuando bajaron del coche en el aparcamiento del Dark Tomb.

—Sí.

—No pareces muy convencida  
—bromeó este para tranquilizarla.

—Eso es porque no lo estoy. —  
Rio Verónica con nerviosismo.

Efrén se inclinó sobre ella para darle un beso de ánimo en la mejilla. Desde que había ido a recogerla se había mostrado afectuoso y comprensivo. No quedaba nada de ese Efrén juguetón y sexy que tan bien conocía. Como si supiera qué era exactamente lo que ella necesitaba en ese momento, se había vuelto protector y afectuoso, tierno y paciente. El compañero perfecto. Una parte de ella se alegraba de poder contar

con él de ese modo, sin embargo, su lado menos racional se sentía decepcionada porque no hubiera intentado arrancarle la ropa en cuanto la vio. Se había vestido de manera llamativa para causarle impresión. Su vestido rojo y los tacones que se había calzado la hacían sentir segura y atractiva. Y es que ya empezaba a estar cansada de no poder tenerlo por completo.

Cuando llegaron a la mesa que habían reservado para cenar. Guillem y Carla ya se encontraban allí. Contra todo pronóstico, tener a su hermano tan cerca alteró a Verónica hasta el punto de tener que

tragarse las lágrimas que pugnaban por derramarse. Siempre había creído que cuando lo tuviera frente a frente necesitaría que alguien la sujetara para no golpearlo y echarle en cara todo el daño que le había hecho a ella y sus padres. No obstante, en esos instantes no quería golpearlo sino abrazarlo y sentir de nuevo su cercanía, saber que, sucediera lo que sucediera, tenía un hermano con el que poder contar y al que ofrecer lo mismo a cambio. Guillem iba vestido con elegancia, llevaba una americana oscura y unos vaqueros, seguramente de diseño.



Para sorpresa de todos fue Guillem quien tomó la iniciativa levantándose y tendiéndole la mano a Efrén para después, no sin cierto apocamiento, besar a su hermana en la mejilla.

—¡Qué mayor estás! —dijo intentando esconder su incomodidad—. Aparte del pelo —añadió tirando de uno de los rizos—, estás muy cambiada.

—Es lo que suele suceder cuando pasas años sin ver a alguien.

—Tienes razón. ¿Cómo están tus padres?

—De maravilla, ¿y tu madre? —

Sabía que su tono no era precisamente amistoso, pero sentía que tenía que protegerse. Que no era buena idea demostrarle lo mucho que le estaba gustando volver a verlo.

—Dejémoslo en como siempre —apuntó, intentando sonar a broma, aunque solo Vero y quizás Carla sabían que había algo detrás de ese descarado intento de evitar hablar de su madre.

La tensión pareció desvanecerse en cuanto los camareros comenzaron a servir la cena. De algún modo la comida suavizó las tensiones o fue, quizás, porque

mientras masticaban no podían discutir, el caso es que la velada fue relajándose.

Durante la cena Verónica se fijó en el modo en que interactuaban su hermano y Carla, como si se conocieran desde hacía tiempo y, al mismo tiempo, como si disfrutaran aprendiendo cosas el uno del otro. Era evidente que Guillem apenas podía apartar la mirada del generoso escote de la blusa blanca que lucía su prima, y que combinaba con una falda por la rodilla de estampado floral. Su cabello, suelto y rojo, era su mejor complemento.

Por lo demás, Efrén siguió pendiente de ella, pero la conexión con Guillem fue instantánea. Los dos músicos llevaron prácticamente el peso de la conversación. Tanto fue así, que Efrén, consciente de que las cosas no estaban yendo como deberían, ya que los dos hermanos apenas habían intercambiado dos frases, hizo una jugada digna de un maestro de ajedrez y cambió de un solo movimiento la distribución del tablero.

—Carla, creo que me ha dado un tirón en el cuello. ¿Podrías...?

No hubo necesidad de que

terminara la frase. Carla supo inmediatamente lo que pretendía el novio de su prima. Que no era otra cosa más que dejarlos a solas y obligarlos a afrontar la situación.

—Por supuesto, vamos afuera y le doy un vistazo.

Verónica miró al cielo y sonrió con afecto. Por algo esas dos personas eran tan importantes para ella, se dijo, orgullosa de tenerlos en su vida.

—¡Qué poco sutiles! —dijo por romper el hielo.

—Tranquila. No se ha notado mucho. Supongo que quieres saber por qué me negué a ir a tu casa —

adivinó Guillem.

—Estaría bien, saber por fin, lo que sucedió.

Él asintió, bebió un sorbo de su vaso y procedió a contarle la verdad.

—Mi madre llevó muy mal su divorcio. Por lo que el matrimonio de tus padres y tu nacimiento fue un golpe muy duro para ella. A pesar de todo, fue sobrellevándolo hasta que nosotros crecimos y nuestra amistad se hizo más grande. Yo apenas era un niño, por lo que le contaba sin ningún filtro lo mucho que te quería. Lo bien que lo pasaba con vosotros. —Guillem

alzó la cabeza para ver la reacción de Verónica. Hasta el momento se había mantenido entretenido con la comida de su plato.

—Mi padre, nuestro padre siempre sospechó que había sido cosa de ella.

Él se llevó la mano al cabello, como si su cabeza estuviera perdida en los recuerdos.

—Fue un domingo tras regresar de vuestra casa. Cuando llegué todo estaba en silencio y mi madre no estaba por ningún lado. Ella siempre estaba esperándome cuando llegaba, por lo que me asusté. La busqué por toda la casa y

al final di con ella en el cuarto de baño. Había una caja de pastillas vacía en el suelo, a su lado, y ella estaba con los ojos cerrados muy quieta. Salí corriendo para avisar a los vecinos y ellos fueron los que llamaron a una ambulancia y a la policía.

—¿Tu madre intentó suicidarse?

—Verónica era incapaz de imaginarse por lo que había tenido que pasar Guillem. Llegar a casa y encontrarse a su madre inconsciente tenía que marcar a cualquiera. Lo peor es que estaba segura de que esa mujer era demasiado egoísta para intentar suicidarse.



—Los médicos dijeron que por suerte no había ingerido una dosis letal.

Verónica se mordió la lengua para no arremeter contra ella. Estaba segura de que solo había pretendido manipularlo. Al fin y al cabo, no era más que un niño.

—En el hospital ella me dijo que lo había hecho por mí. Para que pudiera vivir con vosotros, tal y como yo quería. Me sentí culpable.

—Por eso nos dejaste de lado.

—Me daba miedo que mi madre volviera a intentarlo con más éxito.

—Eso es horrible. Solo eras un niño. Papá tiene que saber lo que

pasó. Él se siente culpable de que te alejaras de nosotros. Cree que es culpa suya.

—No quiero que sepa lo de mi madre. No quiero que nadie lo sepa. Ni que la culpe por lo sucedido. Cuando crecía pude haber intentado retomar el contacto y no lo hice. Aunque tú tampoco lo hiciste nunca.

Verónica obvió la acusación, sabiendo que había algo de realidad en ella.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó, eludiendo el tema y, sabiendo que todas sus esperanzas estaban pendientes de su respuesta.

—Eres mi hermana. Siempre quise tener la oportunidad de hablar contigo, pero nunca me atreví a dar el primer paso. —Lo dijo sin adornos, de forma directa.

—¿Ya no te preocupa que tu madre cometa una locura?

—Ya no soy un niño. Ya no me dejo manipular por nadie.

Lo sabía, pensó Verónica, el suicidio había sido una farsa, y lo más extraño era que su hermano también lo sabía y a pesar de ello todavía quería proteger a su madre de la opinión de su padre.

—¿Y qué hay de nuestro padre?

—También me gustaría retomar

mi relación con él, pero antes querría profundizar más en la nuestra. ¿Crees que podrías volver a dejarme ser tu hermano? He oído que esperas que te conceda una entrevista.

Verónica abrió los ojos como platos antes de echarse a reír con auténtica diversión. Guillem era un misterio para ella, no sabía en la clase de hombre en que se había convertido. Conocía sus éxitos en la música, pero eso no lo definía como persona y, justo cuando creía que lo tenía calado, la sorprendía con una sola frase.

—¿Estás chantajeándome? ¿No

me vas a conceder una entrevista si no acepto tu propuesta?

—Estoy desesperado. Y el chantaje me parece una buena opción —aceptó sin vergüenza, devolviéndole la sonrisa.

—¿Qué propones?

—Quiero conocerte y para ello me gustaría tomar café contigo, ir al cine... Saber dónde vives, yo también te mostraré mi casa y, tal vez, tu podrías aceptar alguna invitación para verme tocar.

—Suená bien. —Las lágrimas que había intentado retener se desbordaron de sus ojos sin que pudiera detenerlas.

Guillem carraspeó para aclararse la voz antes de responder.

—Pues esto te va a sonar mejor, ¿qué te parece una cena-entrevista conmigo el domingo en mi ático?

—Me parece perfecto.

# Capítulo 25

Efrén condujo hasta su casa en silencio. Él y Vero habían planeado un fin de semana tranquilo en su casa. Tras el ajetreo de los últimos meses buscaba paz y tranquilidad. Además tenía que escribir las letras de su próximo trabajo, y Verónica había supuesto no solo una fuente de inspiración, sino también una

crítica sincera e ingeniosa. A la altura de la lengua viperina de su hermana, Beka, quien siempre había sido la primera persona en escucharlas.

—Tu hermano me ha parecido un buen tipo —comentó mientras miraba con fijeza la carretera. Quería darle cierta intimidad para responder, no que se sintiera observada y estudiada al milímetro.

—No lo sé. Ya no lo conozco.

—Me refiero a la primera impresión. Para mí ha sido buena —insistió.

—Sí, supongo que lo es. Al menos no ha intentado justificarse.



Se ha limitado a contarme la verdad. —Se calló para sonreír—. Aunque después me ha chantajeado.

Efrén sonrió también.

—Esas son las razones por las que me parece un buen tipo.

Verónica se giró y le dio un empujoncito en el brazo, para regañarlo por el comentario.

—Cuidado, que estoy conduciendo —bromeó él.

Verónica se hizo la ofendida alargando el brazo hasta el reproductor de cd y subiendo el volumen de la música. La fantástica voz de Adam Levine inundó el vehículo con su canción:

*Sugar? Yes, please*

*Won't you come and pour it  
down on me?*[\[3\]](#)

—¡Qué oportuno —musitó Efrén. Llevaba toda la noche intentando apartar la mente de lo que le esperaba al llegar a casa.

—¿Decías algo?

—Nada. Me gusta la canción.

—A mí también. Todo lo que canta este hombre es fabuloso —apuntó con malicia.

Efrén la miró con una ceja arqueada.

—¡Eeeh! No me mires, que estás

conduciendo.

El resto del trayecto siguió con el mismo tira y afloja, lo que supuso un precalentamiento ideal para lo que Efrén había planeado.

Subieron al dormitorio con la maleta fin de semana de Verónica. Disimulando, Efrén la dejó sobre la cama, en el lado derecho, donde ella dormía.

—Estoy agotada, voy a ponerme el pijama. ¿Qué es eso? —preguntó ella, mirando el paquetito que tenía delante, justo encima de su almohada.

—Mi manera de decirte que lo quiero todo contigo.

—¿Te refieres a...?

—Me refiero a todo, aunque de momento empezaremos con lo que estás pensando. ¡Ábrelo!

Verónica le hizo caso con dedos temblorosos. El paquete contenía otro dentro de una bolsa de gasa de color rosa. Iba protegido con plástico de burbujas, pero aun así, se adivinaba su contenido.

—¿Me has comprado una pulsera?

—Te he comprado la pulsera. No una pulsera, sino *la* pulsera.

Ella sonrió ante la seguridad que

mostraba y terminó de desenvolverla. Se quedó sin palabras al verla: a pesar de ser una ávida coleccionista, la que tenía en las manos era la más bonita que había visto nunca.

—Es redonda, en algunas culturas los círculos simbolizan la unión, no debemos olvidar que el infinito no es más que un círculo doblado —dijo con una sonrisa traviesa—, y además los abalorios nos simbolizan a nosotros. Mi guitarra, tus lápices, la nota musical, tus libros y nuestro corazón. Grande y en medio de todo lo demás.

—Es preciosa —comentó con un nudo de emoción en la garganta.

—Lo sé, y está hecha expresamente para ti.

—¿Quién...? ¿Cómo...? —En esos instantes la emoción le impedía hilvanar ningún pensamiento coherente.

—Me la ha hecho Marga, de *El joyero de Marga*, es una amiga. Tiene una página en Facebook, pero será mejor que no entres porque vas a querer todo lo que hace.

—Seguro que ninguna es tan bonita como esta. ¿Me la pones?

—En realidad estaba pensando en quitarte cosas, no en ponértelas

—bromeó, pero ya había tomado la pulsera y estaba pasándosela por la muñeca—. Y ahora...

Verónica sintió que las rodillas no iban a ser capaces de sostenerla cuando Efrén le hizo dar la vuelta y se pegó a su espalda. Mientras sus labios recorrían su cuello, sus dedos se peleaban con la cremallera del vestido rojo y ceñido que llevaba puesto.

Desde que había ido a recogerla había soñado con quitárselo. No obstante, había tenido que reprimirse porque en esos instantes lo que ella necesitaba era consuelo y apoyo, no sentirse acosada por su

novio.

—Llevo toda la noche deseándote —murmuró sobre la piel desnuda de su espalda.

—Pues lo has disimulado muy bien.

—No te preocupes, Ricitos. Ha llegado el momento de demostrártelo. —El vestido estaba en el suelo, a sus pies, antes de que pudiera darse cuenta de sus intenciones.

Se mantuvo inmóvil, a la espera de que hiciera su próximo movimiento. No obstante, él se alejó unos pasos, dejando espacio suficiente para poder observarla



allí, de pie, con los zapatos de tacón puestos y en ropa interior.

—Eres lo más sexy que he visto nunca —musitó Efrén, al tiempo que se deshacía de la camiseta y los pantalones—. Lo siento, pero no creo que vaya a poder ir despacio. Mi cabeza ya sabe que esta vez no hay límites y no puedo dejar de pensar en ello.

—¿Crees que vas a poder besarme? —inquirió, desabrochándose el sujetador y deshaciéndose del tanguita.

Efrén no apartaba la mirada de sus manos, pendiente del roce de sus dedos en su piel.

—Puedo, pero, por favor, no te quites los tacones —pidió, acercándose a ella.

Verónica hizo un mohín.

—¿Es algún tipo de fantasía erótica masculina?

—Algo así —confesó, antes de acallar sus protestas con un beso abrasador, que los lanzó a ambos sobre la cama.

Ya había pasado el tiempo de los descubrimientos, cada uno de ellos conocía el cuerpo del otro al milímetro. Sabían dónde acariciar, donde morder o lamer para despertar las sensaciones más intensas en su pareja. No obstante,

tras tantos días reprimiendo sus deseos, los dos tenían una idea fija en la mente.

—Lo siento, Ricitos, pero tengo que entrar de una vez en ti —pidió Efrén, colocándose entre sus piernas.

—Entonces, ¡hazlo! —gimió está al notarlo caliente en su húmeda entrada.

No necesitó más frases de aliento. Con el poco autocontrol que le quedaba, empujó lentamente dentro de ella, deslizándose con suavidad y apretando los dientes para contener todo el ímpetu que lo embargaba.

Salió de ella con la misma lentitud y volvió a entrar. Escuchó como la respiración de Verónica se aceleraba y sintió sus uñas en el trasero, apretándolo más adentro de ella y exigiéndole más.

—Más fuerte, por favor.

En medio de la bruma de deseo y placer que lo consumía, Efrén sonrió: Ricitos era la única mujer capaz de pedir algo por favor en semejantes circunstancias. Con favor o sin favor estaba más que dispuesto a complacerla.

Aceleró sus movimientos y perdió la noción de todo cuando ella se acompasó a él. La

liberación les llegó como el choque de dos trenes sin frenos: explosiva, arrolladora e inevitable.

[3] ¿Azúcar? Sí, por favor,  
¿vendrás y lo esparcirás todo sobre mí?

# Capítulo 26

*Se aproxima el momento,  
cada día estás más cerca.  
Siento tu calor a mi alrededor,  
Pero yo te necesito más cerca.*

EFRÉN VENTURA  
(CIRCUNSTANCIAS  
ATENUANTES). *Cerca.*

Era demasiado pronto para irse a casa, pensó Carla, mientras caminaba hacia el lugar donde había dejado aparcado su coche. O al menos lo era si no tenías ningún plan que te entretuviera en la cama por unas horas. Rio para sí mientras pensaba en Efrén y el deseo apenas contenido con que miraba a Verónica, ataviada con aquel impresionante vestido rojo.

Suspiró lastimera tratando de no mirar a Guillem, quien caminaba a su lado, perdido en sus propios pensamientos. No había estacionado su vehículo cerca de ella por lo que tampoco esperaba

pasar mucho tiempo más con él. Carla se detuvo cuando llegaron a la calle del aparcamiento que él debía tomar, pero él la miró sin entender el motivo por el que se detenía:

—Tu coche está por ahí — aclaró, señalando la dirección con la cabeza.

—Lo sé, pero voy a acompañarte a ti.

—No es necesario que te molestes. Tampoco es que sea tan tarde... —apuntó con la esperanza de que él captara la indirecta.

—Eso no importa. Voy a acompañarte igualmente —



contestó, para su decepción.

Continuaron caminando en silencio, hasta que llegaron al coche rojo de ella, que destacaba entre dos vehículos oscuros.

—Gracias por acompañarme.

—Un placer. Nos vemos mañana. ¿Te recojo a las ocho?

—Sí, a las ocho está bien — aceptó sin mirarlo, abriendo el vehículo a toda prisa para entrar en él y escapar de allí cuanto antes.

Se sentía enfadada y decepcionada consigo misma, pero sobre todo con Guillem.

Menuda noche de viernes, se dijo, ¿para eso se había molestado

en solicitar permiso en el trabajo para salir una hora antes?

Cuando alzó la cabeza para darle al contacto y arrancar el motor, Guillem ya había desaparecido, al parecer tan ansioso por marcharse como ella.

—¡Perfecto! —espetó en voz alta—. Sí que tenía prisa por deshacerse de mí.

Con un profundo suspiro se puso el cinturón de seguridad, encendió la radio del coche y se dispuso a salir del enorme aparcamiento del restaurante.

Ni la música, que se suponía que amansaba a las fieras, pudo aplacar

su mal humor. Condujo refunfuñando, tan concentrada en mirar a la carretera y en su ira que no fue hasta que se detuvo en un semáforo en rojo que se dio cuenta de que Guillem conducía el coche de atrás. La saludó con una mano, divertido y sonriente, pero Carla estaba demasiado enfadada para devolverle el gesto, por lo que apartó la mirada del retrovisor e intentó ignorarlo.

El semáforo cambió y Guillem siguió pegado a su guardabarros. El colmo de los colmos era que se creyera con derecho a escoltarla hasta su coche y, al parecer,

también hasta su casa, pero no de invitarla a tomar una copa como ella le había llegado a insinuar.

Sonrió con malicia cuando se pasó la calle donde vivía. No se había esmerado tanto en arreglarse para meterse en su casa tan pronto, se dijo. Si Guillem pretendía custodiarla se iba a llevar una sorpresa.

Carla acababa de pasarse de largo su calle, notó Guillem mientras se esforzaba por no perder de vista el coche rojo que iba a toda velocidad delante de él.

Contra todo pronóstico, siguió adelante hasta acabar en la zona donde él mismo vivía, una de las más activas en cuanto a locales de moda y movimiento nocturno. Sin que fuera consciente de lo que Carla iba a hacer, siguió conduciendo hasta que ella, inesperadamente, estacionó su coche. El gesto lo puso nervioso.

Carla estaba comenzando a actuar de un modo extraño y él no tenía la más remota idea de lo que pretendía hacer, ya que inicialmente iba a marcharse a su casa, dando por finalizada la noche.

Paró en doble fila sin perderla

de vista y la siguió con la mirada cuando ella bajó de su coche y se metió en uno de los pubs, cuyo cartel de letras azules brillantes lo identificaba como *La Lola*. Una vez que la tuvo localizada volvió a ponerse en marcha, desesperado por un aparcamiento.

Tardó diez minutos en dar con uno y otros cinco en llegar al pub. Al entrar sintió una bofetada de aire caliente y olor a humanidad.

El nombre del local confundía sobre el tipo de música que se pinchaba allí. Había esperado adentrarse en un tablao flamenco, pero se encontró con un local

oscuro, con calaveras fluorescentes en el que sonaba *Still loving you* de Scorpions, exactamente el tipo de música que le gustaba a Carla.

La buscó con la mirada. El pub estaba bastante lleno, pero con su cabellera roja era fácil de localizar hasta en la reinante penumbra. La vio apoyada en la barra con una cerveza en la mano y hablando con un tipo alto y moreno, que se había colocado demasiado cerca de ella.

Inesperadamente se sintió enfadado y molesto. Se aproximó a ella al tiempo que intentaba recuperar el control de sí mismo. Él no era así, siempre se había jactado

de ser racional y educado, y Carla, por muy alterado que lo pusiera con sus curvas y su cabello encendido, no era más que una amiga. No obstante, y aunque sabía que no tenía ningún derecho a reclamarle nada, se acercó hasta ella y, desafiante, se interpuso en medio de su conversación.

A favor de Carla tuvo que admitir que ni siquiera se mostró sorprendida por su aparición, de hecho daba la sensación de que había estado esperándolo.

—Creía que te marchabas a casa.

—Lo sé, pero ya te dije que era



demasiado pronto —replicó ella con fingida ingenuidad—. Además —dijo, apartándolo para ver al moreno con el que estaba hablando —, me he encontrado por casualidad con Ramón.

El hombre, que parecía tan molesto como lo estaba él, le tendió la mano y le ofreció una explicación que, aunque no había pedido verbalmente, sí que había sido exigida en silencio por su expresión de macho alfa.

—Soy celador en el hospital donde trabaja Carla. Somos compañeros.

—Encantado. —Dándose la

vuelta, encaró a la pelirroja—: ¿Te has terminado ya la cerveza? ¿Nos vamos? —La asió del brazo con delicadeza, pero con firmeza.

—Todavía no —dijo, alzando la botella—. ¿No quieres tomarte tú una?

—La verdad es que prefiero irme.

—Entonces, adiós —comentó Carla con ligereza.

—Contigo —añadió, por si le quedaba alguna duda.

—¡Mala suerte! Yo me quedo un ratito más. Ya te he dicho que es muy pronto.

Guillem, que estaba empezando

a perder la poca paciencia que le quedaba, habló mirando a Ramón directamente.

—¿Nos perdonas un segundo?

El aludido asintió, consciente de que estaba de más y se apartó de la barra, dejándolos a solas.

—¿Qué quieres, Guillem? Hace un rato te querías ir a casa como un niño bueno y, ¿ahora qué?

—Ahora he cambiado de opinión respecto a esto y a lo de mañana. No vamos a salir a cenar. Te vas a quedar todo el día en mi casa, empezando desde ya.

Carla parpadeó, confundida, antes de entender lo que implicaba

su afirmación.

—¿Se puede saber por qué pareces tan seguro de que yo voy a aceptar irme contigo así como así?

Él la miró con intensidad, recorrió sus labios, sus mejillas y finalmente se detuvo en sus ojos, trabándole la mirada.

—No voy a darte la oportunidad de que te niegues —y añadió, haciendo que sonara a desafío—: Ahora si quieres puedes ir a despedirte de Ramón.

—No creo que sea necesario —dijo, de repente ansiosa por llegar a donde fuera que él quisiera llevarla.

Carla se despertó con una sonrisa en los labios. Guillem la había mantenido despierta buena parte de la noche y, aun así, se sentía muy activa. Sin abrir los ojos se acurrucó contra él. La respuesta de su cuerpo fue instantánea: incluso dormido, alargó un brazo y la atrajo a su costado, sin dejar de rodearla.

Estaba a punto de volver a dormirse, hipnotizada por el latido de su corazón y el calor que desprendía su cuerpo, cuando el teléfono de Guillem comenzó a

sonar desde la mesilla de noche. Carla se tragó la risa que le produjo escuchar el tono de llamada que tenía puesto, después de todo fingía estar dormida.

Se trataba de una melodía que hasta ella, que no era precisamente una declarada cinéfila, era capaz de reconocer como la banda sonora de la película *El exorcista*.

Lo sintió removerse para alcanzarlo y apagarlo, pero dos segundos después la misma melodía volvió a atronar en la silenciosa habitación.

Maldiciendo en voz baja, seguramente para no despertarla, se

levantó, se puso una sudadera, que descansaba pulcramente doblada sobre el galán de noche metálico junto al armario y salió del dormitorio con el móvil todavía sonando aunque amortiguado por la tela de la camiseta con que lo cubría.

—¿Qué quieres, mamá?

Le llegó su voz a través de la puerta cerrada. La casa estaba tan silenciosa que Carla era capaz de escuchar cada palabra.

—Sí, mamá. Te he colgado porque no puedes intentar controlarme. —Se calló para escuchar su respuesta—. Lo siento,

mamá, pero ya no me manipulas con lágrimas. Por si no te has dado cuenta ya no soy un niño

Seguramente su madre le dio la réplica porque Guillem siguió en silencio unos segundos más.

—Iré a verte cuando pueda. A diferencia de ti, yo tengo una vida.

Debió de colgar porque ya no volvió a hablar y un instante después escuchó ruido de cacharros procedentes de la cocina.

Carla se quedó en la cama pensando en lo que acababa de escuchar. No obstante, se quedó dormida antes de llegar a ninguna conclusión aceptable.



Se despertó cuando el aroma del café le entró por las fosas nasales.

—Buenos días —saludó, sorprendida por haberse vuelto a quedar dormida.

—Más bien tardes. Eres una marmota. —Se rio Guillem, al tiempo que le ofrecía una taza de café.

Carla aceptó el detalle con una sonrisa. Hablar con él con el mal aliento mañanero planeando sobre su cabeza era lo que menos le apetecía. De un trago casi vació el contenido.

Guillem, que estaba tumbado a su lado con una mano apoyada en la barbilla y una pierna cruzada sobre las de ella, la observaba con interés. Llevaba la misma sudadera gris que le había visto ponerse esa mañana, pero desde entonces también se había puesto pantalones. Llevaba unos vaqueros desgastados, aunque iba descalzo y sin calcetines.

Carla se incorporó con rapidez. ¿Tardes? ¿Cuánto había dormido?

—¿Cómo de tarde?

—Son casi las dos y, en lugar de comer, tú estás desayunando — comentó él, arqueando una ceja,

gesto que Carla identificó como de censura.

El comentario la dejó desconcertada. ¿Le molestaba que se quedara en su casa y por eso había dicho lo de comer en lugar de desayunar? No tendría que haberse vuelto a dormir cuando lo escuchó hablar con su madre. Tendría que haberse levantado discretamente y haberse ido de allí, se dijo a sí misma. Después de todo hubiera sido más fácil y menos incómodo de lo que iba a ser marcharse en esos momentos. Igual que lo sería volver a tratarlo como paciente...

—Lo siento. Ahora mismo me

voy —comentó, de repente incómoda. No es que estuviera desnuda, llevaba puesta una camiseta de él que le llegaba por las rodillas, pero en cualquier caso deseó que la dejara sola para poder salir de la cama y marcharse a su casa a autoflagelarse por haber sido tan estúpida.

Guillem frunció el ceño, desconcertado.

—¿Que te vas? ¿Ahora?

—Sí, siento que se me haya hecho tan tarde. Tendrías que haberme llamado antes.

—Tengo la sensación de que me he perdido media conversación,

Carla. Porque de verdad que no te comprendo —dijo, sin apartar la pierna de encima de ella, de modo que Carla no podía salir de la cama sin su colaboración.

—Simplemente digo que ya es hora de que regrese a mi casa. —Se revolvió intentando que él se apartara, pero no lo hizo.

—Y yo que creía que había sido lo suficientemente claro anoche cuando te dije que cancelaba la cena.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero que te vayas, Carla. Me gustas. Me gusta estar contigo, hablar contigo, besarte...

—Casi no me conoces —apuntó ella.

—Sinceramente no le veo la parte problemática a eso. Es evidente que vamos a tener que seguir pasando tiempo juntos para solucionar ese pequeño inconveniente y, ya puestos, ¿por qué no empezar ya mismo?

Preocupado porque siguiera queriendo marcharse no le dio la opción de responder. Aprovechando la situación le quitó la taza de café medio vacía de las manos y se colocó sobre ella para robarle el raciocinio con un beso.

No, pensó Carla, cuando él dejó

de besarla. No iba a irse a ninguna parte.

# Capítulo 27

El sábado por la tarde Verónica recibió una llamada que no había esperado recibir. Su hermano la llamó para darle la dirección de su casa para que fuera a cenar con él la noche siguiente. No obstante, y para seguir con la idea de conocerse, le había propuesto que fuera preparada para ayudarle a



cocinar. Después de todo, no se trataba de una cita formal entre periodista y entrevistado, sino del encuentro entre dos hermanos que pretendían recuperar el tiempo perdido o, al menos, no seguir perdiéndolo más.

A la hora convenida se plantó frente a su edificio. Antes de que tuviera tiempo de llamar, un portero vestido con camisa blanca y pantalones de pinzas le abrió la puerta como si estuviera esperándola.

—Buenas noches, señorita Campos. Su hermano me ha pedido que estuviera pendiente de su

llegada —apuntó el hombre con formalidad—. Es usted muy puntual.

—Muchas gracias.

—De nada, señorita. Es el último piso —comentó al tiempo que le abría la puerta del ascensor. Entre y yo mismo le apretaré el botón —pidió en el mismo tono.

Un poco aturdida, volvió a agradecerle su amabilidad y subió dentro del ascensor, cubierto de espejos.

—Allá vamos —dijo, esperando que las puertas se cerraran.

Durante el tiempo que el ascensor tardó en llegar a su

destino trató de calmarse. No tenía ningún motivo para sentirse tan alterada. No iba a ningún examen ni tampoco a una entrevista de trabajo. Únicamente iba a reunirse con un hermano al que hacía mucho tiempo que no veía. Nada más.

Avisado por el eficiente portero, Guillem la esperaba en la puerta cuando bajó del ascensor.

—Buenas noches, Verónica —la saludó, mostrándose más tranquilo que ella. Incluso le dio dos besos en las mejillas.

—Buenas noches. ¡Vaya! Tu casa es impresionante, y créeme, no lo digo por el portero —bromeó,

intentando relajarse—. El hombre ha insistido en marcar el piso al que iba para que no se me rompiera una uña al hacerlo.

—Vicente puede ser un poco... intenso. —Se rio—. Se toma su trabajo muy en serio.

—Ya lo he notado. Debe ser por las propinas que le das —dijo ella, siguiendo con la broma.

Guillem se carcajeó.

—No te preocupes, cuando bajes ya no estará —apuntó Guillem, sabiendo que Vicente había impresionado a su hermana, aunque no para bien—. Deja el bolso por ahí —señaló los sofás—,

y acompáñame a la cocina. Espero que sepas hacer algo más que descongelar o servir porque esa es mi única especialidad.

Lo siguió por el pasillo y se encontró dentro de una espaciosa cocina, a la que no le faltaba detalle, con electrodomésticos en tono metalizado y una isla en el medio a modo de mesa para comer. Sobre la encimera había una tortilla de patata con una pinta estupenda.

—Dime que no la has comprado hecha —pidió, arrugando el ceño.

—Tranquila, es casera y es probable que todavía esté caliente.

—¿No se supone que no sabes

cocinar?

—Y no sé. La ha hecho Carla. Es su aportación a nuestra velada.

—Rio, de repente perdido en algún recuerdo agradable e íntimo.

—¿Mi Carla?

—Me gusta más cómo suena «nuestra Carla» —aclaró, tendiéndole un delantal y poniéndose él mismo uno.

—Parece una declaración de intenciones —comentó Verónica sin perder detalle de su expresión.

Él la miró directamente sin falsedades.

—Lo es.

Ella no dijo nada, pero tomó

nota mental para estar atenta a lo que pudiera suceder entre ellos. Su prima era demasiado exigente y, por lo poco que sabía de su hermano, él parecía pecar del mismo mal. Se sorprendió cuando se dio cuenta de que le preocupaba, al mismo nivel, que cualquiera de los dos saliera herido.

Tal y como Guillem había previsto, cocinar juntos consiguió que se relajaran y que se estableciera, aunque fuera temporalmente, un vínculo de compañerismo entre ellos. La

nevera y la despensa del pianista estaban repletas como para alimentar a un regimiento, por lo que pudieron preparar una cena de tapas muy variada: la tortilla de Carla, una tabla de quesos, fiambres y patés, huevos rellenos y una ensalada valenciana. Lo regaron con el mejor vino que Guillem guardaba en la pequeña bodega que tenía instalada en la galería.

—¿Cuándo vas a hacerme la entrevista?

—He empezado a hacértela desde que he entrado en tu casa — comentó Verónica sin darle



importancia.

—¿De verdad? No me he dado cuenta de nada. Creía que ibas a preguntarme sobre mi trabajo.

—¡Ah! Te refieres a esa entrevista.

Guillem la miró, extrañado, ¿qué otra entrevista podía ser?

—No sabía que hubiera otra.

—En realidad, no es una entrevista como tú la entiendes. Es una reunión de trabajo, estoy tratando de adivinar si vales para el cargo de hermano mayor. —Se llevó el vaso de vino a los labios y esperó con la mirada fija en su rostro encontrar alguna reacción a

su provocación.

Guillem sonrió con calidez antes de hablar.

—¿Y qué tal lo estoy haciendo? ¿Tengo posibilidades de conseguir el trabajo?

—Bueno, teniendo en cuenta que eres el único postulante es bastante probable que lo consigas. Eso sí, te advierto de que el trabajo puede llegar a ser muy duro.

Para enfatizar su fingida preocupación por lo que le estaba contando se bebió de un golpe el contenido de su copa y la miró, fingiéndose inquieto.

—¿Cómo de duro?

—Por tu cara adivino que no tienes mucha experiencia. Verás, tendrás que complacer a tu hermana siempre. Es la pequeña así que tienes que darle la razón.

—¿Aunque no la tenga? — interrumpió, tragándose una carcajada.

—No te preocupes por eso, suele tenerla.

Guillem, que se estaba divirtiendo de verdad, se rio con discreción. Resultaba chocante que fuera su hermana la que estuviera consiguiendo salvar la distancia entre ellos. En esas pocas horas a su lado había descubierto que era

una persona justa, que tenía sentido del humor y, lo más importante de todo, que estaba dispuesta a darle una segunda oportunidad.

—Es bueno saberlo. ¿Algo más?

—Regalos. Los regalos son muy importantes entre hermanos. Tienes que hacerle regalos en su cumpleaños, en su santo y, por supuesto en Navidad.

—¿En su santo también? —  
inquirió, fingiendo escandalizarse.

—También. Por si no lo sabes, es el 9 de julio.

—Tomo nota. ¿Qué más debe hacer un hermano mayor?

—De momento lo dejaremos en

esto. Tampoco quiero asustarte el primer día. Ya me has dicho que no tienes experiencia...

—Muy amable por tu parte.

—No tanto como tu portero, pero gracias.

Los dos se miraron unos instantes antes de echarse a reír como niños. Cuando por fin pudieron dejar de hacerlo, Guillem cayó en la cuenta de que se habían bebido dos botellas de vino casi sin darse cuenta. Primero para aplacar los nervios y después porque la charla les había secado la garganta.

—¿Sabes? Voy a empezar a ejercer de hermano mayor ahora

mismo.

—Pero si todavía no sabes si te he dado el trabajo —protestó la rubia.

—Me arriesgaré. El caso es que esta noche te quedas a dormir aquí. Hemos bebido mucho y lo mejor es que no conduzcas.

—Puedo pedir un taxi.

—Insisto. Así podrás seguir contándome todo lo que un buen hermano mayor debe hacer. Incluso estoy dispuesto a arrojarte —dijo, con una sonrisa tierna.

Verónica lo miró con seriedad.

—La verdad es que lo estás haciendo muy bien.

—¿Quiere eso decir que el trabajo es mío?

—Es tuyo, si lo quieres — admitió, con una mezcla de esperanza y de temor.

—Lo quiero.

# Capítulo 28

*Es absolutamente necesario  
que te diga la verdad,  
que deje de fingir,  
para que sepas que siempre  
serás lo mejor de mí.*

EFRÉN VENTURA  
(CIRCUNSTANCIAS  
ATENUANTES), *La mitad.*



Verónica sintió que el universo se había sincronizado con ella para compartir su buen humor. No solo hacía un sol radiante y la temperatura perfecta para disfrutarlo, sino que, además, se había despertado con Efrén a su lado en la cama, algo poco destacable, ya que últimamente pasaba más tiempo en casa de él que en la suya propia, pero igual de agradable. Su buena suerte había continuado durante toda la mañana: le había hecho conseguir asiento en hora punta en el metro, en la radio a través de los auriculares no dejaban

de sonar sus canciones preferidas, Luis había alabado su último artículo y su hermano, que se había acostumbrado a llamarla para desearle un buen día, le había confesado que estaba perdidamente enamorado de Carla y que iba a pedirle que se mudara a vivir con él. Sin lugar a dudas, el día pintaba memorable para todos.

De hecho, y siendo justa, lo estaban siendo casi todos los días de las últimas semanas. Prácticamente desde la noche en que cenó con Guillem y la parte que le faltaba a su corazón encajó en su lugar.

Percibió un taconeo detrás de ella y un instante después escuchó a Elba invitándola a un café.

—¿Aquí o fuera?

—¿Estás de broma? Hace un día estupendo, mejor nos lo tomamos en la terracita de la cafetería.

—De acuerdo, pero solo un ratito que tengo mucho trabajo — dijo Verónica con una sonrisa.

—Media hora, no más que yo también tengo muchos pendientes.

—Girándose hasta la mesa de Mike, el fotógrafo, gritó—: Mike, ¿te vienes a tomar un café con nosotras?

El aludido levantó la cabeza del

ordenador y las miró  
desconcertado.

—¿Qué?

—¿Te vienes fuera a tomarte un  
café? —volvió a ofrecer Elba.

—No, no. Me quedo aquí —  
contestó y, antes de esperar  
respuesta, volvió a sepultar la  
cabeza en lo que fuera que  
estuviera trabajando.

—¿Qué narices le pasa a este?

—Que ha conocido a Beka, la  
hermana de Efrén —explicó  
Verónica, colgándose el bolso en el  
hombro.

Elba asintió con la cabeza  
varias veces.

—Eso lo explica todo —  
comentó entre risitas.

Las dos mujeres salieron por la puerta de la redacción, no sin antes preguntarle a Ángela, la becaria, si quería acompañarlas.

Estaba dando un último repaso a un artículo sobre la gestión municipal de residuos cuando el timbre de la puerta le hizo dar un respingo en su silla. Sonrió sintiéndose tonta. Ya debería estar acostumbrada a los ruidos y al movimiento, pero se había metido tanto en el texto que se había

aislado de todo lo que la rodeaba. Ni siquiera fue consciente del absoluto silencio que se impuso en la redacción después de que Ángela abriera la puerta al nuevo visitante.

Alguien se aclaró la garganta tras ella, por lo que se dio la vuelta para exigir un poco de silencio, y se topó con el hombre del frac. Llevaba el mismo traje que recordaba, solo que parecía que en esta ocasión le quedaba mejor. Casi como si hubiese sido hecho a medida. El sombrero de copa calado hasta los ojos y la cabeza gacha le impedía saber si le habían enviado al mismo cantante o se

trataba de alguien diferente, aunque por su envergadura parecía un hombre diferente. Este era más esbelto.

Esperó a que comenzara su canción ofreciéndole una sonrisa alentadora. De sobra sabía lo mal que lo tendría que estar pasando, el pobre. Allí plantado con todo esa gente pendiente de él. No cabía duda de que era un trabajo de alto riesgo.

Justo cuando creía que iba a tener que pedirle que cantara él abrió la boca, acelerando los latidos de su corazón. Se levantó de la silla como con un resorte, se

puso de puntillas y le arrebató el sombrero, dejando al cantante completamente a la vista.

Un cantante al que conocía muy bien, el mismo que le había hecho el café esa misma mañana... Efrén estaba allí, parado delante de ella, vestido con un impecable frac y cantándole la canción que ella le había confesado, en una ocasión, que era su favorita de todas las que él había compuesto: *Insomnio*.

—«Me obligo a mantener los ojos abiertos / cerrarlos me trae despedidas que ansío borrar / que desgarran mi alma y encienden mi carne / Que me recuerdan que tú ya



no estás / Amanezco esperando  
encontrarte a este lado del mundo /  
temeroso de descubrir que te has  
marchado / echando de menos cada  
caricia que no te he dado /  
perdiéndome en el recuerdo de los  
besos que te dejé pendientes /  
Luchando conmigo mismo por no  
volar hasta ti / y obligarte a que me  
los devuelvas / Para que pagues  
cada una de las deudas que me  
dejaste pendientes».

—Me encanta esta canción —  
dijo ella con los ojos brillantes por  
la emoción, cuando Efrén terminó  
de cantar.

La sala se mantuvo en riguroso

silencio. Nadie de los allí presentes se atrevió a interrumpir a la pareja, aunque tampoco estaban dispuestos a dejar correr la noticia. Después de todo eran periodistas y muy pocas veces una estrella del rock se declaraba a su novia en medio de una pequeña multitud.

—¿Todavía sigue haciendo que desees enamorarte?

—No.

Efrén palideció, de repente inseguro. Verónica lo miró con una sonrisa alentadora. ¿Cómo podía dudar de lo maravilloso que era y de lo mucho que ella lo quería? Toda esa pose de superestrella que

ostentaba no era más que un intento de pincharla y hacerla reír.

—No, porque ya me he enamorado. Y estar enamorada es tan maravilloso y especial como había soñado que sería.

—Ya veo. Tu novio debe ser un tipo afortunado.

—La afortunada soy yo. Él es maravilloso, guapo, romántico y muy dulce.

Efrén arrugó el ceño.

—¿Dulce?

Ella rio y rectificó, no queriendo dañar su ego masculino.

—Cuando hay que serlo, pero también es apasionado y muy sexy

—murmuró colgándose de su cuello.

—Eso está mejor —aclaró él, antes de besarla—. Te quiero —le dijo Efrén, separándose un instante de sus labios—. Te lo digo por si no te habías dado cuenta —bromeó con una sonrisa satisfecha.

—Es un detalle que lo digas porque, ¿sabes una cosa?

Él negó con la cabeza aunque su sonrisa indicaba algo distinto.

—Yo también te quiero.

En ese instante la redacción en pleno comenzó a aplaudir y a vitorear. Pero la pareja estaba envuelta en su pequeña burbuja de

amor y felicidad y ni siquiera los flashes consiguieron que se movieran de allí.

# Epílogo

La familia estaba reunida alrededor de una paella en el chalet de los padres de Verónica y de Guillem. Era el mes de julio y el calor dentro de casa era tan intenso que habían trasladado la mesa al patio, donde se agradecía el frescor de la suave brisa de la playa. La radio de fondo apenas se escuchaba

entre las charlas y las risas de los comensales.

Desde que Guillem se había presentado con Verónica en su puerta, Miquel había rejuvenecido diez años. Estaba todo el día sonriendo y, por primera vez en muchos años, sentía que la vida no podía darle más de lo que ya le había dado.

Su hijo había regresado a casa con la sorpresa de que se había enamorado de Carla, su sobrina favorita, y su hija se había ido a vivir con su novio, el tipo más encantador que había conocido nunca.

—¡Callad, callad! —pidió de repente Ana, su esposa.

—¿Qué pasa? —inquirió Verónica en un cuchicheo, mirando a su prima que, al igual que ella, intentaba entender el motivo por el que su tía los había hecho guardar silencio.

—La radio —dijo Ana como única explicación.

Miquel subió el volumen del aparato, que llevaba desde el pleistoceno en el chalet, para entender mejor a la locutora.

—Y ahora para amenizar la comida os dejamos con una colaboración tan inesperada como



asombrosa: la de dos músicos que aparentemente no tenían nada en común, pero que, a pesar de ello, han creado una de las canciones más bonitas del año. No sé vosotros, chicos, pero yo la votaría sin duda como la mejor canción de 2015. Además, forma parte de una campaña que bien vale la pena apoyar. Y sin más dilación, porque estoy segura de que queréis escucharla ya, os dejo con la canción de Efrén Ventura y Guillem Campos: *Hazlo por ti*.

Cuando la voz de Efrén comenzó a sonar bañada por la música de Guillem la familia retomó la

conversación.

—Es una canción preciosa —  
apuntó Carla, dándole un beso a su  
novio en los labios. La intención de  
la pelirroja había sido darle un  
beso rápido, pero él no se lo  
permitió, la cogió por los hombros  
y profundizó el beso, delante de  
todos.

—¿Qué les pasa a los hombres  
de esta familia? —inquirió  
Verónica—. Sois todos unos  
exhibicionistas.

Efrén se rio abiertamente.

—Todavía lleva un poco mal  
que sus compañeros en *El cronista  
valenciano* escribieran en grupo un

artículo contando cómo me declaré.

—El artículo era precioso, cariño. Lo trataron todo con mucha sensibilidad. Tengo la sensación de que fue más un regalo para vosotros que un artículo para vender periódicos —les defendió Ana—, igual que la canción. Es maravilloso que dos músicos tan importantes como vosotros intentéis concienciar de los peligros que puede ocasionar, principalmente a una mujer, perder de vista su copa.

—Cada vez que pienso en lo que pudo pasarte... —Miquel arrastró las palabras, rabioso por el incidente que había sufrido su hija.

—Pero no pasó nada. —Carla se rio antes de volver a hablar—, nada aparte del horroroso tatuaje que lleva en la muñeca. No puedo creer que tú tengas que vivir con eso y que él se fuera de rositas —se quejó, apuntando a Efrén con un dedo acusador.

El aludido se atragantó con la cerveza que estaba bebiendo.

—¿No se lo has contado?

Ella negó con la cabeza.

—Gracias. ¡Te quiero! —dijo antes de besarla.

Verónica sonrió. Lo dicho: unos exhibicionistas.

No obstante, Carla no tenía

intención de darse por vencida así como así. No después del críptico comentario de Efrén.

—¿Contarnos qué? ¿A qué se refería, Vero?

Efrén clavó la mirada en su novia.

—Sabes que te adoro, ¿verdad? Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —la halagó, desesperado por que no dijera nada de su tatuaje.

—Eso es chantaje emocional. — Carla estaba empezando a enfadarse. Ella quería saber—. Además, yo también te quiero y desde hace más tiempo que él.

Verónica miró a Efrén.

—En eso tiene razón.

—Pero yo te caliento los pies por las noches —apuntó en un último intento desesperado.

La rubia se mantuvo impassible unos segundos mientras valoraba los pros y los contras.

—Lo siento, Carla. No puedo contártelo. Pero todavía puedes intentar que te lo diga él.

La jugada le salió a la perfección. Vio como su prima aceptaba la propuesta un segundo antes de lanzarse a acosar a Efrén a preguntas.

Por instinto cruzó la mirada con

su hermano, quien le sonrió divertido. Después buscó a sus padres, quienes los miraban con una mezcla de orgullo y satisfacción, y pensó que su vida había dado un giro de ciento ochenta grados desde el instante en que se había atrevido a dar un beso arriesgado.

# Agradecimientos

Las personas que me conocen bien saben que la parte que más me saca de quicio cuando escribo una novela es dar con el título adecuado, en esta ocasión y gracias a @rociovp03 esa parte no me importunó. Así pues, gracias a Rocío y a las redes sociales (nuestro intercambio fue gracias a



Twitter) por el título que lleva mi historia y que tanto me gusta.

Gracias a Laura Caballero, por ser siempre la persona que me ayuda a superar los bloqueos de escritora, bien con nuestras largas charlas telefónicas, bien leyendo a toda prisa los manuscritos que le mando en busca del ok. Gracias, Laura, por tu amistad.

No puedo olvidarme de mi familia, gracias a todos los que estáis a mi lado por permitirme aislarme y a pesar de todo quererme igual (o eso espero, jajaja)

Y un «gracias» enorme a mi

Verónica particular, la amiga que aguanta estoicamente todos los monólogos que hago sobre mis personajes y sus historias. La que comparte conmigo todos los cafés que me insufla en vena cada día. Gracias por apoyarme siempre y gracias por prestarme tu nombre.

A la editorial, por permitirme publicar la historia de Efrén y Verónica, y a vosotras, lectoras, por pedírmela, por estar siempre apoyándome y haciéndome sentir acompañada en el solitario proceso que es escribir.

Si te ha gustado este libro,  
también te gustará esta apasionante  
historia que te atrapará desde la  
primera hasta la última página.



HQN™

CLAUDIA  
VELASCO

*Ojos Verdes*

[www.harlequinibericaebooks.c](http://www.harlequinibericaebooks.c)